

Mercedes D'Alessandro

**Economía feminista**

Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)

Sudamericana

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



**@Ebooks**



**@megustaleerarg**

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Luca, Candelaria, Jeremías, León, Dina, Simi, Francisco, Tomás, Martincito,  
Emma, Olivia, Félix, Antonia, Manuel, Ichiro, Noah, Milo, Josephine, Camilo, Lucas,  
Paloma, Helena, Rosa, Isidoro, Franco, Valeria, Emilio, Lichu, Ambar, Ulises, Vicente,  
Isidro y Río.*

## INTRODUCCIÓN

Dudé bastante tiempo sobre escribir un libro feminista y calculo que quizás el lector tampoco estará tan seguro de querer leer algo así. Es que muchos, ante la palabra “feminismo”, nos imaginamos a un montón de mujeres insatisfechas, malhumoradas, quejasas y algo caricaturescas. Parece un tema un tanto irritante, pero lo cierto es que, en realidad, este libro —así como el feminismo— es esencialmente acerca de la igualdad, entendida como un horizonte en el que todos tengamos las mismas posibilidades para desarrollarnos como más nos guste. La igualdad, a su vez, es un problema económico porque la economía no es solo hablar de la inflación, la Bolsa o las exportaciones, sino que en términos más generales consiste en pensar cómo nos organizamos para producir aquellas cosas que necesitamos, cómo distribuimos el trabajo socialmente y qué le toca a cada uno, cómo se reparten los excedentes. Cuando se hace un análisis desprejuiciado acerca de cómo suceden las cosas en nuestra sociedad aparece que la norma es la desigualdad y que, en gran medida, es desigualdad de género. Entonces, este es un libro de economía y es feminista por que propone pensar una forma de organización social en la que las mujeres tienen un rol diferente del que les toca hoy.

Durante siglos se asumió que las mujeres eran inferiores a los hombres en sus aptitudes físicas, creativas o intelectuales, seres frágiles, el sexo débil. Hoy es difícil encontrar gente que realmente piense algo así (aunque existen) y menos aún que crea tener argumentos sólidos para sostenerlo. Si miramos a nuestro alrededor, al menos en buena parte del planeta, nos encontramos con que las mujeres hacen todo tipo de trabajos, de hecho, incluso dirigen empresas y gobiernan países. La mayoría gana su propio dinero y no tiene que rendirle cuentas a nadie de cómo gastarlo, tienen su propia tarjeta de crédito. Tampoco están muy restringidas con su apariencia física, pueden usar bikinis diminutas, pantalones, teñirse el pelo de verde, ya pasamos de la época que obligaba al corsé o a los trajes de baño hasta las rodillas. Las mujeres pueden votar y ser votadas, expresar sus opiniones libremente (o al menos, tan libres como los varones). Se convierten en grandes científicas o pintan cuadros abstractos. Se casan, se separan, toman vino, escriben poesía, viajan al espacio. Se enamoran de otra mujer y se van a vivir con ella, no necesitan estar con un hombre para tener hijos.

Puesto así, es como si hubiéramos superado varios niveles y estuviéramos ya cerca de la batalla final. Sin embargo, las cosas no son tan sólidas como aparentan. ¿Somos realmente iguales? Mi respuesta es no: las mujeres siguen estando limitadas pero no por sus aptitudes, intelecto o fuerza física, sino porque la situación en la que vivimos restringe sus posibilidades y pone numerosos obstáculos a su desarrollo. Esto no las afecta solamente a ellas sino también a toda la sociedad. A lo largo de estas páginas, intentaré mostrar en hechos esa desigualdad que no es tan evidente, sacarla a la luz y exponer las consecuencias que tiene para todos. Entonces, tenemos el desafío de desterrarla; en ese mismo acto estaremos construyendo un mundo en el que viviremos mejor mujeres y hombres.

*El lado B de la desigualdad*

*¿Por qué los hombres bebían vino y las mujeres agua?*

*¿Por qué un sexo era tan adinerado y tan pobre el otro?*

VIRGINIA WOOLF, *Un cuarto propio*

La Economía Política nace como ciencia con un libro de Adam Smith que se titula *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. ¿Cuáles son las leyes que rigen la distribución de la riqueza? ¿Qué determina que unos sean pobres y otros sean ricos? ¿Cuál es el ascensor social que lleva de la miseria a la abundancia? Estas preguntas son el corazón de la ciencia económica y también inspiran a Thomas Piketty, un economista francés, para escribir *El capital en el siglo XXI*. Con más de 700 páginas y lleno de formulaciones matemáticas, el libro de Piketty publicado en 2013 se convirtió rápidamente en un *best seller* leído en todo el mundo (y su autor en lo más parecido a un *rockstar* que dio la economía). Las preguntas que presenta se expresan en las ideas de dos autores que aparecen en las primeras páginas: ¿lleva el capitalismo a la concentración de la riqueza en pocas manos?, como diría Marx; o bien, ¿las fuerzas armoniosas del mercado hacen que el crecimiento, la competencia y el progreso tecnológico nos lleven a reducir cada vez más la desigualdad?, como diría Kuznet.

“La realidad concreta y burda de la desigualdad se ofrece a la vista de todos los que la viven, y suscita naturalmente juicios políticos y contradictorios. Campesino o noble, obrero o industrial, sirviente o banquero: desde su personal punto de vista, cada uno ve las cosas importantes sobre las condiciones de vida de unos y otros, sobre las relaciones de poder y de dominio entre los grupos sociales y se forja su propio concepto de lo que es justo y lo que no lo es”, dice Piketty en la introducción a su libro. El concepto de desigualdad está cargado de subjetividad y por eso suscita tantas discusiones. Uno mira a su alrededor y siente que hay cosas que están mal: ese niño debería poder comer, aquella chica debería poder conseguir un empleo, este hombre que trabajó toda su vida debería poder jubilarse. Vivimos en un mundo tan rico y con tanta tecnología a nuestra disposición que resulta inentendible que haya quienes no tienen siquiera servicio de agua potable. Esa sensación de que algo no cierra, de que es injusto, nace de un sentido común de humanidad fraterno y romántico. Por esto mismo quizá, porque aparecen tantos sentimientos en juego, el libro de Piketty está lleno de evidencia empírica para sostener cada afirmación que hace. Datos de impuestos, presupuestos, producción, inversión pública y privada llenan hojas y hojas para mostrar que, después de más de 200 años de capitalismo, la sociedad no evoluciona hacia un mundo con mayor igualdad sino que tiende a la concentración de la riqueza en las manos de un puñado de personas.

En el monumental esfuerzo de Piketty por organizar y presentar toda esta información y discutir las ideas centrales de la economía política, hay un silencio estremecedor sobre una desigualdad que subyace al resto de las desigualdades. Además de ricos y pobres tenemos también una diferencia abismal entre hombres ricos y mujeres ricas,<sup>1</sup> o entre hombres pobres y mujeres pobres. Las estadísticas mundiales muestran, sin sonrojarse, que las mujeres ganan menos que los varones en todo el planeta, que hacen más trabajo doméstico no remunerado que ellos (cocinan, limpian, cuidan a los niños, atienden a los adultos mayores y enfermos del hogar), enfrentan tasas de desempleo más altas y son más pobres, cuando se jubilan ganan menos dinero, son dueñas de menos propiedades y poseen menos riqueza. Aunque hoy cuentan con más niveles de estudios que los hombres, enfrentan grandes obstáculos para llegar a lugares de poder o jerarquías

en casi todos los ámbitos (ciencia, política, parlamentos, empresas privadas).

Todo este lado B del disco de la desigualdad necesita ser explicado. No es algo que omite solamente Piketty, a quien tomo como ejemplo con simpatía y admiración por su trabajo, sino que es un asunto incompleto en la Economía Política como ciencia a lo largo de su historia y también ausente en las charlas de sobremesa. Hace falta pensar y discutir por qué las mujeres tienen tan pocas chances de ser ricas y tantas más chances que un hombre de ser pobres, por qué en la división del trabajo les ha tocado una mayor cuantía de trabajos no pagos (o por qué sus trabajos no se pagan), cómo estas diferencias profundizan la desigualdad en general. ¿Podemos aspirar a un mundo igualitario cuando ni siquiera reconocemos el trabajo cotidiano de millones de mujeres? Es decir, no solo se agregan nuevas dimensiones al debate anterior sino que además se transforman las preguntas que nos podemos hacer. Las relaciones de género —que son construcciones sociales— son un elemento explicativo con demasiada relevancia como para dejarlas al margen.

### *Mi mamá no trabaja, es ama de casa*

“¿En qué trabajan tus padres? Mi papá es ingeniero y mi mamá no trabaja, es ama de casa.” Esta era una típica respuesta que se podía escuchar en los sesenta (hoy también, pero menos seguido). En gran parte del mundo fue esa la época en que las mujeres empezaron a incorporarse masivamente al mercado laboral. Y aquí es donde está uno de los principales puntos de conflicto: la idea de que ser ama de casa implica un no-trabajo. Las horas lavando y planchando, poniendo medias, sacando piojos, preparando la cena, llevando a la tía vieja al médico... todo eso aparece como tareas que le corresponden a las mujeres por el solo hecho de serlo, como si fuera parte de su naturaleza, una especie de atributo natural de la feminidad.

Imaginemos por un segundo un hombre que pasa los días cambiando pañales de su bebé, limpia, barre, lava la ropa, la cuelga, plancha, dobla y guarda. Lustra los muebles, saca a pasear al perro mientras hace las compras y espera a su mujer con la cena lista, prolijamente vestido y aseado dispuesto a sonreír ante las historias de la oficina que ella traiga. ¿Qué le pasó a este muchacho?, ¿estará enfermo?, ¿será que nadie quiere emplearlo? Es un perdedor, un vago, ¿acaso un mantenido? Sacrificar una carrera o profesión para cuidar el hogar, bella y sonriente es lo esperable de una buena mujer, para muchas es su punto de realización personal y es, además, una señal de amor. Pero ¿un hombre sin un trabajo?... es como si le faltara algo. A veces es difícil entender que estos roles pre-establecidos controlen tanto nuestras vidas cotidianas, más allá de nuestros deseos y posibilidades.

Ser ama de casa requiere la disposición de largas horas del día. Cuando las mujeres empiezan a trabajar también fuera del hogar, sin embargo, no se reduce sustancialmente su carga dentro de él. En la Argentina, 9 de cada 10 mujeres hacen estas labores domésticas (trabajen fuera del hogar o no) mientras que 4 de cada 10 varones no hace absolutamente nada en la casa (aunque estén desempleados). Esto es algo que se reproduce en todo el mundo. Las mujeres, para dar su salto hacia la “independencia”, se cargaron dos trabajos encima.

El desplazamiento desde el reino del hogar hacia el mundo mercantil está transformando todo a su paso. En los años sesenta, solo 2 de cada 10 mujeres trabajaba fuera del hogar, hoy son casi 7 de cada 10. Además, ellas son por primera vez la mayoría

de las estudiantes universitarias (y graduadas). El problema es que, por ahora, estas muchachas ingresan en un mundo laboral que no está del todo preparado para ellas. Las mujeres, usando sus superpoderes del *multitasking*, hacen todo y lo hacen a costa de su propia sobreexplotación o de distintas formas de empobrecimiento de su vida cotidiana: menos tiempo para el entretenimiento, peor calidad del cuidado familiar, empeoramiento de la salud.

En *Un cuarto propio*, Virginia Woolf se pregunta por qué las mujeres no produjeron grandes obras literarias y hace el ejercicio mental de imaginarse una mujer talentosa en el siglo XVI: “Se hubiera enloquecido”, afirma, “porque no se precisa mucha habilidad psicológica para saber que una muchacha de altos dones que hubiera intentado aplicarlos a la poesía hubiera sido tan frustrada e impedida por el prójimo, tan torturada y desgarrada por sus propios instintos contradictorios, que debía perder su salud y su cordura (...) Si hubiese sobrevivido todo lo escrito por ella hubiera sido retorcido y deforme fruto de una forzada y mórbida imaginación”. A todos nos cuesta separarnos de la vida que llevamos cotidianamente y registrar cómo vivimos, mirarnos desde afuera. Las contradicciones entre lo que queremos y lo que podemos muchas veces se transitan en silencio y se suman a la lista de angustias existenciales con las que convivimos, o suponemos que son parte de cómo funciona el sistema. La madre que se queda en casa cuidando a los hijos, ¿lo hace porque quiere o porque es su rol en esta sociedad? La joven secretaria que trabaja 12 horas por día en una oficina, ¿lo hace porque logró independizarse o porque no le queda otra? Estas preguntas en cierto modo son nuevas porque el trabajo asalariado para las mujeres —en términos masivos— es algo relativamente novedoso. Suena extraño, pero es novedoso. No hace falta viajar al Medioevo para ver las transformaciones que ya sucedieron, estamos a años luz de las posibilidades de nuestras propias madres y abuelas ante la educación, las carreras, la participación política, la sexualidad.

El ser mujer tampoco nos hace tomar conciencia automática de nuestro rol en la sociedad, mucho menos podemos decir que con el kit de ser mujer viene un chip feminista. Por eso es que necesitamos reflexionar con un poco más de distancia acerca de lo que pensamos que es lo obvio, natural, normal, sin temor a convertirnos en esa chica retorcida de la que habla Woolf. Se trata más bien de desprogramarse, de sacarse de encima la mochila que cargamos de roles, estereotipos, moldes en los que hay que encajar y aventurarse a construir algo distinto. Nuestra generación no puede darse el lujo de pasar todo esto por alto.

### *Las mujeres y las mujeres, primero*

Vivo en Nueva York hace unos tres años, una ciudad que tiene el particular encanto de reunir hombres y mujeres de lugares del planeta que quizá nunca conozca; intelectuales, artistas, científicos de todo el mundo vienen a aquí a nutrirse de su variedad e intensidad, todo está en constante movimiento. Esta ciudad es, además, el centro financiero internacional (como dicen orgullosos los carteles de Wall Street) y un shopping gigante a cielo abierto en donde todas las semanas se renuevan los percheros y las góndolas con productos cada vez más baratos. Mientras unos compran voraces todo lo que se les cruza (hasta empalagarse o agotar el presupuesto), otros fomentan el reciclaje, compran ropa usada, luchan contra la obsolescencia programada. Al tiempo que un puñado de personas gana millones apostando en el casino financiero de Wall Street, la

mayoría trabaja por 10 dólares la hora sin derechos laborales, en la ilegalidad. Nueva York nos ofrece un espectáculo de fantasías navideñas en la Quinta Avenida mientras debajo de la tierra los *homeless* transforman el paisaje en algo más parecido a una postal posapocalíptica. Manhattan parece una escenografía gigante, aun sin pisarla ya recorrimos cada uno de sus lugares emblemáticos en películas, series y videoclips. Sin embargo, no vemos tantas superproducciones que muestren los movimientos sociales que habitan sus calles por las que han marchado sufragistas, luchadores de los derechos civiles, feministas, las banderas multicolores de LGBT, Black Live Matters, organizaciones contra el cambio climático. La tierra en donde crecen torres Trump también acunó a Occupy Wall Street, el movimiento que surgió después de la gran crisis financiera de 2008 y condensó las mayores críticas al capitalismo salvaje y la creciente desigualdad que dejaba a millones de personas sin techo y sin trabajo. Aunque Nueva York parece el lugar donde todos los sueños se hacen realidad, tanto en ella como en otras ciudades en que he vivido (Posadas o Buenos Aires), la desigualdad entre ricos y pobres está expuesta crudamente y te mira fijo a los ojos.

Mientras escribo este libro se desarrollan las campañas de Hillary Clinton y Donald Trump, quienes compiten por la presidencia de los Estados Unidos; Clinton tiene la posibilidad histórica de convertirse en la primera mujer que gobierne el país más rico y poderoso del planeta. Su llegada hasta esta instancia reabrió una discusión de larga data sobre las mujeres, su rol en la sociedad, el estado de sus conquistas, hacia dónde se dirigen. Hasta el presidente actual, Barack Obama, publicó un ensayo sobre el feminismo y se declaró feminista. Aun así, la desigualdad entre mujeres y varones es profunda y estructural. Además, necesita luces de neón y carteles gigantes que la señalen, no es tan fácil de observar a simple vista y, menos aún, en una sociedad en la cual las fantasías del *american dream* nublan muchas realidades.

Una tarde, a principios de 2015, estaba frente al monitor y leí a una periodista argentina que escribió en su cuenta de Twitter “nos están matando” en referencia a un nuevo caso de feminicidio (de esos que en la Argentina ocurren cada 30 horas). En tiempo real, leí también cómo otras le contestaban y cómo en un par de intercambios daban el primer paso para organizar #NiUnaMenos, una movilización que llevó a miles de personas a lo largo de toda la Argentina a plantarse en contra de la violencia de género. Esa marcha, que empezó con una simple y sentida línea en el mundo virtual, fue impulsada por organizaciones de todo el país y reavivó el debate sobre las mujeres en un sentido amplio: la violencia, la salud reproductiva, su participación política y económica, entre otros aspectos. Discusiones postergadas que, paradójicamente en la Argentina y con una presidenta, no se habían logrado instalar en la agenda pública. En ese contexto surgió también Economía Femini(s)ta, el grupo de trabajo, la página y cuentas en Facebook y Twitter que llevamos con un pequeño grupo de colegas y que se sumó a esta discusión proponiéndose abonar a la perspectiva económica de esta experiencia colectiva. Este libro es una continuación de ese trabajo.

Inspirada en este nuevo momento de discusiones feministas, escribo este libro con el objetivo general de aportar elementos para abordar la cuestión desde la economía, lo que permite además cuantificar los problemas que enfrentan las mujeres en nuestra sociedad. Me propongo presentar datos, investigaciones, ideas, discusiones teóricas, existenciales y de nuestra vida cotidiana que ilustran esa desigualdad que tanto nos cuesta ver y que, sostengo, es central para dar un salto de calidad en nuestra vida social. En este

libro el lector se va a encontrar con los ejes por donde pasa la discusión de la economía feminista, desde la cuestión salarial y la maternidad hasta el capitalismo en sí mismo. A las mujeres les cuesta verse encasilladas, han sido entrenadas durante siglos en las delicadas artes del cuidado del hogar y otras personas, todavía sienten eso como un mandato de su naturaleza, un atributo de la femineidad. “Yo me quedo en casa porque amo a mis hijos”, ¿es que irse del hogar significa desamor?, ¿por qué nunca está en juego que quien se quede en la casa sea el padre? O que sea el Estado quien provea de un sistema de cuidados para colaborar con las familias. Como sea, el rol que ocupan las mujeres en la producción social tiene resultados medibles tanto para ellas como para la economía de conjunto.

Muchas mujeres se independizaron de los roles preestablecidos o siguieron un camino fuera del que tenían trazado, otras lograron escalar posiciones de liderazgo en diferentes ámbitos. Las mujeres, mitad de la población mundial, hoy son minoría en todos los ámbitos en donde se toman decisiones de peso para el mundo y donde se piensa nuestra época: parlamentos, gobiernos, ciencia, medios de comunicación, empresas multinacionales, tecnología, arte, filosofía, literatura. Los estereotipos y roles de género tradicionales condicionan su avance. Disputar estos lugares implica transformar la forma en la que hemos pensado el rol de la mujer en toda la historia pasada, es una transformación muy profunda... que ya comenzó y que es irreversible.

1 Según *Forbes*, de un total de 1826 multimillonarios del mundo solo 197 son mujeres, lo que equivale al 11 por ciento.

## I. LAS MUJERES GANAN MENOS QUE LOS VARONES EN TODO EL PLANETA (Y TU MAMÁ, TAMBIÉN)

En 2015 se filtraron documentos de Sony Pictures que mostraban que Jennifer Lawrence, estrella de *Los juegos del hambre* y la actriz mejor paga del mundo entero según *Forbes*, había recibido varios millones menos que sus coprotagonistas varones en *American Hustle*, su última película. En el mismo año, Patricia Arquette fue ovacionada cuando en su discurso de agradecimiento por el Oscar dijo: “Ya es hora de tener igualdad salarial de una vez por todas e igualdad de derechos para las mujeres en los Estados Unidos de América”. En 2016, Robin Wright, protagonista de *House of Cards*, exigió a Netflix que le pagaran igual que a su compañero Kevin Spacey después de encontrar estadísticas que mostraban que su personaje como Claire tenía la misma popularidad —y por momentos era más famoso aún— que el de Frank Underwood (su marido en la ficción). “La serie es un paradigma perfecto, hay muy pocas películas o programas de televisión en los cuales el hombre y la mujer aparecen como iguales, y ellos [Claire y Frank] lo son en *House of Cards*”, así que “reclamé que me paguen lo mismo que a él”, cuenta Wright en una entrevista. Si bien estas divas están lejos de las luchas salariales de otras mujeres en las que no hay tantos billetes en juego y a veces se trata de la mera subsistencia, sus reclamos sirvieron para poner en la agenda pública de debate la brecha salarial de género.

“Hoy, las mujeres representan cerca de la mitad de nuestra fuerza de trabajo; sin embargo, todavía ganan 79 centavos por cada dólar que gana un hombre. Esto está mal y, en 2014, es una vergüenza. Las mujeres merecen igual pago por igual trabajo.” Estas fueron las palabras de Barack Obama en el State of the Union de 2014, el discurso que además de informar sobre el estado de la nación, sirve para que el Presidente delinee su agenda legislativa y las prioridades nacionales. Pero además, la brecha salarial se amplía para las mujeres negras (african american), que ganan solo 64, y las latinas, que solo reciben 56 centavos por cada dólar que gana un hombre. Si bien se redujo en los últimos cincuenta años, a nivel mundial las mujeres ganan en promedio 25 por ciento menos que los varones (estimación de la Organización Internacional del Trabajo, OIT); en el caso de los Estados Unidos, esa brecha pasó de ser de 59 a 79 centavos por dólar<sup>2</sup> (mejoró). Según los especialistas, en las últimas dos décadas la tendencia al cierre de la brecha salarial de género perdió el impulso inicial y de seguir en el ritmo actual el pronóstico es que recién podría cerrarse completamente hacia 2086. En 1969 el hombre llegó a la Luna y la NASA se propone tener una misión humana instalándose en Marte para 2030. ¿Estamos más cerca de la utopía futurista de colonizar otro planeta que de un mundo igualitario entre hombres y mujeres?

*La desigualdad que no miramos*

Una vez, dando una charla sobre este tema, alguien me cuestionó: “Si los empresarios pueden pagar menos a las mujeres, entonces contratarían más mujeres que hombres, y ganarían más dinero. El capitalismo ya lo hubiese resuelto”. En principio, nunca deja de llamarme la atención cómo gente que vive sumergida en un mundo de desigualdades e injusticias puede tener tanta certeza de que el capitalismo es eficiente y resuelve sus desequilibrios por arte de magia. Aun si yo confiara en que el capitalismo

funciona, debería puntualizar que quizá se toma demasiado tiempo en solucionar ciertos problemas. Al menos en lo que atañe a las diferencias salariales entre varones y mujeres lleva ya un par de cientos de años y no hay señales de que vaya a cambiar sustancialmente en el corto plazo. Pero al margen de esta, que es otra discusión, hay muchos factores en el mercado laboral que hacen que las mujeres ganen menos que los varones por el mismo trabajo, y es un hecho que se repite a lo largo de todo el planeta.

Parte de las diferencias salariales pueden explicarse por factores claros, objetivos y que podemos medir. Si alguien tiene mayor nivel de educación, más preparación o experiencia para un puesto suena lógico que gane más que sus compañeros que no las tienen. Es decir, puedo explicar que Luis gana más que Mariana porque hizo un posgrado y hace tres años que trabaja en la empresa, mientras que ella se acaba de recibir y es su primer trabajo. Pero si la comparo con Juan, que también es nuevo y recién salido de la universidad y resulta que él tiene un mayor salario, habría que indagar un poco más en qué es lo que sucede. Un proceso similar hacen los estudiosos del tema utilizando las estadísticas de empleo disponibles en cada país. Es así como hay diversos análisis de la evolución de la brecha salarial de género.

En general, para evaluar se procede con la disección de los distintos factores que caracterizan a los trabajadores, y se van haciendo ejercicios de comparación para ver qué peso tiene cada uno sobre el resultado. Por ejemplo, Blau y Kahn (2016) muestran en un trabajo sobre los Estados Unidos que, a diferencia del pasado, la educación ha dejado de ser un componente importante a la hora de explicar la brecha de género. Como hoy las mujeres estudian más que hace veinte años (y llegan a niveles educativos más altos), se acercan a mejores condiciones laborales y salariales y podemos ver cómo acortan la diferencia con sus pares. En cambio, el tipo de trabajo que realizan sí es clave a la hora de entender que ganen menos, ya que ellas tienden a elegir carreras peor pagas.

También se puede determinar el impacto de la raza (o etnia) o de las regiones de residencia sobre el salario. Como señalábamos antes, hay diferencias no solo entre lo que ganan varones y mujeres sino también entre ellas mismas; en Latinoamérica las mujeres blancas de centros urbanos ganan más que las que viven en zonas rurales o que las indígenas e inmigrantes. Esta discriminación la podemos ver abriendo los datos en algunas estadísticas. Pero hay muchas variables que no se pueden aislar y observar tan fácilmente. En el lado oscuro de la brecha salarial —la brecha no explicable—, caen el machismo, los prejuicios, las preferencias de los trabajadores, los grados de competitividad, dinámicas laborales que excluyen a las mujeres, derechos inequitativos. No podemos medir el proceso mental por el que pasa un jefe cuando decide contratar a un muchacho asumiendo el prejuicio de que él será más racional o apto para determinada tarea que una chica. A muchas mujeres se les pregunta en las entrevistas laborales sobre sus planes de maternidad; aunque no tengan hijos, su mera posibilidad implica una penalización en el mercado de trabajo. Si una mujer dejó su ocupación durante unos años para cuidar a sus hijos, seguramente ese tiempo fuera de su carrera le pese a la hora de volver; por el otro lado, pocos varones se ven obligados a dejar de trabajar o estudiar cuando tienen hijos. Estas situaciones, entre otras, son invisibles a las estadísticas pero pesan en la vida cotidiana.

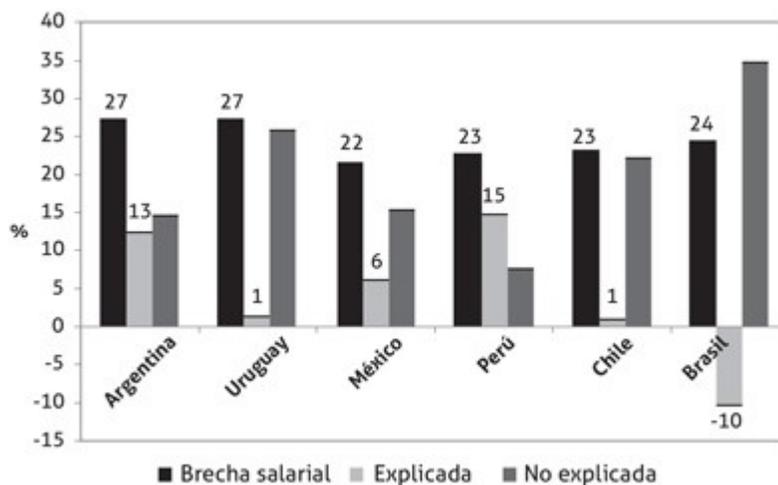
En el Panorama Laboral de la OIT se revela que en América Latina y el Caribe cerca del 54 por ciento de las mujeres y el 47 por ciento de los varones están trabajando en empleos informales. Estos trabajos informales tienen brechas salariales mucho más

altas que los puestos de trabajo en blanco; además de una mayor inestabilidad laboral, tampoco hay garantías sobre el cumplimiento de los derechos laborales básicos como las licencias por maternidad o cobertura de salud. En el caso de la Argentina, si bien el empleo informal disminuyó en la última década, todavía más de un tercio de las trabajadoras está en negro y ganan un 40 por ciento menos que los varones.<sup>3</sup>

¿Qué pasa si aislamos todos los factores que pueden justificar las diferencias salariales entre varones y mujeres? Un estudio de la OIT analizó la información de 38 países en donde se comparan los ingresos de los trabajadores considerando que tengan la misma educación, experiencia, ocupación, categoría profesional, zona de residencia y tiempo que trabajaron por mes y por semana. Asumiendo que los trabajadores son similares en todas estas características (brecha explicable), encontraron que la brecha se debería invertir: si no existiera el resto —ese lado oscuro que mencionábamos antes (la brecha no explicable)—, entonces las mujeres deberían ganar más que sus pares varones en 19 de los casos estudiados. Lo que intenta mostrar este análisis es que si comparamos una chilena y un chileno —ambos del centro de Santiago de Chile, contadores, cumpliendo igual horario laboral—, vamos a encontrar que la brecha salarial es del 23 por ciento: solo 1 punto de ella se debe a que, quizá, la mujer tiene unos meses menos de experiencia que el varón, el resto es discriminación (en sentido amplio). Estas dos personas deberían ganar lo mismo, sin embargo la chilena gana mucho menos y los motivos no tienen que ver con sus capacidades y aptitudes para el trabajo.

### Brecha salarial

Latinoamérica (países seleccionados)



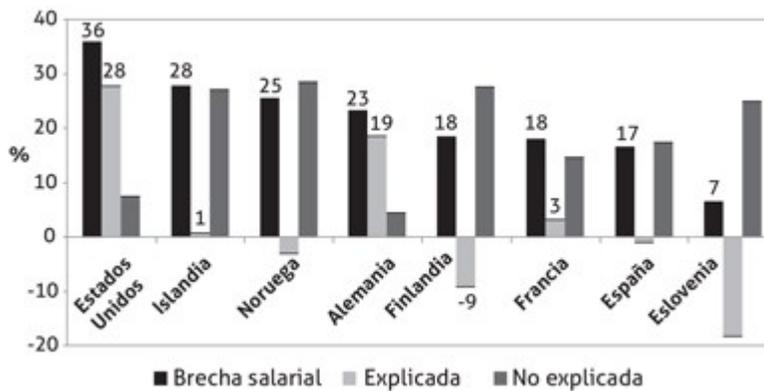
Fuente: Elaboración

propia sobre datos del Informe Mundial sobre salarios de la OIT (2014-2015).

Algo similar sucede en Brasil, Suecia, Lituania, Eslovenia o Rusia, donde incluso la brecha debería ser a favor de las mujeres; es decir, tienen más educación, experiencia (y todo lo que listábamos antes) que sus compañeros y ganan menos: si no existiese discriminación, debería ser al revés. Incluso, en muchos casos, cuando se analizan las diferencias salariales en trabajadores con altos ingresos, la parte no explicada por sus características es mayor todavía y representa casi el total de la brecha.

### Brecha salarial

Países desarrollados (selección)



Fuente: Elaboración propia sobre datos del Informe Mundial sobre salarios de la OIT (2014-2015).

En definitiva, para todos los estudios y diferentes mediciones, considerando que tengan similar educación, experiencia, horas trabajadas y demás variables que influyen en las decisiones del mercado laboral, las mujeres ganan menos que los varones; las que tienen hijos ganan menos que las que no; las mujeres negras, indígenas y campesinas ganan menos que las blancas (la única excepción son las mujeres asiáticas en algunos países).<sup>4</sup>

### *La educación paga*

Uno de los avances más importantes en la sociedad y la economía en el siglo pasado es lo que Claudia Goldin (2014) denomina *la convergencia de roles*. Las mujeres trabajan más fuera del hogar y los muchachos colaboran un poco más en la casa; además, la mayor educación femenina dio sus frutos con más y mejores oportunidades laborales y se amplió el abanico de opciones para las mujeres (ya no estudian solo para maestra o enfermera). Cuanto más estudian, dice Goldin, más deseos tienen las chicas de poder trabajar en su profesión al tiempo que llevan adelante su familia, lo que retroalimenta positivamente lo anterior. Todo esto es evidente y está bien medido. En el pasado, las mujeres tenían menos posibilidades y acceso a la educación que los varones, esto hoy se ha revertido por completo. A nivel global, ellas los superan en las tasas de asistencia y graduación universitaria. Un estudio de Yale muestra que hay 93 muchachos por cada 100 chicas estudiando en la universidad.

Una investigación de Pew Research Center sobre los Estados Unidos con datos de 2012, muestra que las más viejitas de las llamadas *millennials*,<sup>5</sup> quienes entraron a la fuerza de trabajo en la última década, lo hicieron con más y mejor educación que sus madres y abuelas, e incluso que gran parte de los varones jóvenes de su edad. El 38 por ciento de estas mujeres de entre 25 y 32 años tiene un título de grado, mientras que los varones llegan solo al 31 por ciento. Entre las *millennials* más jóvenes, la brecha educativa se amplía; el 45 por ciento está anotada en la universidad contra el 38 por ciento de los chicos de su edad. Esta mayor diferencia en la educación de las mujeres surgió en los noventa y ha aumentado desde entonces. Una encuesta del mismo centro de investigaciones combinada con datos del censo de los Estados Unidos, muestra que estas jóvenes son las primeras en la historia en iniciar su carrera laboral cerca de la igualdad con sus pares. En 2012, para trabajadores de entre 25 y 34 años, los salarios por hora de

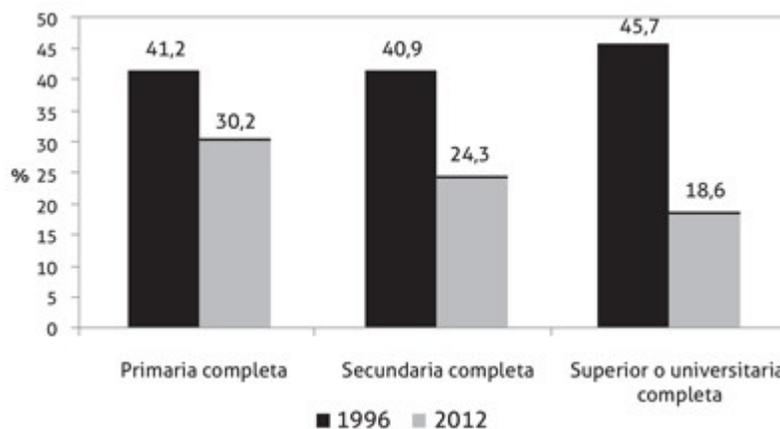
las mujeres llegaban al 93 por ciento del salario de los varones. A pesar de cerrar la brecha salarial, ellas siguen viendo obstáculos en su futuro: les costará avanzar en sus carreras a la hora de tener hijos y aún es muy grande el abismo entre las chicas y los chicos que avanzan hacia puestos ejecutivos altos. La maternidad está estrechamente asociada con dedicar menos tiempo a todas las actividades relacionadas con el trabajo remunerado, mientras que para los papás las responsabilidades familiares tienen un efecto inverso en su carrera.

En términos generales, si bien la mayor educación a lo largo del tiempo significó mejorar los salarios, esta tendencia hoy parece estar un poco estancada. Según las estadísticas del Departamento de Trabajo de los Estados Unidos, una médica cirujana gana el 64 por ciento de lo que ganan sus colegas varones mientras que una cajera de supermercado gana el equivalente al 86 por ciento del salario de sus pares masculinos. Las mujeres sin secundaria completa cerraron más su brecha salarial en los últimos años que las que hicieron doctorados y posdoctorados. El *Wall Street Journal* publicó una investigación que muestra que si se consideran los 446 principales tipos de trabajo en los Estados Unidos, las mujeres ganan más que los varones en solo 9 de ellos<sup>6</sup> y las que tienen altos niveles de educación son las que mayor brecha salarial enfrentan. Médicos, gerentes y asesores financieros personales son las profesiones que peor diferencia presentan en salarios por género.

En la Argentina, según las estadísticas del Ministerio de Educación, el 57 por ciento de los estudiantes universitarios son mujeres y también el 60 por ciento de quienes se gradúan. Si se observa la brecha salarial entre mujeres y varones con el mismo nivel educativo, se encuentra que cuanto más estudiosas se vuelven las chicas, mejores salarios consiguen y se acercan sigilosamente a los de sus compañeros (aunque aún lejos de la paridad). Es así como la brecha entre varones y mujeres sin instrucción es del 41 por ciento y para aquellos que tienen estudios terciarios o universitarios cae (aunque no de manera lineal) al 24 por ciento. A su vez, esta diferencia viene bajando a lo largo del tiempo, en 1996 la brecha salarial entre estos universitarios era del 46 por ciento.<sup>7</sup> Por ahora, para las argentinas, la educación paga.

### La educación paga

Brecha salarial de género por nivel educativo



Fuente: Informe del

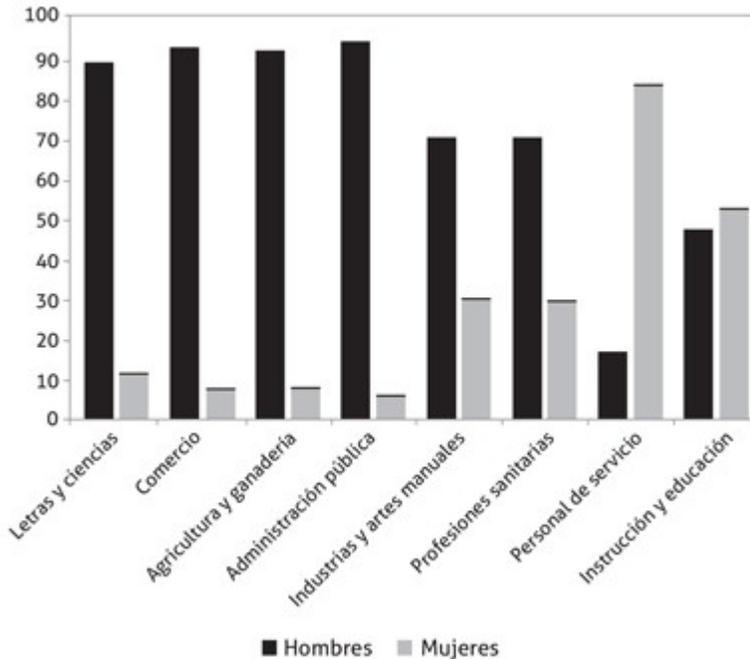
Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

## *A través del cristal*

Supongamos que tenemos dos estudiantes del secundario, a punto de recibirse, una chica y un chico, jóvenes con el mundo por delante y ambos equivalentes en términos de aptitudes y educación, ¿cuál sería la elección de carrera más típica? Por algún misterio del Universo, ella tiene más chances de estudiar letras o psicología; y él ingeniería.<sup>8</sup> Hay muchísimas más chicas estudiando para ser enfermeras y maestras que para ser programadoras, donde se paga mejor y hay más oportunidades de empleo.

Dora Barrancos (2012), historiadora que ha rastreado en profundidad el camino de las trabajadoras en la Argentina, escribe que en 1895 las mujeres eran mayoría entre quienes ejercían la docencia. Esa, y la de empleada doméstica, eran casi las únicas ocupaciones a las que podían aspirar. A principios de 1900 aparecieron las primeras leyes laborales que consideraban a las mujeres en el ámbito del trabajo. Para Barrancos, el hecho de “poder educarse, ejercer libremente una actividad económica, administrar y obtener con el trabajo bienes propios” fue uno de los grandes hitos de la historia. Más adelante, la industria textil<sup>9</sup> las contó entre sus filas con largas e insalubres jornadas. Las ideas de la época acerca de lo que producía el trabajo en las mujeres eran contrapuestas. Por un lado, la fábrica las *degeneraba* y era el germen de una catástrofe social; por otro, el trabajo era el *regenerador* de prostitutas, delincuentes o algo para las solteras (“incompletas”) o no deseables para el matrimonio; en este caso, la fábrica era un mal menor. La literatura de ese entonces narra una relación estrecha entre la prostitución, la pobreza y el ambiente fabril. González Arrili en *Los charcos rojos* hace cruzarse en la calle a las prostitutas que vuelven del burdel con las obreras que van a la fábrica a las 6 de la mañana; ellas son asimilables ya que sufren el deterioro físico del trabajo en sus propios cuerpos. El trabajo tampoco era valorado socialmente entre las mujeres de la alta sociedad y la educación era más bien algo que las hacía brillar en conversaciones en algún salón; se valoraba que fueran buenas esposas y dependían del pasar del marido. Pobres y ricas estaban atrapadas por el mismo estereotipo, de una forma u otra trabajar no era parte del destino natural de las mujeres.

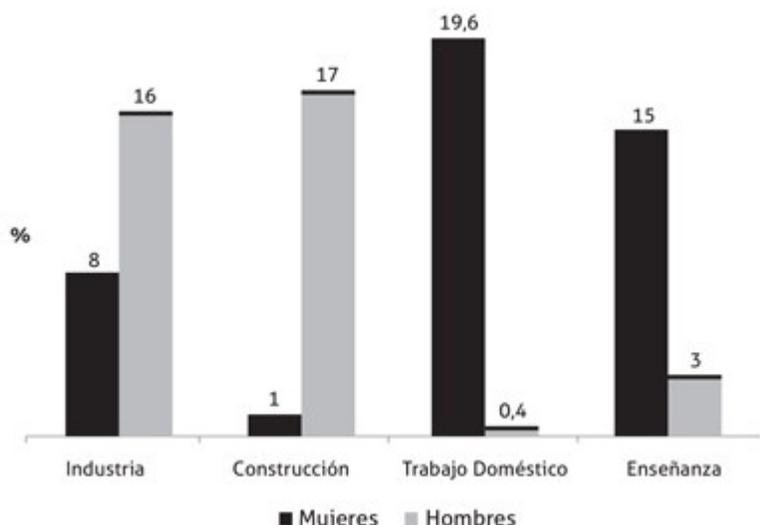
### **Los trabajos en 1919**



Fuente: Elaboración propia sobre estadísticas publicadas por Alfonsina Storni en *La Nación* (agosto de 1919).

Si bien ha transcurrido un siglo de transformaciones y esas ideas ya no tiñen los sueños de nuestra generación, quedan resabios culturales en las estructuras laborales y en nuestras propias ideas sobre lo que consideramos tareas femeninas. Se llama paredes de cristal a los mecanismos invisibles que impiden que haya movimientos horizontales de trabajadoras hacia ocupaciones que están asociadas con lo masculino: ser albañil, relator de fútbol o gobernador aparecen como cosas de hombres (y las estadísticas lo reflejan). Hace cincuenta años las mujeres estaban mayoritariamente restringidas al hogar y a tener hijos, solo 2 de cada 10 trabajaban en el mercado laboral; tanto en el presente como en 1900, sus principales ocupaciones han sido empleada doméstica, maestra y enfermera, la segmentación de tareas por sexo casi no cambió en el último siglo.

### **Paredes de cristal**



Fuente: Elaboración propia sobre la base de EAHU-INDEC (3er trimestre de 2012).

Este fenómeno se repite en otros países. En los Estados Unidos, según el Departamento de Trabajo, las mujeres son el 90 por ciento de las enfermeras (quizá por eso tanta obsesión con las series de televisión que transcurren en hospitales) y más del 80 por ciento de las maestras. Incluso en estas profesiones en que son mayoría y tienen siglos de experiencia a favor, ¡las mujeres ganan menos! Otro clásico empleo elegido por las damas es el de secretaria ejecutiva (que también vemos representado masivamente en las películas de Hollywood).<sup>10</sup> En las áreas más de moda hoy, como la ingeniería y la computación, los varones son más del 80 por ciento de los trabajadores. Silicon Valley, el lugar más *cool* del imaginario popular nerd, tiene muy pocas chicas; un amigo que trabaja ahí me dijo una vez “es casi como retirarse a vivir en un convento”. Incluso en Suecia, el paraíso feminista, las muchachas son el 60 por ciento de las estudiantes de humanidades y menos de un 30 por ciento de quienes se anotan en ingeniería o computación.

¿Hay una inclinación natural de las mujeres por enseñar y de los varones por construir? ¿Nacen las bebas con una escoba bajo el brazo y los bebés con taladros? ¿Por qué todavía existen estas paredes de cristal que nos ordenan actividades en trabajos de mujer/de varón? En un episodio de *South Park*,<sup>11</sup> podemos ver una simpática puesta en escena de esta situación. Los estudiantes son divididos en dos talleres: uno de construcción (para los niños) y otro de economía doméstica (para las niñas). El primer día de clases el profesor Adler les da la bienvenida a los chicos: “Ustedes están aquí porque son el futuro de los Estados Unidos. Es posible que algún día sean médicos, abogados o científicos. La mayoría, sin embargo, será gasista, cortará chapas o algo así. Por eso tenemos este taller”. Por su parte, la maestra Perla saluda a las chicas: “Bienvenidas a economía doméstica. Durante la próxima semana van a aprender a cocinar, coser, limpiar y hacer cosas hermosas y con volados”. Kenny, colado en la clase de las chicas, festeja. Wendy, una de las niñas, le dice a la maestra que quiere ir al otro taller pero que no la dejaron. Perla responde: “Así es, Wendy. Es que algunas de las niñas van a tener trabajos y carreras interesantes. Pero todas ustedes, preciosas, no tienen que preocuparse por eso porque se pueden casar con un hombre bueno y apuesto, por eso tenemos esta clase”.

Cuando me tocó pasar a la escuela secundaria, mi sueño era ir a una donde se aprendía a programar y armar computadoras. Al momento de la inscripción caímos en la

cuenta de que por cada 50 varones había 1 o 2 mujeres en las aulas. Mis padres no accedieron a que transitara mi adolescencia en un colegio con doble escolaridad y esa composición (así como tampoco la dejaron a Wendy ir al taller de construcción en *South Park*). Terminé en uno religioso, mayoría de mujeres y con orientación en letras. Tuve revancha a los 15 cuando en vez de hacer la fiesta típica con súper vestido y ositos de peluche, le pedí a mi familia que me compraran —con ese dinero— mi primera computadora, una 286 con monitor en blanco y negro que me acompañó hasta los primeros años de la universidad (a la que tampoco nadie esperaba especialmente que asistiera). Corrían los noventa y recién estábamos entrando en ese nuevo capítulo en la vida humana que es Internet, quizás el mundo se perdió a una Steve Jobs del tercer cordón de la Triple Frontera.

### *Hacia la conquista del espacio (de trabajo)*

Hace un tiempo, Jon Stewart y Kristen Schaal aparecieron en *The Daily Show*<sup>12</sup> discutiendo por qué cincuenta años después de que los Estados Unidos tuvieran una ley de pago igualitario sigue existiendo una diferencia salarial tan alta entre mujeres y varones. El argumento de Kristen era muy simple:

KRISTEN: La sociedad les hace más fácil a los hombres llegar a trabajos mejor pagos y, cuando llegan, tienen más apoyo para realizarlos.

JON: Entonces, todo lo que tendríamos que hacer es darle a las mujeres mejores opciones para el cuidado de los niños, oportunidades de educación, cambiar los mensajes y estereotipos en los medios y entretenimientos... Digo, ¿cuán complicado puede ser todo esto?

KRISTEN: No es complicado, para nada, pero parece que hay otras cosas menos complicadas que hacer antes de todo eso.

En ese momento se interrumpe la conversación y aparecen voces en *off* que hablan de autos voladores en el mercado para 2017, viajes al espacio exterior y máquinas 3D que pueden imprimir un corazón humano. ¿Es que acaso antes de que los padres de todo el mundo consigan licencias por paternidad habrá *drones* trayendo el *delivery* de pizza? El mercado de trabajo y el Estado aún no han absorbido y procesado los cambios que se desarrollan en el interior de los hogares, esa revolución silenciosa de las mujeres.

Formar una familia sigue siendo uno de los mayores obstáculos que enfrenta una mujer para desarrollarse en su vida laboral, política, artística, deportiva o académica. El motivo es simple: ellas cumplen roles como madres y realizan el trabajo doméstico; estas actividades demandan tiempo y exigen un gran esfuerzo para compatibilizar con cualquier otra tarea. Las mujeres se integran a un mundo laboral preparado para hombres; además, este hombre promedio que se toma de referencia es uno que solo tiene obligaciones con su trabajo y cuyo rol en la casa no pasa de sacar la basura o llevar a los chicos a pasear el fin de semana; un modelo retro que cada vez tiene menos que ver con nuestra realidad. Ser mamá tampoco se lleva muy bien con ir a la salida del trabajo a tomarse una cerveza al *after office*: en el cronograma diario quizá toca buscar a los chicos por la escuela o llevarlos al médico, o correr al supermercado antes de que cierre. Muchas veces es en el marco de estos momentos de sociabilización distendida en donde se terminan cocinando ascensos, oportunidades o viajes.

Los prejuicios de empleadores (y consumidores) también son un obstáculo para el acceso y la permanencia de mujeres en trabajos que se asumen como masculinos. Hay

cuotas de machismo y estereotipos acerca de si ellas pueden lidiar con determinadas situaciones, sea por motivos emocionales o psicológicos, o dudas acerca de si cuentan con la capacidad física o intelectual. Subirse a un taxi y encontrar una conductora todavía nos genera sorpresa, no estamos acostumbrados. Mercedes Pereyra Boué, ingeniera y experta en energía solar, cuenta que en las reuniones a las que asiste —mayoría de varones— piensan que ella es la secretaria de alguien. Una de sus últimas aventuras transcurrió en Intersolar, evento en donde participan empresas de todo el mundo: llegó a una reunión que tenía pauta y se encontró con un grupo de chicas vestidas de conejitas Playboy en malla y con pompones en la cola; se fue ofendida e indignada del lugar. Por suerte, esta vez no fue la única. Mucha gente reaccionó mal ante la presencia de mujeres semidesnudas en un congreso de paneles solares y presentó sus quejas. Al día siguiente, los organizadores del evento salieron a disculparse públicamente.

En plena Copa América 2016, mientras la Argentina se enfrentaba a los Estados Unidos, los hinchas estadounidenses —bastante decepcionados con su equipo— recordaron en las redes sociales y comentarios posteriores al partido que las chicas de su selección nacional “ganan solamente la gloria mientras ellos ganan el dinero”. Es que cinco jugadoras top presentaron recientemente una demanda por discriminación salarial en el Departamento de Trabajo. A diferencia de lo que sucede en la Argentina, en los Estados Unidos el equipo femenino es muy superior al masculino (que es bastante mediocre). Hope Amelia Solo, una de las estrellas futbolísticas, dijo: “Nosotras somos las mejores del mundo, tenemos tres copas mundiales, cuatro campeonatos olímpicos; sin embargo, nos pagan menos”. La brecha entre estas deportistas y sus pares llega al 40 por ciento. No solo ellas son mejores en la cancha, sino que además tienen muchos más fanáticos. En 2014, 26 millones y medio de estadounidenses vieron la final de la Copa Mundial (de hombres), récord para un partido de fútbol en ese país. Paralelo a esto, más de 760 millones de personas vieron la Copa Mundial Femenina de todo el mundo, junto con más de 86 millones que la siguieron online. Como dato extra, vale mencionar que en la FIFA recién hace tres años —y después de más de 109 de vida— una mujer ha llegado a un cargo en el comité ejecutivo de 209 miembros de la federación. Ese histórico día, el presidente Joseph Blatter dijo desde su podio: “Digan algo, señoras. Siempre están hablando en casa, ahora pueden decir algo aquí también”.

Otra cuestión que señalan quienes estudian la brecha salarial de género es que una causa de ella es que las mujeres no negocian bien sus salarios (o simplemente, no negocian). Hay dificultades para autovalorarse y poca seguridad a la hora de discutir una retribución. Esto les pasa a todas, desde empleadas domésticas que temen perder su trabajo por pedir un aumento o un día libre, hasta millonarias que tienen un manager que les maneja el *caché*: “Se supone que no vas a hablar de dinero porque los demás van a pensar que sos difícil o una diva. Pero prefiero que me llamen ‘diva’, o ‘feminazi’, que me digan ‘difícil’, o ‘feminista del primer mundo’, que me llamen como quieran, yo voy a seguir tratando de hacer lo correcto y asegurarme de que lo correcto suceda”, dijo en una entrevista Emma Watson, la encantadora Hermione de *Harry Potter*. Pero no todas las trabajadoras son Hermione y pueden darse el lujo de discutir su salario con un empleador: algunas están más preocupadas por conseguir el puesto porque no tienen otra opción, otras no saben siquiera que les están pagando menos que a sus pares porque no hay información disponible o, quizá, no tienen una instancia para discutirlo. Sin duda, la confianza es algo por fortalecer para las trabajadoras y sus perspectivas en la negociación

salarial (sea individual o incluso cuando se discuten propuestas en el interior de los sindicatos), aunque tenerla no implica poder hacer uso de ella.

### *Las chicas solo quieren ganar igual*

En los ochenta, con mis amigas cantábamos con tules en la cabeza imitando a Cindy Lauper (en esa época era más fácil y barato ponerse un par de trapos que teñirse el pelo de arcoíris como ahora). El hit indiscutido era *Las chicas solo quieren divertirse*, una canción que habla de una mujer que después de trabajar solo quiere ir de fiesta, recibe llamados en medio de la madrugada y vuelve a casa con la luz del día. Era la época en que Madonna, llena de crucifijos y con lencería de encaje, filmaba videos eróticos con un Cristo negro en alguna iglesia y la Cicciolina, famosa actriz porno, era elegida diputada en el parlamento italiano. Todo esto era transgresor y vanguardista en ese entonces. Hace no mucho, Cindy Lauper hizo un *cover* de su propia canción en que reclama pago igualitario.<sup>13</sup> En esta traducción (libre) el estribillo del *cover* dice algo así:

*Chicos, si ella está loca no es el síndrome premenstrual*

*Es que hace el mismo trabajo pero gana menos*

*No necesita ningún ibuprofeno*

*Solo necesita ganar igual*

*Las chicas solo quieren ganar igual*

En la ciencia, en la política, en el deporte, en la música, en la fábrica, en todos lados, las chicas ¿solo quieren ganar igual? Puesto así suena un poco abstracto. Una forma de “ganar igual” es que los muchachos ganen menos. Esto que me decían en alguna reunión de que “el capitalismo debería resolver”, bueno, en cierto modo lo hace. Desde que la mujer entró en el mercado de trabajo, el salario de los hombres bajó en términos relativos, ya no alcanza para ser el hombre de la casa que alimenta a la familia. Muchas mujeres se vieron obligadas a trabajar porque su sueldo es parte central del ingreso familiar, no un extra.

Por otro lado, hay cosas que contribuyen en el cierre de la brecha salarial y que son más imperceptibles (y positivas). Hoy casi no concebimos nuestra vida cotidiana sin estar conectados; este acceso a las tecnologías digitales promete un nuevo impulso para mejorar la calidad de vida y posibilidades laborales de las mujeres, ya que genera otra relación y entorno de trabajo. El acceso a un celular, una computadora, a Internet despliega un abanico de opciones. Se pueden hacer cursos online, ver ofertas de empleo, dar conferencias, tener reuniones. Para quienes viven en comunidades rurales, alejadas de las urbes, el celular significa un gran ahorro de tiempo y puede ser una solución ante muchísimas situaciones de la vida cotidiana evitando, por ejemplo, a las mujeres tener que trasladarse (con lo que implica para la logística de una mujer con hijos). Para muchas otras, sobre todo las que son madres, el poder trabajar a distancia es una solución. Un estudio de Accenture sobre 31 países muestra que el 58 por ciento de las mujeres que están desempleadas piensan que el *home office* las ayudaría a conseguir empleo.

En cuanto a la brecha salarial de género podemos decir con toda seguridad que el capitalismo no ajusta por sí solo. Los países que más avanzaron en esta agenda lo hicieron a partir de políticas orientadas específicamente a cerrar las distintas brechas de género. Es necesario estimular el pago igualitario, combatir los estereotipos y roles tradicionales, incentivar a las mujeres en sus aspiraciones, contribuir con sistemas de cuidado que permitan una mejor asignación del trabajo doméstico, entre tantas otras.

Barack Obama, por ejemplo, anunció a principios de 2016 que se va a solicitar información pormenorizada de salarios a todas las empresas que operan en los Estados Unidos y que tienen 100 o más empleados. Si bien hace más de cincuenta años hay una ley de pago igualitario en ese país, las diferencias entre lo que ganan mujeres y varones persisten. “La recopilación de datos salariales es un importante paso adelante en la lucha contra las prácticas discriminatorias. Esta información ayudará a los empleadores a evaluar sus prácticas para evitar la discriminación salarial y fortalecer la aplicación de nuestras leyes federales contra la discriminación”, dijo Jenny Yang, presidenta de la Comisión de igualdad de oportunidades en el empleo. “No se puede saber lo que no se sabe, y no podemos prometer igualdad si desconocemos la situación”, agregó el director del Departamento de Trabajo.

Hay también pequeñas manifestaciones que sirven a la hora de concientizar: hace unos años en Europa se celebra el Día Europeo de la Igualdad Salarial. Esta fecha va variando según el resultado de las estadísticas y para elegirla se considera el promedio de la brecha salarial de género en la Unión Europea. En 2014, por ejemplo, fue el 28 de febrero, lo que significa que las mujeres deben trabajar unos 59 días extra para ganar lo mismo que sus pares varones. Allí también hay un principio de igualdad salarial vigente desde 1957, aunque en la práctica no haya dado los resultados deseados.

Las negociaciones colectivas de salarios y condiciones de empleo que apunten a garantizar la igualdad, canalizadas a través de sindicatos y asociaciones de trabajadores, son otra forma de dar respuesta a estas demandas, sobre todo para las trabajadoras más desprotegidas o de menores ingresos.

Pero supongamos por un momento que los salarios se alinean y el eclipse es total, la mano invisible del mercado hace desaparecer por completo la brecha salarial. Salimos de la oficina, brindando por las buenas noticias, abrimos la puerta de casa y ahí nos espera radiante la segunda jornada laboral, ese trabajo que nadie paga y que todos esperan que haga la Mujer Maravilla.

2 Según los datos del Censo de los Estados Unidos, las mujeres blancas (white american) son las que más han cerrado la brecha con respecto a los hombres blancos, unos 20 centavos. Si se considera el período 1980-2015, las mujeres latinas que viven en ese país solo achicaron su diferencia salarial en 5 centavos.

3 Según un informe del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, esta brecha pasó del 33,9 por ciento en 2004 al 39,4 por ciento en 2013.

4 En los Estados Unidos, por ejemplo, las mujeres asiáticas tienen niveles educativos por encima del promedio de mujeres y varones, lo que les da la posibilidad de acceder a empleos de calidad y con salarios altos.

5 Se denomina *millennial* a la generación nacida entre 1980 y 2000.

6 Trabajadores de mantenimiento de caminos, nutricionistas, instaladores y reparadores en telecomunicaciones, operadores de grúas y torres, recolectores de productos reciclables, aserradores, transportistas, asistentes de bibliotecas y lectores de medidores.

7 Según un informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), “las brechas en los ingresos por hora entre varones y mujeres se redujeron significativamente, sobre todo en las mujeres con estudios universitarios: pasó del 33,9 en 1996 a 10,4 en 2012. Entre hombres y mujeres con primaria completa, sin embargo, la mejora fue menor (del 33,8 en 1996 al 26,2 por ciento en 2012), un dato que puede estar

indicando que los avances se concentraron sobre todo en un sector social con más recursos y que hoy existe una mayor heterogeneidad entre mujeres según capital social y económico”.

8 El 85 por ciento de los psicólogos en la Argentina son mujeres. En Chile alcanzan el 80; en España, el 75; y en los Estados Unidos, el 70 por ciento. El 96 por ciento de quienes estudian ingeniería en Latinoamérica son varones, mecánica y electrónica son las preferidas.

9 Dice Alfonsina Storni en 1919: “Las mujeres que se dedican con frecuencia a los oficios de aguja, y exceptuando el de sastre, tienen en todos ellos la mayoría absoluta. También constituyen mayoría en la tarea de cigarreros, reparadores de calzados, empaquetadores, hiladores y telaristas, peinadores y posticeros, planchadores y plegadores, y lavaderos. Cerca de 70.000 mujeres están ocupadas en las más variadas industrias de la Capital, sin excluir las tareas de maquinista y minervista, realizando la cuarta parte de la actividad industrial”.

10 En los Estados Unidos de los años cincuenta, el 30 por ciento de la fuerza de trabajo estaba constituida por mujeres. Ellas eran principalmente secretarias, vendedoras, mucamas, meseras o trabajaban en la línea de ensamblado de las fábricas.

11 *South Park* es una serie animada estadounidense para adultos que sale al aire hace casi veinte años. Sus protagonistas son niños que asisten a una escuela pública en donde tienen todo tipo de aventuras en las que se pueden encontrar inteligentes sátiras de la realidad económica, política, críticas a la cultura pop y mucho humor negro.

12 *The Daily Show* es un programa diario de la televisión estadounidense que presenta la información de modo paródico y con bastante sarcasmo. Se nutre de monólogos, entrevistas, sketches y por él han pasado muchas celebridades, desde cantantes y deportistas hasta Barack Obama. Entre 1999 y 2015 fue conducido por Jon Stewart, un brillante comediante, escritor, director y actor estadounidense. Kristen Schaal es también una genial comediante y actriz que forma parte del *dream team* de mujeres feministas que hace un tiempo copan las pantallas haciendo humor (además de producir, dirigir, escribir) en la televisión de los Estados Unidos.

13 En la industria de la música también aparecen las cuestiones económicas de género: según un informe de 2015 de la Performing Right Society de Inglaterra (que cuenta con 118.000 miembros), solo el 14 por ciento de los escritores o compositores de música son mujeres y durante ese año en la BBC solo el 4 por ciento de los shows promocionales fueron realizados por mujeres. Menos del 5 por ciento de los productores más conocidos del mundo son mujeres y, también, ganan menos que sus pares varones.

## II. AMAS DE CASA DESESPERADAS

### ¿POR QUÉ EL TRABAJO DOMÉSTICO NO REMUNERADO ES “COSA DE MUJERES”?

*He tratado todo lo que se supone que una mujer debe hacer... Puedo hacerlo todo y me gusta, pero no te deja nada sobre lo que pensar —ningún sentimiento acerca de quién eres—. Nunca tuve ninguna ambición profesional. Todo lo que quería era casarme y tener cuatro hijos. Amo a los chicos y a Bob y a mi hogar. No hay ningún problema al que pueda ponerle nombre. Pero estoy desesperada. Empiezo a sentir que no tengo personalidad. Soy una servidora de comida, pongo pantalones y hago la cama, alguien que puede ser llamada cuando quieren algo. Pero ¿quién soy?*

BETTY FRIEDAN, *La mística de la feminidad*

Era sábado a la tarde y mi amigo Iván escribió simpática e irónicamente en su Twitter: “Plancho una camisa escuchando Cat Power porque estoy muy seguro de mi masculinidad”. Lo reproduce en mi propia cuenta con el agregado: “Acá un compañero engañado por los estereotipos. ¿Planchar es de mujer o acaso escuchar Cat Power? ¿Es malo no ser masculino?”. Enseguida empezó una catarata de anécdotas personales y reflexiones. En ese simple comentario de Iván se condensa mucho de lo que trata este capítulo: ¿por qué asumimos que las tareas del hogar pertenecen a la mujer?, o ¿por qué planchar y barrer pueden vulnerar la masculinidad? Y también, ya que estamos, ¿de qué se trata la masculinidad *mainstream*?

A lo largo de todo el planeta, el tiempo que destinan mujeres y varones a las labores domésticas está muy desbalanceado: ellos dedican más tiempo a los trabajos pagos mientras que ellas son quienes hacen el trabajo no pago del hogar como limpiar, cocinar, hacer las compras, ocuparse de los niños y ancianos. Aunque estas labores domésticas son imprescindibles e ineludibles para que la sociedad funcione, suelen ser menos valoradas social y económicamente que el trabajo pago. Vale pensar qué respondería uno mismo a la pregunta ¿cuánto tiempo trabaja usted por día? En general, no se contabilizan dentro de las horas de trabajo el tiempo que dedicamos a ir al supermercado o pasar un trapito por los muebles. Ese trabajo doméstico cae en una especie de limbo tanto para la teoría económica y las estadísticas como para nuestras propias ideas de qué es y qué no es el trabajo. Sin embargo, su valor económico aparece (y golpea los bolsillos) cuando estas tareas son tercerizadas, sea en centros de cuidados (guarderías, jardines maternas, geriátricos, colonias de vacaciones) o en un servicio particular (empleadas domésticas, cocineras, enfermeras, niñeras o *delivery* de empanadas). Ahí podemos ver claramente que al tiempo consumido en esas tareas se le puede poner un precio, y que el liberarse de ellas implica también la posibilidad de disponer de esas horas para trabajar fuera de casa o disfrutar del ocio.

La asimetría en la distribución del trabajo doméstico es una de las mayores fuentes de la desigualdad entre varones y mujeres, es algo que trasciende la brecha salarial. Al ser las mujeres quienes más tiempo dedican a estas tareas no pagas disponen de menos tiempo para estudiar, formarse, trabajar fuera del hogar; o tienen que aceptar trabajos más flexibles (en general precarizados y peor pagos) y terminan enfrentando una

doble jornada laboral: trabajan dentro y fuera de la casa. El fenómeno se repite virtualmente en todos los países y es muy poco visible porque, en mayor o menor medida, todos asumimos que estas tareas *son de mujer* y que se realizan *por amor*. La situación penaliza también a los hombres, imponiéndoles la necesidad de conseguir mejores empleos y salarios para ser el sustento y proveedor de la familia y les quita —en muchos casos— la posibilidad de participar y disfrutar de la crianza de los hijos.

### *Mujeres al borde del tiempo: el reloj económico*

En la Argentina, la participación de las mujeres en el mercado de trabajo creció muchísimo desde mitad de siglo pasado hasta hoy. Lo que no se movió al mismo ritmo fue la participación de los varones en las tareas del hogar. Las Cenicientas actuales esperan a su príncipe azul no solo limpiando los pisos sino también trabajando en un comercio, en la escuela, el laboratorio o la oficina. Ya no tienen como máximo objetivo ser el ama de casa perfecta, ahora tienen (además) que ser exitosas profesionales y buenas trabajadoras. Al mismo tiempo, los hombres de hoy son mucho más comprometidos con las tareas del hogar; cocinan, cambian pañales, limpian, y hacen cosas que en generaciones anteriores incluso eran impensables como poner o sacar la mesa. Muchas mujeres pueden decir orgullosas “mi marido/mis hijos me ayudan en casa”, aunque a veces no se dan cuenta de que esa frase reproduce la idea de que es una tarea que le toca a ella y que es afortunada porque el/los varones del hogar colaboren.

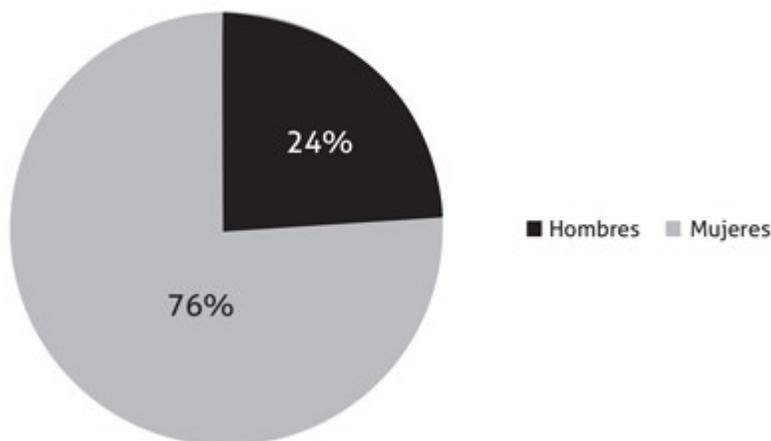
Aun con esa ayuda amorosa que fue creciendo en las últimas décadas gracias a cambios culturales, la brecha de la participación en el trabajo doméstico sigue siendo alta y las mujeres siguen encabezando la lista. En el ranking de “fanáticas de la limpieza” de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) se encuentran en primer lugar las mujeres turcas con 377 minutos al día promedio, seguidas de las mexicanas con 373. Entre los varones, los que menos aportan al cuidado del hogar son los hombres coreanos con solo 45 minutos trapito en mano.

Los países más igualitarios en la distribución de las labores del hogar son los nórdicos (Noruega, Suecia, Dinamarca, Islandia y Finlandia). Y no fue magia, en ellos hace décadas que la sociedad se dio cuenta de que necesitaba ajustar ciertas clavijas. Desde los setenta se vienen desarrollando políticas orientadas a cerrar brechas de género y concientizar a los varones de lo importante que es su aporte en estas tareas cotidianas. En 1975, una marcha movilizó a más de 25 mil mujeres por las calles de Reikiavik, casi un 10 por ciento de la población de Islandia. Se trataba de una manifestación a modo de “día libre de las mujeres” y una huelga en la que participó el 90 por ciento de las mujeres islandesas: ninguna de ellas hizo tareas domésticas ese día. A los hombres les tocó estar a cargo de la casa, los niños y todas las tareas asignadas tradicionalmente a las chicas. Como resultado de este paro se cerraron bancos, escuelas y negocios. Un año después, el Parlamento aprobó una ley de pago igualitario. “Lo que ocurrió ese día fue el primer paso para la emancipación de las mujeres en Islandia. Paralizó el país por completo y abrió los ojos de muchos hombres”, dijo Vigdís Finnbogadóttir, quien luego fue la presidenta de los islandeses por más de una década. Como diría Lisa Simpson, la pequeña feminista que nos acompaña en la televisión desde hace más de quince años, estas muchachas seguían la consigna “voy a planchar tus sábanas cuando planches las desigualdades en nuestras leyes laborales”.

Si sumamos el trabajo pago y el no pago, a nivel global, la OCDE estima que las

mujeres trabajan 2,6 horas diarias más que los hombres en promedio. En la Argentina, según la Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo realizada en 2013, una mujer ocupada *full time* dedica más tiempo al trabajo doméstico (5,5 horas) que un hombre desempleado (4,1 horas). En términos generales, ellas hacen el 76 por ciento de estas tareas. Además, “casi nueve de cada diez mujeres (88,9 por ciento) participan en el trabajo no remunerado en la Argentina. En cambio, el 57,9 por ciento de los varones usa parte de su tiempo en cuidar a los hijos o hacer funcionar el hogar. Eso implica que cuatro de cada diez varones no cocinan, ni limpian, ni lavan la ropa, ni hacen compras en ningún momento del día. Y, entre los que sí lo hacen, tienen tres horas de descuento en relación con el tiempo que depositan las mujeres en la vida cotidiana” ilustra Luciana Peker, periodista especializada en género.

### Participación en las tareas del hogar



Fuente: Informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

Las estadísticas disponibles muestran que estas cifras desbalanceadas se repiten a lo largo de todo el mundo. La OCDE tiene una base de datos para algunos países en donde se pueden ver las diversas actividades en que reparten el día varones y mujeres entre trabajos pagos, tareas del hogar, cuidado de niños, deportes, dormir o ver televisión. De ellos se deriva que en prácticamente todas estas economías, los hombres son capaces de disfrutar valiosos minutos de tiempo libre, mientras que las mujeres pasan más tiempo enfrascadas en la rutina del hogar. En todo el planeta ellas realizan más trabajo no pago que los hombres (y también, los hombres más trabajo pago que las mujeres).

*Ellos dicen que es amor, nosotras decimos que es trabajo no pago*

En 1963, Betty Friedan publicó *La mística de la feminidad*, un libro revolucionario para la época que muchos señalan como disparador de gran parte de las discusiones que se dieron en el marco de la segunda ola feminista en los Estados Unidos. En su libro, Friedan plantea que a las mujeres estadounidenses de clase media las aqueja un mal que ninguna puede nombrar, no encuentran las palabras para designarlo. La mayoría de ellas tiene todo lo que soñó: un marido, hijos, una casa linda con jardín y un buen pasar; sin embargo, algo las angustia “y no es la falta de sexo”. El ama de casa desesperada irrumpe en el paisaje de la época con una pregunta existencial: ¿quién soy?

La mujer aparecía definida en términos de su relación con otro, como esposa, madre, ama de casa y la resolución de sus conflictos parecía tener que darse en el seno del hogar.

Muchas de estas amas de casa desesperadas habían dejado los estudios para dedicarse al hogar pero una vez en ese refugio se sentían insatisfechas; su único premio era su propia feminidad. Al mismo tiempo, esta feminidad tenía características muy particulares: atrapar un buen hombre, alimentar niños, comprar un lavavajillas, hacer una torta, vestirse bella y actuar seductora para sostener el fuego de la pasión en la pareja. En la vereda opuesta, dice Friedan irónicamente, están las neuróticas, feas, sin gracia e infelices mujeres que quieren ser poetisas, físicas o presidentas, “una verdadera mujer no quiere ni carrera, ni una gran educación, ni derechos políticos —la independencia y las oportunidades por las que luchaban las feministas pasadas de moda—”.

La segunda ola feminista levantaba, entre otras, las banderas de los derechos reproductivos, compartir el cuidado de los niños y las tareas del hogar; sus oponentes decían que todas estas eran cuestiones privadas que debían resolverse en sus propias familias; es por esto que se impuso el lema “lo personal es político”. Una de las principales rupturas que provocó esta oleada fue la de la idealización del rol de ama de casa; se encaminó más bien a encontrar un sentido, ese quién soy, por fuera del hogar. Para estas mujeres, se trataba de recuperarse como individuo, como un ser humano independiente.<sup>14</sup> La educación y el trabajo en condiciones de igualdad serían los próximos desafíos.

Si en esos tiempos se esperaba que las mujeres se quedaran en sus casas y las que trabajaban afuera eran estigmatizadas (incluso se decía que las que iban a la universidad solo lo hacían para buscar maridos), hoy se puede decir que, en muchos casos, es al revés. Las mujeres, no solo en los Estados Unidos, se alejaron de este ideal de ama de casa, unas por motivación propia, otras por necesidad. Pero como sea, ayer y hoy su trabajo siempre ha sido ignorado. Nuestras abuelas pasaban largas horas lavando (a mano) la ropa de toda la familia; si bien hoy contamos con la ayuda del lavarropas y los electrodomésticos, planchar, limpiar, preparar la comida, llevar a los niños a la escuela o acompañar a la abuela al médico, forman parte de una rutina completa que se repite cotidianamente. Todas esas tareas eran y son percibidas por la familia, por la sociedad y por la contabilidad nacional como actos de entrega y de amor.

La imagen de la mujer circunscripta a su casa le sirve en los setenta a Silvia Federici, filósofa y activista marxista, para plantear la necesidad de la lucha de las mujeres por el salario para el trabajo hogareño. El salario, en la sociedad en que vivimos, significa ser parte de un contrato social y es a través de nuestro trabajo asalariado que accedemos a consumir aquello que necesitamos: comida, ropa, transporte, libros o ir al cine. Uno trabaja no tanto porque le gusta sino porque es una condición en la que vivimos. La cuestión con el trabajo doméstico es que, además de ser no pago, se le impuso como una obligación a la mujer y se fue transformando en un atributo de la personalidad femenina: ser una buena ama de casa se convirtió en algún momento en algo deseable o característico de las chicas.<sup>15</sup>

Según Federici, las mujeres no deciden espontáneamente ser amas de casa sino que hay un entrenamiento diario que las prepara para este rol convenciéndolas de que tener hijos y un esposo es lo mejor a lo que pueden aspirar. Pero no es algo del pasado solamente, muchas décadas después aún se imparte una cultura que refuerza estos roles. Las muñecas, la cocinita, el juego del té, la escoba con palita rosas, el maquillaje y las

pulseras para armar son el combo perfecto para criar princesas encantadoras, las madres y esposas devotas del mañana. Esa historia no resulta tan lejana en una cultura de películas hollywoodenses con mujeres que dejan todo por el amor a un hombre. O incluso en la variante de los culebrones latinos en donde la mucama es la que va a convertirse en la esposa después de cuidar durante años de su amado patrón en silencio, logrando además su ascenso social. Medios llenos de publicidades de excelentes productos de limpieza que cuidan con esencias de aloe y lavanda las manos que han de acariciar a los seres queridos después de limpiar el sarro del inodoro. El ama de casa es la heroína y protagonista de los cuentos infantiles, la Cenicienta noble, altruista y romántica que entrena toda la vida para ese momento en que se entregará y amará —con el mejor limpiador antibacterial— a los suyos. Aún hay una gran parte de los sistemas de comunicación anclados en estos estereotipos.

El modelo clásico de pareja heterosexual funciona de este modo como un acuerdo tácito y reproductivo: ella cocina, limpia, tiene hijos, buen sexo, y cuida de él. Él es el proveedor que sale todos los días a la calle a ganar el pan y el cash para pagar las cuentas. Con eso también paga el derecho a ser bien atendido al llegar al hogar. Federici, sin pelos en la lengua, dirá que “la esposa ama de casa está al servicio de su esposo psicológica, emocional y sexualmente, cuida a los niños, limpia sus medias y levanta su ego”. Eso que llaman amor es trabajo no pago. Disfrazar el trabajo no pago como un acto de amor esconde que estas tareas son trabajo propiamente dicho y, de este modo, se realiza una actividad indispensable para el funcionamiento de toda la sociedad de manera gratuita (en un mundo en que el consumo de todas las cosas tiene un precio). De ahí el planteo de esta activista de un salario para el ama de casa como forma de, en principio, visibilizar este trabajo y darle el valor económico que se merece (mi propio recuerdo se refiere a decir o pensar en otras épocas “mi abuela no trabaja, es ama de casa” como si ser ama de casa no fuera un trabajo en sí mismo).

A lo largo de la historia de las luchas feministas (y de las políticas públicas de género), se han ensayado diferentes alternativas para valorar económicamente estos trabajos. Salarios y jubilaciones para el ama de casa —que equiparan el trabajo hogareño con el que se realiza fuera del hogar—, cobertura universal o lugares públicos de cuidados para niños y mayores, o personas con discapacidad, entre otras. Hay muchos elementos que la teoría económica y las estadísticas públicas no ven y no se integran en sus modelos, indicadores y políticas. Aunque las encuestas que miden el uso del tiempo son bastante complicadas de realizar y difíciles de comparar entre regiones geográficas y culturas por la diversidad de datos que podemos encontrar plasmados en ellas, nutren de información muy valiosa a la hora de pensar soluciones y alternativas. En la Argentina, recién en 2013 se realizó una encuesta sobre el uso del tiempo por lo que no hay disponible una serie histórica de estos valores. No se puede comparar la situación actual con lo que pasaba hace diez o cuarenta años atrás por falta de información. La generación de datos aporta a cerrar las brechas porque nos permite tener un mapa y diagnóstico de la cuestión. Por ejemplo, un estudio realizado sobre Sudáfrica, Tanzania, Corea, India, Nicaragua y Argentina estima que si se le asignara un valor monetario a este trabajo doméstico que realizan las mujeres, representaría entre el 10 y el 39 por ciento del PBI de estos países. Así también, la reducción de las cargas de limpieza, compras y cuidados sobre las mujeres mejoraría su productividad fuera del hogar.

La fórmula según la cual la esposa-ama de casa sacrificaba su carrera e

independencia por la familia está cada vez más en el pasado. Sin embargo, la ausencia de políticas de Estado que brinden soluciones a las necesidades de la familia tradicional y todas sus distintas configuraciones (madres solteras, padres separados, hogares monoparentales) presiona a las mujeres trabajadoras (más que a los varones) para poder hacer todo a la vez. A pesar de que la mayoría de las mujeres no se dedica a ser ama de casa *full time*, en los hechos sigue cargando con esas labores, que se le suman al trabajo fuera del hogar.

*Detrás de toda gran mujer, hay otra gran mujer*

*Respetando la democracia, alta señora de la cantidad, abren el cortejo las mujeres del personal de servicio... Pasad, estiradas españolas de bustos de madera, pulcras francesas de buen sueldo y poca tarea, largas inglesas de ojos fríos, contadas criollas de brillantes zapatos y largos domingos, robustas italianas de buena cocina, menudas japonesas decorativas... Pasad con vuestras armas al hombro: escobas, plumeros, cepillos, sapolios, jabones, linos, llaves, etc. Sumáis un ejército de 79.781 mujeres y estáis gracias al número, en mayoría absoluta, sumando casi los cuatro quintos del personal doméstico total.*

ALFONSINA STORNI

Las nuevas generaciones dejaron atrás muchos mandatos tradicionales; no obstante, la atención del hogar y de los hijos aún cae bajo la órbita de lo privado y, más específicamente, de las mujeres. Cuando ellas se incorporan en el mercado laboral empieza a ser más evidente el costo que significa para un hogar tener que trabajar fuera y dentro de él. Aparece así la necesidad de servicios de cuidado que no siempre están a disposición, al menos no gratuitamente. Corina Rodríguez Enríquez, referente de la economía feminista, plantea que una de las dimensiones más importantes de esta distribución de las tareas domésticas es la que se llama en la jerga el *diamante del cuidado*, ya que participan los hogares, el mercado, el Estado y las organizaciones comunitarias. En los hogares las tareas se distribuyen entre los miembros de la familia, el mercado provee de soluciones como niñeras o geriátricos, el Estado tiene la posibilidad de establecer licencias familiares u ofrecer jardines maternos públicos, las organizaciones comunitarias pueden contribuir con comedores o espacios para practicar deportes. Hay muchas opciones y, por supuesto, todas tienen asociado un costo.

La mayor parte de las responsabilidades del cuidado están a cargo de los hogares y se asume que las otras puntas del diamante colaboran o facilitan el equilibrio entre trabajar en casa y en el mercado. Cuando no hay guarderías, jardines maternos o geriátricos disponibles de modo gratuito (o accesible), las familias —sobre todo las de menor poder adquisitivo— tienen que enfrentar estas tareas por sí mismas, lo que les resta tiempo para estudiar, formarse, tener empleos pagos, o para disfrutar de ver algún culebrón en la tele. No les queda otra que recortar toda actividad extra y apelar a la ayuda de hermanas mayores, tías. Las familias de altos ingresos, en cambio, tienen más posibilidades de contratar una niñera o una mucama y, de tal modo, liberar tiempo para ir a la facultad o al cine. La mujer profesional de clase media no bien puede, acude a estas hadas madrinas pagas que cocinan, limpian, lavan, planchan, cuidan a los niños y ancianos, son choferes y hasta se hacen cargo de las mascotas.

Según la OIT, más del 80 por ciento de todos los trabajadores domésticos del mundo son mujeres. A su vez, 1 de cada 7 mujeres ocupadas en Latinoamérica trabaja en ese sector en donde las tasas de informalidad rondan también el 80 por ciento, con salarios bajísimos, jornadas extensas y sin acceso a la seguridad social. En la Argentina solo el 3 por ciento de los trabajadores del rubro son varones y el trabajo doméstico es la principal ocupación de las mujeres asalariadas en el país (cerca del 20 por ciento). Las hadas madrinas que ayudan en las casas de mayores ingresos, lejos de tener alitas y varita mágica, son mujeres pobres, muchas de ellas con varios hijos y la mayoría sin siquiera haber terminado la secundaria (las estadísticas muestran que solo el 2 por ciento de ellas completó una carrera terciaria o la universidad). De hecho, según un informe de Carina Lupica sobre maternidad y mercado laboral, casi el 40 por ciento de las madres pobres es empleada doméstica. Se trata de mujeres que necesitan trabajar pero no tienen calificaciones para acceder a otro tipo de empleo. También, muchas chicas jóvenes que ven en esto una posibilidad de escapar de la pobreza de los suyos, aunque terminan en un cuarto de servicio de una familia acomodada que, en la mayoría de los casos, ni siquiera les paga derechos básicos como aguinaldo, vacaciones o días de enfermedad. En la Argentina, un cuarto del total de los trabajadores informales son empleadas domésticas (aun cuando se aprobó una ley para regularizarlas, la gran mayoría sigue en negro).

En algunos países, en los que las políticas de género y las discusiones feministas están más avanzadas, aparecen dudas en torno a esta situación que arrastramos hace siglos: ¿es que acaso las más ricas o profesionales oprimen a las más pobres y sin educación? En esta carrera loca hacia el éxito para algunas, aparece una masa de muchachas que limpian sus casas y cuidan a sus hijos. Además, como pocas veces (o nunca) hay un varón como niñero o fregando pisos y platos, se perpetúa la idea de que los cuidados (del hogar, niños y mayores) son cosa de mujer. Bowman y Cole (2009), de la Universidad de Chicago, plantean que la salida de este laberinto no pasa por condenar la contratación de mujeres para trabajos domésticos sino más bien por empezar a reconocer y valorar estas tareas, profesionalizarlas, a fin de mejorar la forma en que todos las percibimos y también la calidad con la que se realizan. Pero la valoración en nuestra sociedad está puesta en el salario; por tanto, si queremos que la labor de las empleadas domésticas o niñeras tenga mejores condiciones, necesita tener salarios más altos. Y aquí radica el problema para las mujeres profesionales de clase media: en países con grandes desigualdades sociales es más fácil encontrar mujeres pobres y con poca educación dispuestas a trabajar en una casa por poco dinero. Revalorizar el trabajo doméstico implica volverlo más caro. A las familias de medianos ingresos les viene bien pagar sueldos bajos, ¡de otro modo no podrían acceder a ellas!, ¡y sin ellas no podrían salir a trabajar!

Por otra parte, según el Director Regional (América Latina y el Caribe) de la OIT José Manuel Salazar, hay también “una situación de discriminación compleja, con arraigos históricos en nuestras sociedades en regímenes de servidumbre y con actitudes que contribuyen a hacer invisible el trabajo de las mujeres, muchas de ellas indígenas, afrodescendientes y migrantes”. En muchos casos estas trabajadoras son explotadas física, mental y sexualmente. A nivel mundial, Latinoamérica tiene 37 por ciento de los trabajadores domésticos del mundo, ubicándose en el segundo lugar después de Asia. “Este trabajo, insuficientemente regulado y mal pagado, sigue siendo el principal proveedor de cuidados, a falta de políticas públicas universales en la mayoría de países de

la región”, explica María José Chamorro, especialista de género de la OIT.

Por todo esto, porque como decían las feministas de la segunda ola, “lo personal es político”, es que el Estado tiene un rol tan importante en la provisión de sistemas de cuidados. Bien implementado, podría colaborar en que no se potencie el mecanismo de desigualdad entre mujeres ricas que utilizan servicios que proveen mujeres pobres. La profesionalización de los cuidadores también mejora la calidad del empleo de estos trabajadores que de otra forma son bastante castigados económicamente. Otro paso necesario es el de desnaturalizar que estas tareas son algo “de mujer”.

*Nosotras podemos hacerlo*

Uno de los pósteres icónicos del feminismo es el que presenta a una mujer con un pañuelo rojo en su cabeza, la camisa arremangada mostrando su musculoso brazo y una inscripción que dice *We can do it* (nosotras podemos hacerlo). La imagen es de la Segunda Guerra Mundial, cuando muchas mujeres estadounidenses tomaron el lugar que dejaron los hombres en las fábricas y negocios al ser llamados al campo de combate. La mayor participación de las mujeres en la fuerza de trabajo no es algo bueno en sí mismo, muchas veces su incremento fue producto de guerras, crisis económicas y pobreza. Al mismo tiempo, tampoco es el Paraíso: las mujeres ganan menos que los varones en todo el planeta, enfrentan mayores tasas de desempleo y precarización laboral y tienen dificultades para acceder a algunas actividades o para ascender en la escala jerárquica. Las profesionales se topan con obstáculos para avanzar hacia arriba y a las más pobres les cuesta ir a la escuela. Ninguna queda al margen.

Pero aun cuando las circunstancias no son ideales, hay elementos muy importantes en este avance de las mujeres hacia el mundo del trabajo pago. Tanto en América Latina como en la Argentina, el acceso masivo de las mujeres a la educación fue crucial no solo para la mejora de sus condiciones laborales sino también para su desarrollo personal o para simplemente sentirse bien como plantea Betty Friedan. Las mujeres de hoy tienen más libertades, opciones y derechos que las que vivieron tan solo cincuenta años atrás; aunque eso aún no se refleja en el acceso a mejores puestos de trabajo o al sistema político, tiene un enorme potencial que en cualquier momento vamos a ver explotar. La educación es el factor principal de progreso y democratización, es un camino a la igualdad de oportunidades.

No menos importante en esta historia es el rol de los avances científicos y tecnológicos a la hora de reducir el tiempo de trabajo necesario para cumplir las tareas domésticas. La introducción del lavarropas en la vida de las amas de casa es comparable con la revolución que generó Internet. Sebastián Campanario hace un ejercicio simpático al respecto en su libro *Economía 3D*: “Una carga de lavarropas puede rondar los cuatro o cinco kilos. Cuatro lavados por semana debe ser lo mínimo que utiliza una familia tipo. Estamos hablando, entonces, de entre 16 y 20 kilos de ropa. Se estima que, con la introducción del lavarropas, el tiempo dedicado a asear ese volumen de prendas se redujo en nada menos que seis veces. Y con la popularización de la plancha eléctrica, el tiempo requerido para planchar se redujo en 2,5 veces. Así, entre lavado y planchado, lo que antes llevaba en promedio varias horas diarias, ahora toma mucho menos. Para un ama de casa, se trata de una liberación de tiempo extraordinaria. Y a ello hay que agregarle el resto de los electrodomésticos”. El impacto que tiene el tiempo liberado, ya sea por las hadas madrinas o por los electrodomésticos (o por su conjunción), es medible: según

datos de la OCDE para un conjunto de países, cuando las mujeres logran reducir de 5 a 3 horas su rutina del hogar, la tasa de participación en la fuerza de trabajo de ellas aumenta en un 20 por ciento.

Los anticonceptivos cambiaron profundamente las posibilidades de una mejor planificación de la familia y son uno de los factores que todos los estudiosos del tema señalan como decisivo para la incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo. Los teléfonos celulares y las computadoras, como comentábamos antes, permiten el acceso a la información, búsquedas laborales, formaciones online y facilitan trabajar desde el hogar.

No se trata de renegar del ama de casa sino, por el contrario, de comprender que sin el trabajo que hoy realiza ella —pero que podría redistribuirse—, la sociedad pierde su piedra fundamental. El trabajo no pago necesita ser reconocido como lo que es, una tarea indispensable para toda la vida social y la base sobre la que se levanta la actividad económica cotidiana. Si lográramos reorganizar este trabajo tan valioso de manera más equitativa entre varones y mujeres, pero además, entre hogares, Estado e instituciones de cuidado, habría más oportunidades para una sociedad más igualitaria y feliz. Ahí es donde necesitamos más muchachos como Iván, que planchen relajados por la tarde sin sentirlo como algo ajeno. La idea de la Mujer Maravilla que puede ser exitosa en todos los ámbitos de su vida es una forma simpática de observar un problema que, más que nada, necesita ser resuelto.

*Tres poemas para mujeres (Susan Griffin)*

1

*Este es un poema para una mujer que lava los platos.*

*Este es un poema para una mujer que lava los platos.*

*Debe ser repetido.*

*Debe ser repetido,*

*una y otra vez,*

*una y otra vez,*

*porque la mujer lava los platos*

*porque la mujer lava los platos*

*no puede oír bien*

*no puede oír bien.*

2

*Y este es otro poema para una mujer*

*limpiando el piso*

*no puede escuchar nada.*

*Démosle un momento de silencio*

*para la mujer que limpia el piso.*

3

*Y un poema más*

*para la mujer en la casa*

*con los chicos.*

*Nunca la ves a la noche.*

*Quédate mirando un lugar vacío e imagínala ahí*

*la mujer con los hijos*

*porque ella no está ahí para hablar*

*por sí misma*

*y escucha lo que tú piensas*

*que ella diría.*

14 Y luego este sería un punto de ruptura también para el movimiento feminista de la época ya que parte de la emancipación era liberarse de su relación con un varón. Muchas mujeres feministas eran lesbianas que por primera vez podían hablar abiertamente de su sexualidad. Todavía faltaba para incluir en el núcleo de la agenda una relación de la mujer que fuera más allá de la pareja heterosexual (ese fue uno de los ejes de la tercera ola feminista).

15 A tal punto las mujeres están entrenadas como amas de casa que, como comentábamos en el capítulo anterior, en la Argentina la principal actividad remunerada de las mujeres también son las labores domésticas.

### III. MADRES AL BORDE DE UN ATAQUE DE NERVIOS

#### EL ROL DE LA MATERNIDAD EN LAS POSIBILIDADES LABORALES DE LAS MUJERES

*MAFALDA: ...Y entonces ¿al casarte dejaste la facultad?*

*MADRE: Así fue.*

*MAFALDA: O sea que si no te hubieras casado, habrías terminado una carrera, y te habrías recibido, y tendrías un título, y serías alguien, y...*

*MADRE: UAAAAUUUUU (llorando).*

QUINO

Milagros tuvo dos hijas en su adolescencia, trabajaba unas 16 horas por día con horarios flexibles y condiciones precarias, sabía que tendría que faltar si las chicas se enfermaban o necesitaban de ella. La ayudó su mamá, “después sola, se aprende, vivimos en un mundo hostil que no le abre la puerta a nadie”, dice. Marina tiene tres hijos, dos niñeras y cinco trabajos. Ordena su vida por WhatsApp, nunca le alcanza la plata y le da culpa llegar tarde a la oficina. Cintia, en cambio, tuvo que dejar todo porque tiene un hijo pequeño con discapacidad, su marido trabaja *full time*. Lucila tuvo a su nena a los 15, dejó la secundaria y empezó a ayudar a su mamá en algunas casas de familia para juntar algo de plata. Ahora, a los 19, está por volver a la escuela. Todos le insisten con que estudie. Tatiana ajustó horarios con el embarazo de cada hijo y reparte a conciencia las tareas de la casa con su marido, que no deja de ir a cada reunión con el médico y se ocupa de los niños al igual que ella. Ana es una pyme de niñeras, fue la alternativa que encontró para poder seguir haciendo lo que le gusta, trabaja muchísimo... para poder trabajar. Agurtzane es diseñadora y tiene un nene de 4, dos empleos, una niñera que va dos veces por semana, su mamá y su hermana la ayudan los otros días. Recién está volviendo a su vida laboral normal y ya colapsó de estrés dos veces en lo que va del año. Un día, a la salida de una charla sobre estas cuestiones del trabajo y las tareas del hogar, se acercó y me dijo: “Ya había olvidado que yo también tengo derecho al tiempo libre”. “A veces también olvidamos (quizá por los avances de la ciencia) que el embarazo puede ser una experiencia que implica una entrega física muy fuerte. Yo perdí uno de 28 semanas y el de mi hijo fue ciento por ciento reposo e híper medicada. No creo que tenga otro por esta razón, implicaría tomarme un año sabático y someter mi cuerpo a ser un mero recipiente”, cuenta Ángeles.

Cada historia es diferente y hay millones. También hay mujeres que han decidido felizmente dedicarse *full time* a su familia y otras que no quieren tener hijos. Pero en el caso de las mamás que quieren o tienen que trabajar, la experiencia se repite: lo hacen a costa de recortar estudios, paseos, viajes, encuentros con amigos e incluso trabajos buenos pero inflexibles. Las que pueden, acuden al auxilio de familiares, niñeras y empleadas domésticas en el intento de compatibilizar tareas. En todos los casos el proyecto de familia se choca con el laboral y pone en riesgo ambos. Es así como la maternidad se suma a la lista de factores que generan desigualdades de género.

## *Precarización maternal*

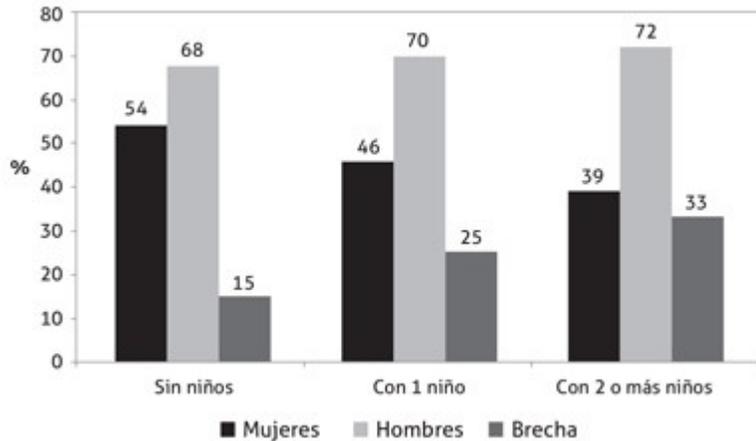
Entre los mayores hitos que contribuyeron a la emancipación de las mujeres en el siglo pasado están el derecho a votar y los anticonceptivos. La caída en las tasas de fecundidad fue uno de los cambios más importantes para que las mujeres pudieran consolidar su participación en la fuerza de trabajo de todo el planeta. Según el Banco Mundial, en 1960 las mujeres de todo el globo tenían en promedio 5 hijos; hacia 2010, esa cifra se había reducido a la mitad. En Latinoamérica pasó de 6 a 2,5 hijos promedio en el mismo período, mientras las mujeres de todas las clases sociales aumentaban en más de 3 veces su participación en el mercado de trabajo. Todo esto redundó en una de las transformaciones socioeconómicas más profundas de los últimos cincuenta años.

Como decíamos en el capítulo anterior, las tareas domésticas, el cuidado de niños y adultos, recaen asimétricamente sobre las mujeres. Hay una división sexual del trabajo tradicional que asigna roles: a ellas les toca el trabajo reproductivo (que va de la capacidad biológica de tener hijos a ocuparse de todo lo necesario para la vida como alimentación, salud y educación), mientras que el trabajo productivo (de bienes y servicios) está vinculado al que se realiza en el mercado por el hombre. Pero cuando las mujeres entran a engrosar las filas de la fuerza de trabajo pago aflora un sinnúmero de contradicciones. Se encuentran a sí mismas sobreexigidas con un trabajo afuera pero con la responsabilidad de sostener la casa. A diferencia del pasado, sus ingresos se volvieron indispensables para la estabilidad económica de la familia. Las madres, para hacer equilibrio en sus múltiples tareas, se ven obligadas a tomar trabajos más flexibles o reducir las horas en las que están fuera de la casa a fin de conciliar ser mamá con la vida laboral.

Las estadísticas nos muestran que en la Argentina, 5 de cada 10 mujeres con hijos tiene un trabajo precarizado en donde no cuentan con derechos básicos como licencia de maternidad, días de enfermedad o estudios, vacaciones, aguinaldo, aportes a la seguridad social. Además, suelen tener menos posibilidades de ascenso que sus compañeros varones (con o sin niños a su cargo), e incluso que otras mujeres sin hijos; también ganan en promedio un 16 por ciento menos que ellas. Los niños en el hogar hacen que las mujeres trabajen menos (fuera de la casa) y los padres más: en ausencia de hijos la brecha de participación es de 15 por ciento y se duplica cuando hay más de dos niños.

### **El trabajo fuera del hogar y los hijos**

Porcentaje de participación en el mercado de trabajo



Fuente: Elaboración propia sobre datos del Ministerio de Economía y EPH (3er trimestre de 2012).

Ser madre y que todo gire en torno de eso aparece como un deber ser y destino inexorable de la mujer; en tanto, para los padres, en la mayoría de los casos, es una opción. Esto se refuerza con la idea, socialmente aceptada, de que las mujeres son la especie más apta para ocuparse de la crianza de los niños. Pero incluso cuando un papá quiere participar y tener un rol activo en el cuidado familiar, no es tan fácil que lo pueda llevar adelante. Mi amigo José pidió llegar media hora más tarde a la mañana durante un par de meses para poder bañar a su bebé recién nacido. Su jefe lo miró con una sonrisa y le dijo: “Es muy tierno lo que me decís, pero eso lo puede hacer la mamá”. Ocurre que las mujeres ya no tienen como único proyecto de vida ser madres; entonces, las familias tienen que hacer cálculos salariales, quién gana más, quién puede llevar a los chicos a la escuela (acomodando horarios de trabajo), si conviene que alguno de la pareja deje horas. Estas decisiones son privadas; sin embargo, el mercado de trabajo y el Estado —en tanto no adapten sus estructuras y leyes a las necesidades y el mundo actual— se convierten en obstáculos (lo personal es político, como decíamos antes). A todo esto, se le suman las expectativas sociales que presionan a la mujer para dejar todo por su familia al tiempo que rechazan a un hombre que hace esa elección. Como bien lo ilustra Barack Obama en su ensayo acerca del feminismo: “Hay que cambiar la actitud que felicita a los hombres por cambiar un pañal, estigmatiza a los papás *full time* y penaliza a las madres que trabajan”.

### *La atípica familia tipo*

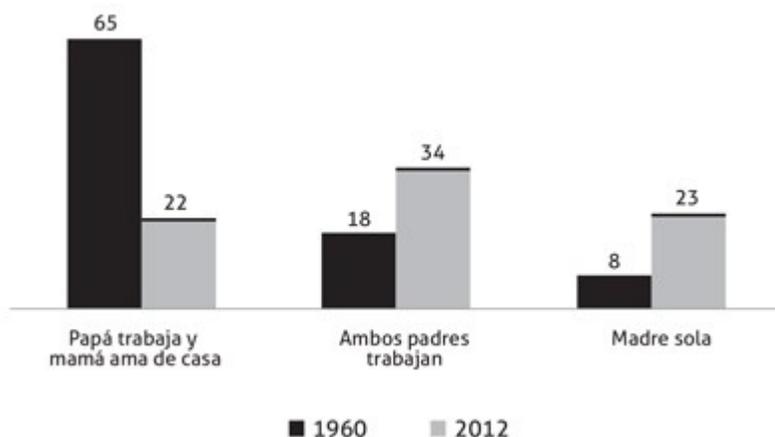
*Los Supersónicos*, serie animada de los sesenta, presenta cada capítulo con una introducción que refleja fielmente la concepción familiar de la época. El papá maneja un auto volador por los cielos de una ciudad futurista y deposita (también volando) a cada hijo —nena y nene— en la escuela; luego, saca la billetera, le extiende la mano con dólares a su esposa, quien los esquiva para agarrar la billetera completa y se eyecta en su cápsula transparente al shopping. Finalmente, el papá supersónico llega a su trabajo, su auto se convierte en un maletín, sube a la cinta transportadora y cae sonriente sobre su silla en la oficina espacial. En este futuro imaginario solo cambia el diseño urbano, los roles de género se han mantenido intactos. Un estudio de Heather Boushey (2016) muestra que en 1960, en los Estados Unidos, el 65 por ciento de los niños menores de 15 años vivía en una familia *supersónica* con padres casados en la que el papá trabajaba y la

mamá era ama de casa; solo el 18 por ciento tenía padres casados y ambos trabajando fuera del hogar. Uno de cada 350 niños vivía con una madre soltera. “Las empresas estadounidenses solían tener un socio silencioso”, afirma Boushey, “durante décadas, la mujer estadounidense dio a las empresas una gran ventaja. Su tiempo en casa hizo posible el tiempo del trabajador estadounidense en el trabajo. Ahora, este contrato tácito está roto”. Se trata de la clásica *american wife* (esposa americana) de la que hablábamos antes y que conocemos de las publicidades de la época con pollera acampanada, delantal siempre impecable, plato con jabón en mano y feliz con un hijo abrazado a sus piernas (aunque ahora sabemos, gracias a Betty Friedan, que va a terminar deprimida en el sofá de un psicólogo contando que se siente vacía mientras le recetan pastillas para dormir).

En cincuenta años cambió sustancialmente la situación en el interior de los hogares, la esposa americana se convirtió en la trabajadora americana. Hoy solo el 22 por ciento de estos niños estadounidenses vive en una familia en la que el padre es el que sale a ganarse el pan y la madre es ama de casa *full time*. Un cuarto de ellos vive solo con su mamá (la mitad, además, son madres solteras). Un tercio de esos niños tiene padres casados y que trabajan ambos fuera del hogar. Es muy difícil hablar de una familia *típica* en el sentido de los sesenta.

### La atípica familia tipo

Porcentaje de niños menores de 15 que viven en estas familias



■ 1960 ■ 2012  
 propia sobre Cohen (2014).

Fuente: Elaboración

Estos cambios en la estructura de las familias también se dieron en la Argentina. El censo 2010 muestra que más de 4 millones de mujeres en el país son jefas de hogar, representan un tercio de los hogares (y vienen en aumento desde 2001). El 70 por ciento de estas mujeres está al frente de un hogar monoparental, es decir, son el único sustento económico de su familia. No solo traen el pan, sino también la leche y preparan el desayuno. A las mamás solteras, separadas, divorciadas, viudas, no les queda otra que jugar al *tetris* encajando horarios de los pequeños y del trabajo con el auxilio de familiares y, cuando se puede, niñeras. Entre las jefas de hogar hay unas pocas profesionales con buenos ingresos, divorciadas —que son cada vez más—, y la gran mayoría son mujeres pobres. A estas últimas, la maternidad las vuelve mucho más vulnerables y les pone barreras altísimas para salir de esa situación. Según datos del Observatorio de la Maternidad, casi la mitad de las madres solteras tiene un trabajo no

calificado (empleada doméstica) y más de un tercio de las separadas y divorciadas no tiene un empleo formal.

El retrato familiar con mamá, papá, los nenes (ella de rosa y él de celeste) y el perro va mutando a collages que incluyen todo tipo de postales. Mamá sola, papá con el novio, el perro del novio nuevo de mamá, mi medio hermano y yo, las familias ensambladas. Las nuevas tecnologías reproductivas (fertilización asistida, congelamiento de óvulos, donación de esperma, entre otras) también dan lugar a postergar el momento de la maternidad. Todo esto permite diversas configuraciones que desafían nuestras formas de pensar en muchos planos, desde lo psicológico hasta lo económico, lo político, lo filosófico. “Los distintos modos en que se forman las familias, monoparentales, en parejas del mismo sexo (ahora avaladas institucionalmente en muchos países), dejan en evidencia que los roles son intercambiables y que el lugar tradicionalmente asignado a la mujer no es un imperativo. Cada vez más padre y madre son posiciones que se asumen en función del contexto y del juego de fuerzas más que de una asignación prefijada”, sugiere la licenciada en Psicología Ángeles Justo. Los cuidados, que hoy caen en la órbita de lo privado y bajo la égida de las mujeres, necesitan escindirse del género y de la familia.

### *La maternidad adolescente*

En la Argentina, cada 5 minutos nace un bebé de una madre adolescente menor de 20 años y cada 3 horas de una menor de 14 años<sup>16</sup> (datos del Ministerio de Salud). Estos embarazos representan el 15 por ciento de los embarazos totales del país y están por encima del promedio mundial. Las adolescentes embarazadas y madres afrontan diversos perjuicios económicos asociados a su maternidad temprana: dificultades para continuar estudios, insertarse laboralmente o tener independencia económica, así como también para salir de la pobreza.

Según el Observatorio de Salud Sexual y Reproductiva (OSSYR) 7 de cada 10 madres jóvenes pertenecen a hogares pobres. Algunos especialistas en el tema (trabajos del Banco Mundial, por ejemplo) plantean que en muchos casos el embarazo de estas chicas está ligado a la pobreza y la falta de oportunidades. Jóvenes que han fracasado en la escuela, que no tienen muchas perspectivas laborales y encuentran en la maternidad una forma de realización. Visto así, un hijo para estas chicas no solo significa una relación afectiva sino también mejorar su posición social, conseguir más respeto, se relaciona con el mandato social de la maternidad como destino de la mujer; en estratos sociales más pobres es más tolerada esta situación que en jóvenes con mejor pasar económico. Por otra parte, los datos muestran que las chicas educadas y que viven en ciudades en el seno de una familia de ingresos medios o altos tienen muchas menos probabilidades de quedar embarazadas que las pobres.

Por supuesto, no se trata de una predisposición solo explicada por la falta de perspectivas. El 69 por ciento de estas jóvenes tuvo un embarazo no planificado y muchos de ellos no deseados; se estima que el 65 por ciento no se cuidaba en el momento de quedar embarazada. Esto significa que faltan un gran trabajo de educación sexual y el acceso a los anticonceptivos, además de información acerca de la importancia de usarlos y su correcta utilización. En muchos casos, los varones no quieren cuidarse con preservativos porque “les limita el placer” o excusas similares; o bien, su uso se relaciona más con la desconfianza en el otro (u otra) que con una protección, como si no usarlos fuera una muestra de amor o entrega. La educación sexual no solo previene embarazos no

deseados sino que también permite que las chicas y los chicos aprendan a cuidarse, entiendan la importancia del uso de los métodos anticonceptivos como parte de una relación amorosa y de respeto. También, contribuye a que estén más atentos a noviazgos violentos, a trabajar sobre su seguridad, el control o los celos, saber que tienen el derecho a decir que no e incluso poder reconocer situaciones que pueden tornarse peligrosas.

En la Argentina, hay un número muy alto y preocupante de embarazos cursados como consecuencia de un abuso sexual. “Las relaciones sexuales con niñas se consideran violación”, explica Celeste MacDougall, especialista en salud y derechos reproductivos. “La mayoría de las legislaciones tipifica el abuso sexual incestuoso como un caso agravado de abuso, aunque no se lo nombre de esa manera. Lamentablemente, no todos los casos se denuncian y aquellos que lo hacen, no siempre son encaminados judicialmente a través de un proceso que conduzca a una sentencia. Un número ínfimo de denuncias terminan en condenas. La impunidad es altísima.” No solo hay que garantizar que chicas y chicos accedan a la educación sexual y los anticonceptivos, es necesario también que puedan vivir en un mundo sin violencia y sin temor a denunciar abusos en caso de vivirlos. Esto implica llevar adelante acciones que trascienden la educación de las mujeres; son cuestiones de salud pública y derechos humanos.

Una de las consecuencias negativas y de largo plazo de la maternidad adolescente es la deserción escolar. El 60 por ciento de estas madres jóvenes tuvo que abandonar sus estudios y un tercio de ellas apenas terminó la primaria (OSSYR). Los roles de género, como en todos los casos, hacen que las responsabilidades de la crianza de los hijos recaigan en las mujeres. Esto tiene repercusión en el futuro: sus posibilidades laborales se acotan, y en el caso de las jóvenes más pobres aparecen nuevas barreras para salir de la pobreza. El acceso a jardines maternales, sobre todo en escuelas y universidades, y un sistema de salud más presente son ineludibles para mejorar las posibilidades de estas familias, así también la educación de los varones y el fomento de las responsabilidades compartidas. MacDougall plantea, además, que “muchos/as profesionales de educación y de salud reproducen los valores y estereotipos vigentes en la cultura, que se traducen en barreras para el ejercicio de los derechos. Los adolescentes tienen muy pocos espacios efectivos para hablar sobre sexualidad, afectividad, sueños y proyectos”. Hay que reeducar a los educadores.

### *La maternidad no es un destino inexorable de las mujeres*

En uno de mis primeros viajes en subte, recién llegada a Nueva York, me había impactado un cartel con la foto de una adorable niña negra llena de lágrimas y la leyenda: “¿Tienes un buen trabajo? Cuesto miles de dólares por año”. Al lado de ese, aparecía otro que decía: “Mamá, el 99 por ciento de los padres adolescentes no se casan, ¿estás preparada para tenerme sola?”. Ambos pertenecían a una campaña que había lanzado en 2013 el alcalde Michael Bloomberg. Las estadísticas mostraban que la mitad de las madres de entre 15 y 19 años de una de las ciudades más ricas del planeta vivían por debajo de la línea de pobreza.

La campaña fue criticada por violenta, por tratar despectivamente a los jóvenes y reproducir estereotipos contra la pobreza. A mí me produjo sentimientos contrapuestos. Por un lado, y en línea con lo anterior, me pareció muy importante la cuantificación de los costos asociados a tener hijos, tanto para los individuos como para el Estado. Identificar cuáles son los grupos más vulnerables y sus características permite pensar

mejor en soluciones (aunque en esta campaña no estaba muy claro cuáles serían). Pero lo que más me había chocado de esos anuncios vino de la forma en la que los leí, aún mentalmente situada en la Argentina. Me pregunté entonces qué pasaría si yo fuera una joven de 15, en mitad de la secundaria y que por un error (de esos que ocurren todo el tiempo) hubiera quedado embarazada. No tengo los miles de dólares que cuesta mantener el bebé, no me siento preparada, no quiero pasar por la experiencia del embarazo, pero ¿qué puedo hacer más que tenerlo? Y ahí es donde la situación cambia radicalmente. En los Estados Unidos el aborto es legal desde hace más de cuarenta años, las mujeres — adolescentes y adultas— pueden decidir si quieren cursar el embarazo o prefieren interrumpirlo.

Según un informe del Ministerio de Salud de la Nación, en 2009 en la Argentina se realizaron 460 mil abortos clandestinos que representaron el 40 por ciento de los embarazos totales; el aborto es la primera causa de muerte materna. Las discusiones en torno a su legalización, sin embargo, están empantanadas en debates que ponen motivos religiosos por delante de la salud de estas miles de mujeres. Mientras en el mundo desarrollado el aborto legal es la norma, en Latinoamérica los únicos países que han aprobado la interrupción voluntaria del embarazo son Cuba, Guyana y Uruguay (también el Distrito Federal en México).

Entre los roles y mandatos sociales de la mujer, el de ser madre es, quizás, uno de los más fuertes y enraizados. En *El segundo sexo*, Simone de Beauvoir le dedica un largo capítulo a la maternidad que empieza justamente por la discusión acerca del aborto, ilegal en ese entonces en Francia —corría 1949—. “Es a través de la maternidad que la mujer alcanza completamente su destino fisiológico, esto es su vocación ‘natural’, ya que todo su organismo se dirige a la perpetuación de la especie”, así expone Beauvoir la idea comúnmente aceptada, para luego aclarar que —lejos de esto— la humanidad no se deja llevar por su naturaleza: la función reproductiva no está sometida a la “voluntad biológica” sino más bien al control de la natalidad y diferentes métodos anticonceptivos. De hecho, como consecuencia de esta posibilidad de una mejor planificación de la familia, mejoró no solo la calidad de vida de las mujeres sino también disminuyeron la mortalidad infantil y todos los riesgos asociados a los embarazos indeseados.

Durante mucho tiempo la función de la mujer se organizó —y no está mal decir “se organiza”— en torno de su trabajo de reproducción, esto es, parte de los roles y mandatos sociales. Es por ello que los derechos sexuales y reproductivos son un terreno de disputa de las luchas feministas. La posibilidad de decidir sobre el propio cuerpo se conquistó entre los sesenta y los setenta en muchos países de Europa y en los Estados Unidos; esto implicó anticonceptivos y legalización del aborto (Beauvoir vio la lucha por el aborto legal convertirse en derecho en Francia en el año 1975). En 2016 se cumplen 100 años de la Planned Parenthood Federation of America (la federación estadounidense de la planificación familiar); esta institución fue fundada por Margaret Sanger cuando abrió la primera clínica de control de la natalidad de su país en Brooklyn (Nueva York). En ese entonces, las mujeres aún no tenían el derecho a votar, no podían firmar contratos o divorciarse de sus maridos. Tampoco podían acceder a información sobre anticonceptivos (se habían declarado ilegales) o controlar el número de hijos que tendrían. Sanger, en su trabajo como enfermera en una clínica, fue testigo de muchísimas enfermedades y muertes de mujeres desesperadas que se habían lastimado en un aborto casero y esto la inspiró en una tarea que aún hoy sigue contribuyendo a la salud de las

mujeres.<sup>17</sup> Hacia 1916, solo en Nueva York, se estimaba que se realizaban más de 100 mil abortos ilegales por año. Su clínica, revolucionaria para la época, se propuso brindar asesoramiento sobre métodos anticonceptivos principalmente a mujeres inmigrantes y pobres.

Las cosas han cambiado bastante desde entonces, aunque aún no para todas. En 2016, Jennifer Aniston escribió una carta abierta titulada “No estoy embarazada, estoy harta”, en la que contesta al acoso de la prensa que hace años que le inventa embarazos. Cada vez que la actriz había comido una hamburguesa de más y se le notaba pancita, los periodistas hacían una tapa de su supuesto hijo por venir. Este tipo de especulaciones sobre las estrellas de la televisión o su estado sentimental siempre son tapa. Pero como dice Beauvoir, ningún destino biológico, psíquico o económico define el rol que una mujer tiene que cumplir en la sociedad, eso más bien se va elaborando a lo largo de la historia. Las mujeres “estamos completas con o sin pareja, con o sin un niño. Tenemos la oportunidad de decidir nosotras mismas lo que es bello cuando se trata de nuestros cuerpos. Esa decisión es nuestra y solo nuestra (...) No necesitamos estar casadas o ser madres para estar completas. Tenemos la oportunidad de decidirlo”, afirma Aniston y convoca a que participemos todos en alejarnos de esas ideas (y, sobre todo, dejar de comprar esas revistas).

### *Una sociedad equilibrada ayuda a reducir el estrés*

Formar una familia es un objetivo central en la vida de muchas personas, contribuir a conciliar el trabajo productivo con el reproductivo es una tarea que demanda muchos esfuerzos y en la que intervienen diversos actores. Las embarazadas y las madres en período de lactancia necesitan de especial protección en lo laboral para evitar daños en su salud o en la de sus hijos. Proveerles del tiempo adecuado para dar a luz, para su recuperación y para amamantar a sus bebés es parte del combo familia *friendly* de los lugares de trabajo. Según la OIT, a pesar de los progresos en la implementación de licencias y políticas que favorecen a las madres trabajadoras, la discriminación de la maternidad persiste dado que hay millones de ellas que no cuentan con acceso a estos beneficios (cuentapropistas, empleadas agrícolas, domésticas, inmigrantes, entre otras).

Pero no hace falta ser indígena o vivir en una favela brasilera para estar expuesta a las injusticias del mundo laboral. Sheryl Sandberg, COO de Facebook y una de las mujeres más poderosas del planeta según *Forbes*, cuenta en *Lean In* que en su generación nunca notó desbalances entre la educación o aspiraciones de mujeres y varones, pero que llegado el momento de la maternidad, gran parte de sus compañeras —muchas de ellas independientes y brillantes— tuvieron que dejar de trabajar. Es que los Estados Unidos es uno de los dos países en el mundo<sup>18</sup> que no cuenta con licencias de maternidad pagas. Los costos de acceder a una niñera, empleada doméstica o un jardín maternal son además muy altos. Hillary Clinton, número dos en el ranking mundial de las mujeres más poderosas de *Forbes*, tuvo a su hija Chelsea en 1980. En ese entonces trabajaba en Rose Law Firm, una compañía de Arkansas, que hasta que ella quedó embarazada no había tenido nunca entre sus políticas una licencia de maternidad paga. Tanto en los ochenta como hoy, esto es un beneficio exótico para las familias estadounidenses. Cuando Hillary esperaba a Chelsea no había siquiera una licencia no paga para quienes tenían hijos y las mujeres se arriesgaban a perder su empleo mientras se recuperaban del parto; recién en 1993 hubo una ley en ese país que otorgó días para cuidar familiares o por problemas

médicos. En la actualidad, solo 12 por ciento de los trabajadores del sector privado reciben una licencia familiar paga. Según una encuesta del Departamento de Trabajo, una de cada cuatro mujeres estadounidenses vuelve a su puesto laboral antes de los 10 días de dar a luz, lo que les deja menos tiempo con sus hijos, dificulta la lactancia y aumenta sus probabilidades de depresión posparto. Las mujeres hacen una combinación de días de enfermedad, vacaciones y licencias sin sueldo para hacer frente al embarazo y cuidado del bebé. Quienes se dedican a hacer estudios sobre felicidad dicen que los padres estadounidenses son los menos felices del mundo. Si Clinton llega a ganar la presidencia de su país, quizá tenga la posibilidad de impulsar por fin una licencia de maternidad paga. Es una demanda de la sociedad cada vez más impostergable.

A la mujer embarazada y madre, su estado la acompaña al trabajo, ella va con la panza o el alimento de sus hijos a cuestas. Para las que cuentan con un empleo formal en la Argentina, la licencia por maternidad es de 90 días; está por debajo de lo recomendado por la OIT que establece como estándar un mínimo de 14 semanas. Estas licencias cortas dificultan la lactancia; la Organización Mundial de la Salud plantea que lo ideal es que los recién nacidos puedan ser amamantados hasta los seis meses de vida (y luego combinaciones de leche materna con otros alimentos hasta los 2 años). “Las que volvemos a trabajar rápido (después de la licencia) tenemos que hacer malabares para que no se corte la leche: llevar en la cartera un sacaleche manual, ir al baño del laburo ‘disimuladamente’ porque da algo de pudor (al menos a mí me daba), encerrarnos/escondernos en el cubículo como si fuéramos a hacer algo ilegal, y sacarnos leche unos 10 o 15 minutos como mínimo. En mi caso, como era verano, para conservarla, la ponía en unas bolsitas y luego metía esas bolsitas en un tupper en la heladera que compartíamos en la oficina. Lo del tupper era porque me daba vergüenza que hubiese un sobre con leche humana (problema mío evidentemente), entonces con eso lo disimulaba”, comenta Paula —economista y mamá de Antonia—. Y agrega, “ni hablar que a veces las tetas te chorrean en cualquier momento, y estás en una reunión y empezás a dudar sobre la eficacia del protector mamario (¡que te abandona seguido!)”.

### *Alimentando otro modelo de varón*

“¿Te estás peinando?”, grita una madre mientras corre hacia la habitación de su hija. En la siguiente escena vemos a otra mujer sacándole las medias al nene mientras canta histérica. Frente al espejo de un baño, mamá lava torpemente la cara del niño con una mano mientras cepilla y tironea el pelo de la niña con la otra. Acto seguido llega la hora de levantar todos los juguetes desparramados en el cuarto con el bebé en brazos. Finalmente, en la cama, una mujer revisa sus papeles y trabaja con la luz del televisor a la madrugada; un subtítulo describe: “El 66 por ciento de las mujeres españolas aseguran sentirse estresadas”. Estas imágenes aparecen como preámbulo a la publicidad de una marca de comidas española que presenta un restaurante imaginario llamado Deliciosa Calma, al que acuden —entre otras— las actrices de *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, una de las obras maestras de Pedro Almodóvar. “Hoy no llego a recoger a mis hijos al cole con loncha de pavo” acompañado de “ya está su padre para hacerlo, digo yo”, pide una clienta. “No le he hecho la cena a la niña pero no le va a pasar nada si se la hace su padre al vapor”, elige otra. “Alimentando otro modelo de mujer” es el eslogan del comercial.

Pero también es necesario alimentar otro modelo de varón. Ellos están mucho más

atrás en derechos frente a la paternidad. Solo el 43 por ciento de los países del mundo cuenta con la “licencia para ser papá”. En algunos lugares es casi simbólico, como en la Argentina que son 2 días, Uruguay y Paraguay 3 o en Brasil que son 5. El papá estará el día del parto, le dará un par de palmaditas al bebé, hará algún mandado y al trabajo de nuevo. Eso es lo que el Estado y las empresas entienden de la figura paterna en un momento tan importante de la vida de una persona.

Las mejores experiencias en términos de políticas que apuntan a la igualdad son las que surgen de los *elfos y hobbits* de los países nórdicos, donde se utilizan licencias compartidas que buscan modificar esa distribución tradicional de roles dentro del hogar. Las mujeres tienen días durante el embarazo y después del parto, luego llega el turno del padre que también disfruta de unos meses. Suecia fue el primer país en ofrecer una “licencia para ser papá”. Al principio los días eran transferibles y los beneficiarios les pasaban sus días a sus parejas, por lo que la situación no cambiaba demasiado. Esto derivó en la introducción de cuotas obligatorias de días de licencia que se otorgan a padres y madres (e intransferibles, si no los toman los pierden). Hoy el 90 por ciento de los padres se toma sus días. En Japón también existen, pero en 2014 solo 2 por ciento de los japoneses en esa condición habían hecho uso de los días asignados. La mochila cultural es pesada, los estereotipos hacen que sea más difícil para los varones tomarse los días e ir a cuidar a los chicos, es como si quedara mal, como si fuera tarea exclusiva y central de la mamá. Cuántas veces escuchamos a alguien decirle a una madre “Juancito es un amor, te reayuda con el nene”, cuando Juancito es el padre de ese nene y tiene (o tendría que tener) las mismas responsabilidades sobre sus cuidados. Sin embargo, cuando se logra mover el eje de estas costumbres la situación cambia bastante. En Canadá, los papás que se toman la licencia dedican 23 por ciento más de tiempo a las tareas de la casa incluso cuando vuelven a sus empleos, mejorando la distribución de tareas en el hogar.

Horarios más flexibles en el trabajo también contribuyen a hacer más llevaderos los primeros meses y mejorar la calidad de vida de las familias. El combo se agranda con sistemas de jardines maternos (gratuitos o accesibles) que permiten a los padres continuar con su vida laboral sin que eso los obligue a duplicar sus jornadas y terminar exhaustos o a gastar fortunas. Muchos argumentan que todo esto es mejor que una licencia larga para la madre porque si no, se termina reforzando esa organización en la cual la mujer es la encargada y/o responsable principal del cuidado de los hijos y el varón solo cumple un rol secundario.

Hay transformaciones menos visibles y más cotidianas que son muy valiosas. El sueco Johan Bävman hizo un ensayo fotográfico siguiendo las rutinas de padres con sus hijos, quería tener modelos para seguir porque toda la información que encontraba acerca del cuidado de los niños tenía como protagonista a una mamá. Cuenta Melinda Gates (cofundadora de Bill & Melinda Gates Foundation), que sufría mucho los viajes a la escuela de su hija. Un día, su marido Bill —el famoso fundador de Microsoft— lo resolvió ofreciéndose a llevar él mismo a la niña dos veces por semana. En la escuela fue llamativo ver un papá (y sobre todo este) en esa tarea y enseguida las otras mamás empezaron a tomar conciencia y decirles a sus maridos: “Si Bill Gates tiene tiempo y puede llevar a su hija a la escuela, entonces vos también podés hacerlo”. Los siglos de cultura de *macho proveedor* nos atacan desde todos lados a varones y mujeres. En el menú de Deliciosa Calma se ofrecen también platos con reducción de jornada laboral y alternativas para quienes tienen alergia a las presiones sociales.

El tránsito de la familia tipo supersónica a la familia atípica contemporánea y las proyecciones de la mujer trabajadora del futuro nos obligan a replantear muchas cosas de nuestra vida cotidiana. En algunos países preocupa la caída en las tasas de natalidad o de matrimonios duraderos porque tiene efectos sobre la edad de la población y presiona sobre sistemas impositivos que aún reflejan otro modelo social. Para muchos trabajadores hablar de administración del tiempo que le dedican a las diferentes tareas suena a ficción; frente a la realidad cotidiana es casi un consumo aspiracional. Y no solo para trabajadores pobres sino también para profesionales de medianos ingresos que tienen que estar pendientes del celular o el e-mail cuando están fuera de la oficina. La reorganización de las tareas domésticas y de los cuidados es una cuestión existencial. Implica pensar en quién se ocupa de la casa y los cuidados no solo entre las mujeres y los varones, sino también si los servicios que se contratan en el mercado tienen que estar profesionalizados. Quién paga qué cosas, cuáles son las necesidades que el Estado tiene que cubrir, qué le corresponde a las empresas. Quién cuida y cría a los niños. Qué lugar se le da a la familia y, también, qué es una familia.

16 Los casos de embarazos en menores de 14 años se consideran producto de un abuso sexual.

17 La misma madre de Sanger había tenido 18 embarazos de los que dio a luz 11 niños; murió a los 40 años.

18 El otro es Papúa Nueva Guinea.

## IV. LA POBREZA ES SEXISTA

*La independencia intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres han sido siempre pobres, no sólo por doscientos años, sino desde el principio del tiempo. Las mujeres han tenido menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses.*

VIRGINIA WOOLF, *Un cuarto propio*

El 8 de marzo de 2015 —Día Internacional de la Mujer—, una organización llamada ONE, fundada por la empresaria Melinda Gates y Bono (el cantante de U2), presentó un reporte con una carta dirigida a los grandes líderes del mundo con el título “La pobreza es sexista”. La firmaban unas 36 mujeres ricas y famosas del calibre de Beyoncé y Lady Gaga. En 2016 se sumaron a la consigna otras estrellas como Elton John, Jennifer Lopez y la infaltable Oprah. En el reporte se hacía especial hincapié en que las niñas pobres tengan la posibilidad de estudiar ya que la educación es clave para las perspectivas de mejorar su calidad de vida. “El hecho de que el potencial de tantas mujeres no se vaya a materializar es una tragedia, pero también esconde una oportunidad”, dice la carta que también firma Meryl Streep.

Esta no es una idea nueva, desde los setenta se empezó a tomar nota de la feminización de la pobreza. La plataforma firmada en 1995, en el marco de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer en Beijing, por los países que conforman la ONU es un documento histórico en este sentido; en ella se plantea que “la potenciación del papel de la mujer y la plena participación de la mujer en condiciones de igualdad en todas las esferas de la sociedad, incluidos la participación en los procesos de adopción de decisiones y el acceso al poder,<sup>19</sup> son fundamentales para el logro de la igualdad, el desarrollo y la paz”. Hillary Clinton, en ese entonces Primera Dama de los Estados Unidos, enunció en su discurso: “Si hay un mensaje que debe recordarse de esta conferencia, que sea que los derechos humanos son los derechos de las mujeres y que los derechos de las mujeres son derechos humanos, de una vez por todas”.

Pero como señala Katrine Marçal, autora del agudo ensayo *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?*, “a pesar de que no hay organización internacional que no escriba hermosas palabras acerca de que las mujeres son la clave del desarrollo en los países pobres, el mundo fracasa sistemáticamente a la hora de invertir en la educación y la salud de las mujeres”. La discusión acerca de qué es la pobreza y cómo combatirla está en el corazón de la teoría económica y es atravesada por la ideología, la política... y las relaciones de género. La cuestión es, en todo caso, entender qué es lo que la produce y cuál es su relación con las desigualdades de género. Si no somos capaces de ver la brecha salarial, el reparto asimétrico de las tareas del hogar, la penalización que implica la maternidad, y esas cosas que veníamos discutiendo antes, gran parte del problema se nos pierde y, con él, las posibles soluciones.

*No todo es dinero*

La pobreza es un fenómeno mundial antiguo como la humanidad misma, aunque con el tiempo ha cambiado de características. Si bien parece evidente qué es, capturarla

en un número es un problema muy complejo. No se puede hablar de cifras sin entrar en discusiones metodológicas, culturales e ideológicas. Una forma de medirla, por ejemplo, es con relación a los ingresos. Esto es, pensar cuáles son las necesidades básicas por satisfacer para sobrevivir y ponerles un precio. “Con 1,9 dólar diario alcanza”, dirán algunos que hicieron cálculos por el estilo; por debajo de eso resulta complicado. Según el Banco Mundial, en 2012 cerca del 13 por ciento de la población mundial disponía diariamente de menos de esa cantidad.

La vida humana puede empobrecerse de otras formas y el dinero no logra capturar estas múltiples dimensiones de la pobreza. ¿Qué pasa si está el 1,9 dólar pero la escuela queda muy lejos y escasea el transporte, o la ciudad está hipercontaminada? Otro problema es que estos aspectos no solo son muchos, sino que veces son realmente difíciles de medir, y muy heterogéneos: hay factores indirectos que provienen de la cultura, la educación o la religión y que cambian la percepción que uno tiene de su propia situación material. Tampoco es tan fácil explicar la distribución de la pobreza o sus causas. ¿Por qué algunos tienen millones de dólares y a otros solo les tocaron 2? ¿Cómo es que aunque vemos las góndolas del supermercado llenas de alimentos hay gente que se muere de hambre? La historia misma de la economía está escrita en los numerosos intentos de dar respuesta a preguntas como estas.<sup>20</sup>

A todas esas cuestiones abiertas e inconclusas, se le suma un componente adicional: ¿por qué las mujeres son más pobres que los hombres? La pobreza tiene rostro de mujer y en esto coinciden todos los grandes organismos, centros estadísticos y *think tanks* internacionales. Mujeres y niñas son mayoría en la población marginada económicamente y tienen también mayor probabilidad de ser pobres o caer en la pobreza. En muchos países, sobre todo los menos prósperos, miles de mujeres viven con dificultades para acceder a los servicios básicos como agua o gas, y a centros de salud. Muchas pequeñas deben abandonar sus estudios para quedarse a cuidar a sus hermanos y ayudar en la casa. A su vez, los hijos de mujeres que no han podido ir a la escuela son menos saludables y tienen mayores chances de permanecer pobres.

Como a esta altura es fácil sospechar, la pobreza está íntimamente relacionada con la desigualdad de género, y se retroalimentan. Las experiencias de varones y mujeres son diferentes en el mundo laboral, eso genera que también porten distintas herramientas para enfrentarla o superarla. En general, las mujeres pobres tienen peores calificaciones laborales porque no estudiaron o estudiaron muy poco, o no pudieron desarrollar un oficio. Al mismo tiempo, les cuesta más buscar y conseguir un empleo y, cuando lo consiguen, suelen ser precarios. Si tienen hijos tendrán un obstáculo adicional, no solo para darles de comer, sino porque significan también más trabajo doméstico. Si no trabajan, no generan recursos y esto incide en sus posibilidades y las de sus familias de salir de la pobreza. Hacerse cargo de la casa compite con estudiar o trabajar a tiempo completo. Como ganan menos durante toda su vida, y muchas de ellas se han dedicado *full time* a su familia sin ningún ingreso propio, también tienen más chances de caer en la pobreza cuando son mayores y se jubilan. Por supuesto, el machismo en el interior de los hogares también aporta su parte; la redistribución de los recursos materiales, de tiempo y dinero suele ser muy asimétrica en detrimento de las mujeres.

Según los datos del Observatorio de la Maternidad de la Argentina, las mujeres tienen cuatro veces más probabilidades de vivir en hogares pobres cuando tienen hijos. En 2012,<sup>21</sup> casi la mitad de las madres argentinas vivía en el 30 por ciento de los hogares

más pobres,<sup>22</sup> y 10 por ciento de ellas en la indigencia.<sup>23</sup> Estas madres pobres trabajan, la mitad de ellas lo hace como empleada doméstica. Parafraseando a Nancy Fraser, ¿quién limpia la casa de la limpiadora?, ¿quién se ocupa de que sus hijos puedan estar bien alimentados y estudiar? Hace unos años se empezó a usar la expresión “ni-ni” para referirse a los jóvenes que ni estudian ni trabajan, casi el 80 por ciento de ellos pertenecen a familias de bajos ingresos. Este concepto, además de tener una visión estigmatizadora de la juventud, deja de lado que entre los “ni-ni” más del 63 por ciento son mujeres. Ellas sí trabajan, pero lo hacen en sus casas. Están cuidando a sus hijos o hermanos pequeños, y a abuelos o familiares enfermos (son algunas de las que limpian la casa de las mucamas). El carácter invisible de los trabajos domésticos para las estadísticas no ayuda a diagnosticar la cuestión, mucho menos a resolverla.

La buena noticia es que en gran parte del mundo se empezó a buscar y trabajar en información que refleje estas particularidades y está integrándose a los sistemas estadísticos de los países a fin de que sirva para pensar la realidad incorporando esta perspectiva de género. Si bien coleccionar datos puede parecer superfluo frente a la urgencia de alimentar a alguien desnutrido o dar un techo, no es menor el rol que cumple relevar y hacer visibles todas las actividades que se realizan de manera silenciosa pero que permiten sostener la economía en la que vivimos inmersos y que, además, regeneran estructuras de desigualdad.

### *La pobreza de tiempo*

A principios de este año asistí a una charla de Heather Boushey en *New School of Economics* en la que presentaba su libro *Finding Time. The Economics of Work-Life Conflict*. En la exposición, Boushey mostró el póster que ilustraba el viejo eslogan del llamado “socialismo utópico” de Robert Owen. A modo de tríptico se presentaban tres imágenes. En la primera, una mujer en la fábrica con el subtítulo “8 horas para trabajar”, en la segunda se veían unos pies que sobresalían de la cama con la leyenda “8 horas para descansar” y, finalmente, una pareja en un bote con el periódico del sindicato en las manos que representaba las restantes “8 horas de recreación”. Boushey contó que el póster, que está colgado en su oficina, le sirvió de inspiración para sus trabajos sobre la economía política del tiempo. “Lo miro y no dejo de sonreír, este dibujo dice tanto. Hay algo perdido ahí, hay algo que falta. Yo lo llamo el socio oculto del capitalismo. Porque para que esta mujer pueda trabajar 8 horas, dormir 8 horas y pasear luego sus 8 horas en el bote, alguien tiene que ocuparse de hacerle el desayuno, limpiar sus ropas, sacar la basura, hacer el trabajo de la casa. Alguien tiene que estar cuidando a los niños o los ancianos. Alguien está ausente en esta situación. Hay un montón de trabajos que no se ven aquí, trabajos no pagos.”

Quizás uno de los grandes aportes de la economía feminista fue sacar a la luz el tiempo de trabajo oculto tras el telón en el escenario del mercado. En las últimas décadas han aparecido encuestas que miden el uso del tiempo y que, de a poco, se van incluyendo en los informes y estadísticas públicas de los países. El objetivo que persiguen estas encuestas y mediciones es proporcionar información sobre la forma en la que las personas utilizan su tiempo (cuidado de los niños, ir de compras, cocinar), lo que permite hacerse una idea de cómo se reparte el trabajo y, también, estimar el aporte que significan a las economías todas esas horas impagas. Se trata de sacar de su escondite al socio oculto del capitalismo.

En la Argentina, la única encuesta de uso del tiempo que se realizó tuvo lugar en 2013.<sup>24</sup> De ella se desprenden todos los datos que mencionamos antes: que las mujeres destinan casi el doble de horas a las tareas del hogar que los varones, que cuando las mujeres tienen hijos ello impacta negativamente en sus posibilidades de trabajar fuera de la casa y en el salario (cosa que a ellos no les ocurre). Trabajen *full time* o no, las mujeres siempre dedicarán una mayor cantidad de valiosos momentos de su día al hogar que los muchachos, incluso que aquellos que están desempleados.

La conclusión que se deriva de estos estudios es que las mujeres también enfrentan pobreza de tiempo. Valeria Esquivel, utilizando los datos de la encuesta de uso del tiempo de la ciudad de Buenos Aires, encontró que los niveles de pobreza se duplicaban cuando se tomaba en cuenta esta dimensión. “La lectura es que la jornada laboral en esa ciudad es eterna. Los hogares están cambiando pobreza de ingresos por pobreza de tiempo.” Salen a trabajar para ganar más dinero pero pierden en términos de calidad de vida. Los varones tienen largas jornadas de trabajo pago y las mujeres de trabajo pago y tareas del hogar (no pagas). ¿Cuántas cosas más podrías hacer con una o dos horas extras por día? Para algunas mujeres sería una revolución en su vida cotidiana, les permitiría estudiar, ir al médico o, como dice Virginia Woolf, escribir un poema.

A las mujeres de mayores niveles de ingreso la pobreza de tiempo les impide avanzar en el plano laboral, o les provoca depresión y estrés, desórdenes alimentarios y del sueño. A las de ingresos bajos en muchos casos les imposibilita ir a la escuela o tener acceso a la medicina. Algunas viven en lugares alejados de hospitales y les resulta un obstáculo organizarse para dejar a sus hijos mientras se trasladan hacia ellos.

El tiempo está en el corazón de las teorías económicas más viejas. Adam Smith se preguntaba antes de 1800 acerca del tiempo de trabajo necesario para producir las cosas que necesitamos, un pedazo de pan, una jarra de cerveza, una chaqueta. La historia misma del capitalismo está plasmada en todo lo que hacemos por disminuir las horas que le dedicamos a trabajar, por sustituirlas mediante la incorporación de tecnología, procesos mecánicos, máquinas. Sin embargo, en la economía, el tiempo que tiene sentido medir y calcular es el que se refleja en dinero; y aquí es donde el tiempo de las mujeres en el cuidado de la casa desaparece —como del cuadro de Owen— de la órbita del sistema de precios.

### *El lado oscuro del capitalismo*

Si algo caracteriza a la sociedad capitalista es que los productos del trabajo toman la forma de mercancías, esto quiere decir, nuestro trabajo tiene un precio,<sup>25</sup> nosotros mismos tenemos una etiqueta que dice cuánto valemos. No importa si se trata de un trabajo físico o intelectual, vivimos en un mundo en el que producimos cosas (comida, muebles, datos, informes, el relato de un partido de fútbol), que luego intercambiamos por dinero, que a su vez nos permite consumir lo que necesitamos (ropa, transporte, vivienda, ir al cine, un libro). Qué regula los precios (o por qué un libro sale menos que un auto) es otra de las preguntas centrales de la ciencia económica. Los costos, la oferta y la demanda, las necesidades sociales, el tiempo de trabajo necesario para producirlos... por esos caminos pasan las respuestas. En la economía regida por el dios mercado, los productos de nuestro trabajo (los objetos, el conocimiento, las obras de arte) tienen un precio y también quienes los producen tienen una remuneración, un pago: el trabajador recibe un salario, el capitalista la ganancia, el terrateniente la renta.

Sin embargo, paralelo, arriba y debajo del mercado se realizan un montón de trabajos que no tienen este don de ser intercambiables por dinero: la cena que prepara mamá (o la mamá de Adam Smith), ir hasta el supermercado en la bici con la listita de compras para llenar la alacena, lavar la ropa y las sábanas, llevar a los hijos al médico. Esas tareas se realizan todos los días rutinariamente y demandan valioso tiempo, desgaste, esfuerzo, pero no se intercambian por dinero. Estas miles de horas de trabajos no pagos son gastadas mayoritariamente por mujeres en todo el planeta, aunque el hecho de que no se paguen no significa que no tengan costos, especialmente para ellas. “¿Te imaginas si los hombres trabajaran en la fábrica gratis solo porque es *lo propio* de los hombres?”, pregunta Silvia Federici, “estaría totalmente naturalizado, igual que lo está el trabajo doméstico, que está ligado a la feminidad, que se considera propio de las mujeres. En una sociedad configurada por relaciones monetarias, la falta de salario ha transformado una forma de explotación en una actividad natural”. Es el concepto de trabajo el que se pone en juego aquí: ¿qué consideramos trabajo en esta sociedad?

Estudiar la pobreza o la desigualdad desde la perspectiva de género implica entender que las relaciones de género sostienen y reproducen la actividad económica y contribuyen a generar pobreza y desigualdad. Por eso, cuando hablamos de cerrar la brecha salarial no podemos quedarnos en la superficie, en pensar que se trata simplemente de tener salarios parecidos o de unirnos en la igualdad de la superexplotación y la pobreza para todos. En el fondo estamos hablando de la necesidad de transformar el modo en que organizamos nuestra vida económica cotidiana, y transformar también cómo la pensamos (en ese sentido, la economía feminista necesita todavía reescribirse en la historia del pensamiento económico para darle vida a su propia revolución conceptual).

La lucha contra la pobreza es una lucha contra el lado oscuro del capitalismo, ese que genera a su paso ejércitos de población sobrante que vive marginada. Aquí es donde cobra relevancia la discusión central de la economía en torno a la desigualdad: ¿puede el capitalismo por sí mismo cerrar la brecha entre ricos y pobres? A esto podemos agregarle: ¿puede el capitalismo por sí mismo cerrar esta brecha sin cerrar las brechas de género?<sup>26</sup> Las respuestas no son muchas, se restringen a sí, no o quizá. Sin embargo, qué hacer ante cada una nos lleva a nuevos caminos, opciones y estrategias.

En algún foro de esos que frecuentan los líderes de todo el mundo, le preguntaron a Christine Lagarde, la directora del Fondo Monetario Internacional (FMI), acerca de cómo enfrentar la desigualdad global. Ella respondió “la desigualdad es sexista”, por lo que buena parte de la solución pasa por la igualdad de género. Sin embargo, las medidas de austeridad que impulsa el FMI en muchos países de Europa van en contra de esta idea. Los recortes en servicios públicos, en salud o educación hacen que las mujeres absorban más de estas tareas no pagas. Más allá de los caminos que se pueden tomar en pos de mejorar la situación de las mujeres en el mercado de trabajo y en la economía familiar, hay otra *discusión de fondo* que hay que abordar.

### *La desigualdad de la pobreza*

“¿Quién hace funcionar el mundo?”, se pregunta Beyoncé. “Las chicas”, es la respuesta del coro. Pero las chicas no son todas iguales y la pelea por la igualdad es muy distinta entre las mujeres pobres y las ricas y en las diversas regiones del planeta. Malala Yousafzai pasó a la historia cuando ganó el Premio Nobel de la Paz en 2014, pero antes

de eso ella ya había ganado algo mucho más valioso en su lucha por los derechos civiles y de las mujeres en Pakistán, donde un régimen Talibán les había negado la participación en los distintos ámbitos de la vida política y económica, y las niñas tenían prohibido asistir a la escuela. En una charla TED, su padre Ziauddin Yousafzai explica la tristeza y el deshonor que sienten algunas sociedades patriarcales con la llegada de una hija mujer, es algo que a muchas niñas les cuesta la vida. Es que algunas religiones, tradiciones y sistemas políticos se convierten en fuertes obstáculos para que las niñas puedan desarrollarse como individuos libres, aun cuando sus familias —como la de Malala— las apoyan. “La historia de las mujeres es la historia de la injusticia, la desigualdad, la violencia y la explotación”, afirma Yousafzai.

En todo el mundo, el 80 por ciento de las mujeres adultas sabe leer y escribir (entre los hombres es el 90 por ciento); sin embargo, en los países menos desarrollados son solo la mitad las que consiguen esta formación. Según la ONU, los principales motivos son que “la discriminación de género debilita de muchas formas las perspectivas de las mujeres de recibir una educación. Los matrimonios a edad temprana y el trabajo doméstico llevan a muchas niñas y jóvenes a abandonar la escuela. El acoso sexual en los espacios públicos puede confinarlas a sus hogares”. Que una mujer sea admitida en algún ámbito educativo, en algunos lugares constituye todo un símbolo de reconocimiento.<sup>27</sup> A Malala le dispararon en la cabeza cuando iba a la escuela, no solo sobrevivió sino que logró que las niñas de su país vuelvan a ejercer su derecho a la educación.

Evidentemente no es lo mismo discutir los 4 millones menos que le pagaron a una actriz por su última superproducción<sup>28</sup> que luchar allí donde el derecho a la educación es algo por conquistar. Tampoco es lo mismo que pelear por un salario mínimo en un trabajo precario que te consume el día entero y apenas te deja alimentar a tus hijos. La igualdad en la pobreza y en la explotación no es el horizonte ni el destino deseable para nadie. También es cierto que la mayoría de los hombres no está mucho mejor que las mujeres en términos laborales; por tanto, en ese proceso tenemos un gran camino por recorrer juntos en una resignificación completa de muchas cosas que damos por naturales. Hablar de igualdad en abstracto nos hace rebotar contra una pared, es necesario darle un contenido.

*El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, una de las obras filosóficas más importantes de la historia del feminismo, termina con una idea en este sentido: “La relación entre el hombre y la mujer es la relación más natural de ser humano a ser humano, es parte de la naturaleza humana. Es por eso que hombres y mujeres deben, entre otras cosas, y más allá de sus diferenciaciones naturales, afirmar su hermandad de manera inequívoca”.

19 Paradójicamente, la ONU hasta hoy no ha tenido una Secretaria General.

20 Las consecuencias de una vida pobre también impactan en el desarrollo del cerebro y de la capacidad cognitiva de los individuos. “Una caricia, una palabra, una imagen, las experiencias de la vida dejan una traza en el cerebro” explica el neurocientífico Mariano Sigman. Esta traza “modifica los anhelos, deseos, sueños, la manera de responder a algo. Es decir: lo social cambia el cerebro, y esto a su vez define lo que somos. La pobreza influye en las condiciones sanitarias, el acceso a la cultura”.

21 La serie y los datos de pobreza se han discontinuado en la Argentina desde 2013 y hasta el momento de cerrar este capítulo no hay una revisión o reemplazo de esas series.

22 Para tomar otra dimensión del asunto, solo el 11 por ciento de las mujeres que

no tienen hijos vive en un hogar pobre.

23 Estar por debajo de la línea de indigencia significa que no les alcanza el dinero ni siquiera para el consumo de supervivencia.

24 La Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo fue implementada como módulo de la Encuesta Anual de Hogares Urbanos (EAHU) durante el tercer trimestre de 2013 por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC).

25 Esta idea puede parecer trivial, pero no lo es para la economía como ciencia. Sistemas de producción anteriores no suponían el intercambio regido por el dinero o en función de un precio. En la sociedad feudal, por ejemplo, la producción se ordenaba de acuerdo con el estatus social de los hombres y mujeres (campesinos o reyes, por ejemplo); a cada uno le tocaba una función productiva. El resultado de su trabajo —las papas, animales o vestidos— no se intercambiaba por dinero y el excedente de lo producido se lo quedaba el soberano. En la sociedad antigua, en donde los esclavos ni siquiera eran considerados productores libres, tampoco había un sistema de precios funcionando. Los precios, como relación social universal, son fundacionales y constitutivos del capitalismo.

26 Y por supuesto, ¿podemos lograr todo esto dentro del sistema capitalista?

27 Como comentamos en capítulos anteriores, si bien en el presente las mujeres son mayoría en los países desarrollados y en el mundo occidental, esto es relativamente nuevo. Hace unos cincuenta años no era tan común que las mujeres estudiaran y muchas fueron rechazadas de universidades con diferentes excusas, tampoco se estimulaba su participación en la ciencia. Ser ama de casa y madre eran títulos que bien valían sacrificar cualquier formación académica.

28 Pero sí es reconfortante empezar a escuchar a mujeres que suelen pasar por nuestras pantallas como meros envases de belleza sin contenido, disputar espacios, con una voz propia y sumándose a la lucha por un mundo más igualitario.

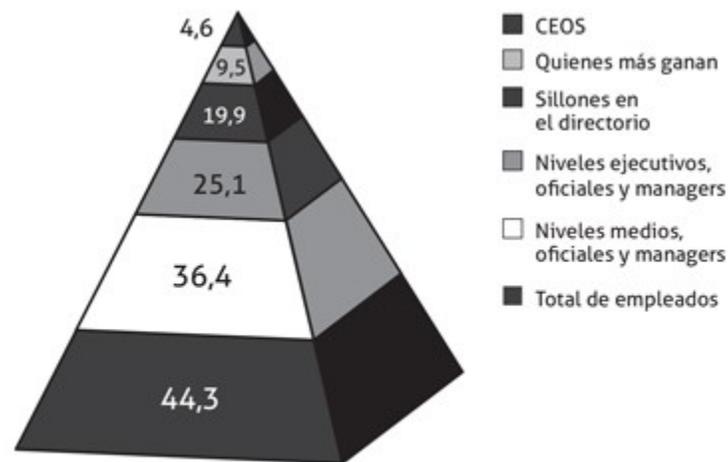
## V. LA BARBIE CEO DE CRISTAL

### ¿POR QUÉ HAY TAN POCAS MUJERES EN PUESTOS ALTOS EN LAS EMPRESAS?

En 2005, la revista *The Onion* —conocida por versionar de modo irónico las noticias reales— publicó una nota titulada “Barbie CEO<sup>29</sup> es criticada por promover imágenes de carreras irreales”. El artículo contaba cómo la empresa Mattel era atacada por activistas que decían que la última encarnación de su popular muñeca —la Barbie CEO— animaba a las jóvenes a proponerse objetivos profesionales inalcanzables. “Esta muñeca promueve el mito de que si una mujer trabaja duro y se afirma en sus convicciones, puede elevarse a la cima”, citaban a un personaje imaginario.

Como toda parodia efectiva esta nota tiene una base sólida en la realidad: aunque en 2016 el 45 por ciento de los trabajadores de las 500 empresas más importantes según Standard & Poor son mujeres, menos del 20 por ciento de ellas accede a una silla en el directorio y solo el 4 por ciento se convierte en la Barbie CEO. Un informe de Strategy que analiza las 2500 empresas más grandes del mundo muestra que en 2015 solo el 2,8 por ciento de estas compañías tiene una CEO mujer a cargo, el porcentaje más bajo desde 2011. Además, ellas ganan en promedio un 23 por ciento menos que sus pares varones. Para ilustrarlo de una manera mucho más simple, Ernst & Young muestra que, en las primeras 1500 empresas que cotizan en Wall Street, hay más directores varones llamados John, Robert, William o James que mujeres como directoras.

#### Mujeres en las 500 empresas S&P



Nota: Porcentaje de mujeres sobre el total por cada categoría laboral.

Fuente: Catalyst.

En las últimas décadas las mujeres mejoraron su acceso a cargos altos. Según el censo de los Estados Unidos, en 1980 solo el 7 por ciento tenía un empleo administrativo o de manager en comparación con el 17 por ciento de los varones. Para 2010 esta brecha prácticamente había desaparecido. Pero no sucede lo mismo cuando se miran los cargos jerárquicos en el tope de la pirámide de ingresos. Allí, el 96 por ciento de las posiciones de CEO están ocupadas por hombres. El fenómeno por el cual las ellas no llegan a cargos altos se denomina *techo de cristal*; se trata de una *barrera invisible* que impide a las

mujeres que cuentan con calificación y experiencia crecer en sus ámbitos de trabajo a la par que los varones con similares aptitudes. Como explica Mabel Burin (1987), doctora en Psicología, “es imperceptible pero imposible de atravesar, nos permite ver los escalones superiores de una carrera pero nos impide seguir avanzando. Es invisible porque no existen leyes ni dispositivos sociales establecidos, ni códigos manifiestos que impongan a las mujeres semejante limitación, sino que está construido por barreras implícitas, informales y difíciles de detectar”. En América Latina se suele decir que más que de cristal, las latinas enfrentan un *techo de hierro*, más denso y difícil de romper aún. Según el Latin Trade Ranking, las mujeres solo ocupan el 5,6 por ciento de las sillas de los directorios de las 100 empresas más grandes y entre las 500 empresas más grandes de la región solo 9 tienen una mujer en la presidencia (el 1,8 por ciento del total).

Corina Rodríguez Enríquez (2001) agrega que “entre las barreras que constituyen el techo de cristal pueden señalarse: los estereotipos y los prejuicios acerca de las mujeres por parte de la sociedad, la exclusión de las mujeres de las redes de comunicación informales, la carencia de oportunidades para ganar experiencia en el gerenciamiento de líneas de trabajo, las culturas empresariales hostiles, la falta de conciencia de las políticas empresariales que tradicionalmente vinculan a las mujeres con el trabajo de cuidado de familiares dependientes, el compromiso con las responsabilidades familiares, la falta de iniciativa personal y de un estilo de liderazgo. Entre todos, el prejuicio masculino, en especial por parte de los jefes y gerentes de áreas, se identifica como el factor más explicativo de la existencia del techo de cristal”.

El caso de las mujeres CEO es interesante e ilustrativo de cómo la desigualdad de género se resiste a desaparecer aún en quienes han podido estudiar, formarse, desarrollarse y llegar hasta lo más alto de una carrera profesional (también está presente en otros ámbitos como la política o la ciencia). Allí donde uno podría pensar que ya no hay barreras por la paridad en las habilidades de los trabajadores, estas aparecen de nuevo en la mera discriminación por el hecho de ser mujer y los diferentes obstáculos a lo largo de la historia laboral en donde se entrecruzan desde sexismo y micromachismos hasta la escasez de lugares de trabajo que ofrezcan horarios flexibles o licencias parentales (para madres y padres).

*Más mujeres en la empresa: no es solo lo correcto sino también lo inteligente*

Hace un tiempo que esta proporción tan baja de mujeres en las altas esferas de los negocios empezó a llamar la atención y generar discusiones acerca de sus causas y consecuencias. Un estudio de la consultora McKinsey (2007) mostró que la participación de las mujeres en los directorios mejora el rendimiento de las empresas tanto en términos de ganancias como de capitalización. *Fortune* sugiere que de entre las 500 empresas más grandes, las que tienen más mujeres en sus juntas directivas logran hasta tres veces más ganancias que las que son conducidas mayoritariamente por varones. Hay varias hipótesis para explicar esto; al parecer no solo la performance de las compañías mejora con mayor diversidad de los trabajadores (por la pluralidad de perspectivas a la hora de resolver problemas o pensar y diseñar estrategias de negocios), sino que además hay diferencias en el comportamiento ante el riesgo y los negocios. Según una investigación de MSCI, una mujer en el directorio baja las probabilidades de que haya casos de soborno, corrupción, fraude y batallas entre los accionistas.

En 2009 se publicó un estudio sobre 17 mil empresas del Reino Unido, justo poscrisis financiera internacional, que señalaba que tener una mujer en la toma de decisiones bajaba el riesgo de quiebra en un 20 por ciento y las compañías que tenían dos o tres directoras tenían mucho menos riesgo aún. De hecho, aquellas en las que había varias mujeres al timón surfearon las olas de la crisis con mayor éxito. Marçal (2016) recuerda que Christine Lagarde en 2010, cuando era ministra de Economía de Francia, dijo que si Lehman Brothers hubiese sido Lehman Sisters la crisis de las hipotecas subprime no hubiese sido tan crítica (y otros, más igualitarios, plantean que debería haber sido Lehman Brothers and Sisters). Según la ex ministra francesa y actual directora del FMI, hay evidencia suficiente para decir que las mujeres son muy buenas administradoras, inversoras y directoras, incluso mejores que muchos de sus pares varones; además, cuando están en lugares de liderazgo son las principales impulsoras de políticas que mejoran la igualdad. Un estudio de Canadá con el título “No es solo lo justo sino también lo inteligente”<sup>30</sup> y basado en la composición de directorios de empresas públicas y privadas, encontró que aquellos que tienen 3 o más mujeres en cargos jerárquicos muestran diferencias sustantivas en cuanto a criterios de estrategias, monitoreo de planes de negocios e implementación, siguen más de cerca los conflictos y tienen mejores códigos de comportamiento. Presentan también un extra en términos de aspectos más allá de los resultados financieros, prestan atención a la responsabilidad social y a mejorar la atención al cliente.

El año previo a la gran crisis internacional de 2008, la islandesa Halla Tómasdóttir fundó con una colega Audur Capital, una firma de servicios financieros. Cuenta en una charla TED de 2010 que se salieron del ámbito en que se movían porque estaban “cansadas de testosterona”. La mayor parte de quienes trabajan en finanzas e inversiones internacionales son varones (en Wall Street más del 66 por ciento de los directivos de los grandes bancos son señores). Estas islandesas no solo lograron sobrevivir a la crisis que hundió a gran parte de los bancos y empresas de su país (y del mundo), muchos envueltos en grandes escándalos, sino que además lo hicieron sin pérdidas para sus inversionistas. La clave, según ellas, fue pensar en negocios más sostenibles en el marco de lo que denominan *valores femeninos*: no tomar riesgos innecesarios (en 2008 era todo muy impredecible y así como se ganaban millones se perdía otro tanto), usar lenguaje claro con los clientes para explicar pros y contras de cada inversión, ser francos a la hora de dar noticias aunque sean malas. Además, dice Tómasdóttir, es necesario valorar el capital emocional: “En un mundo en donde Excel es el rey, hay que tener muy presente que es la gente quien gana y pierde dinero, y no las celdas de la planilla de cálculos”. Las inversiones tienen que pensarse no solo en términos de ganancias individuales sino también buscando que tengan un impacto positivo en la sociedad y el medio ambiente.

En 2016, Bloomberg —que es uno de los proveedores de información financiera más grandes del mundo— lanzó el Índice Bloomberg de igualdad de género<sup>31</sup> que pretende medir cómo las empresas tratan a sus empleados: si les brindan flexibilidad en horarios de trabajo, licencias de maternidad y paternidad —estas dos son el 70 por ciento del puntaje del índice—, y si promueven la igualdad, poniendo especial atención en las políticas de reclutamiento, la promoción de programas que mejoren la educación y capacitación y la creación de empleos para mujeres. Según los creadores del índice, el interés entre inversores por esta información se debe a la evidencia de que mayor

diversidad trae consigo mayores beneficios (ganancias, productividad y retención de talentos).

Pero también está el otro lado del escritorio. En un foro en la que fue invitada a hablar del *Panorama económico para las mujeres*, Lagarde señaló que “la mitad de las computadoras, la mitad de los autos y el 70 por ciento de productos del hogar en los Estados Unidos son comprados por mujeres”. De hecho, a nivel mundial, las mujeres representan el 70 por ciento de todos los consumos que se realizan; se suele decir que como mercado las mujeres son uno más grande que China e India juntas. Con estos números en mente, según Lagarde, las empresas deberían tener una composición que refleje mejor su población consumidora objetivo. Silverstein y Sayre (2009) plantean que a pesar de este poder de compra que ostentan “sigue siendo difícil para las mujeres encontrar un par de pantalones, comprar una comida saludable u obtener asesoramiento financiero sin sentirse tratadas con condescendencia”. Eso se evidencia principalmente en campañas de marketing con estereotipos femeninos obsoletos o productos que no se piensan en términos funcionales. El ejemplo más simple es el de los automóviles, en el que ellas deciden el 45 por ciento de las compras e influyen en el 85 por ciento de las decisiones de compra. “Los coches están diseñados para la velocidad y no para la utilidad”, dicen los autores, y ejemplifican: “No se piensa en dar comodidad a una madre que tiene que cargar con dos niños pequeños”. A su vez, la inclusión financiera de las mujeres está, en muchos países, aún en desarrollo; no solo hoy es un mercado gigantesco sino que potencialmente es mayúsculo.

Aun así, teniendo un panorama más o menos claro y la conciencia de los beneficios que significa la mayor presencia femenina, la paridad está muy lejos de lograrse en este ámbito. La escasa representación de mujeres en los consejos y directorios plantea dudas también acerca de los mecanismos de reclutamiento y promoción. Si consideramos que las mujeres hoy están más educadas que los varones, entonces es bastante improbable que haya algún tipo de meritocracia vigente, de otro modo no deberían quedar tan relegadas. Ante ello, la hipótesis más fuerte es que aún hay un fuerte componente inercial a la hora de seleccionar personal y más aún cuando de promocionarlo se trata. Los equipos de directivos y ejecutivos muchas veces se autorregeneran y son quienes eligen internamente sus reemplazantes. Aquí los prejuicios y estereotipos desempeñan un rol relevante si se dejan llevar por la inercia: se eligen candidatos con similares *backgrounds* o experiencias, arquetipos determinados.

*Por qué las mujeres aún no pueden tenerlo todo*

Más allá de las consecuencias positivas y beneficios económicos que tiene incorporar mujeres en los lugares más top del mundo de los negocios y las finanzas, hay elementos que hacen que muchas de ellas se queden a mitad de camino en el ascenso y no puedan romper el techo de cristal. Entre los factores más determinantes en la construcción de este techo están la maternidad y los roles de género. Aun cuando aquí hablamos de mujeres en altos mandos que sin duda pueden tercerizar el trabajo hogareño con niñeras, *delivery* de comida, empleadas domésticas, enfermeras o acompañantes terapéuticos, la rigidez en las estructuras laborales y sus demandas hace que sea inviable mantener el éxito en la casa y en el trabajo. Por otro lado, las presiones sociales y culturales que derivan de los roles tradicionales afectan las decisiones de las mujeres en diferentes niveles.

Anne Marie Slaughter, la primera mujer directora de planificación de políticas del Departamento de Estado de los Estados Unidos, escribió en 2012 un artículo que disparó una gran discusión acerca del “balance entre vida y trabajo” de las mujeres poderosas. ¿Por qué las mujeres aún no pueden tenerlo todo?, se preguntaba Slaughter. Ser madre y exitosa en lo profesional parece una utopía; para lograrlo hace falta ser sobrehumana, rica o trabajar por cuenta propia, ¡mejor aún si se dan todas estas características juntas! Slaughter dejó el trabajo de sus sueños porque le exigía una dedicación más que *full time*, que le impedía estar con sus hijos en ese entonces adolescentes. “Creo firmemente que las mujeres pueden ‘tenerlo todo’ (y que los hombres también). Creo que podemos ‘tenerlo todo al mismo tiempo’. Pero no hoy, no con la forma en que la sociedad y la economía están estructuradas”, escribe. Horarios de trabajo inflexibles, jornadas laborales extensas, reuniones durante fines de semana, viajes lejos del hogar, pocas vacaciones y una cultura en la que el trabajo es lo primero y ceder ante las demandas familiares es una señal de no estar preparada o de debilidad; todas estas son algunas de las cuestiones que forman parte del problema.

Las mujeres se hacen madres, en la mayoría de los casos interrumpen en ese momento su evolución laboral, toman (cuando pueden) horarios o empleos más flexibles, priorizan sus actividades familiares y —en muchos casos— se ven imposibilitadas de sostener ambos trabajos (el que realizan dentro de la casa y el que tienen fuera de ella). Aquí es donde florecen los cursos y seminarios de cómo compatibilizar la vida familiar y la vida laboral (*work-life balance*); aunque el foco en estos seminarios aparece puesto en hacer equilibrio entre las múltiples facetas (tenerlo todo), en general el problema es más bien cómo hacer para que no se caiga todo: familia, pareja y carrera. “No creo que los padres amen a sus hijos menos que las madres, pero los hombres parecen más propensos a elegir el trabajo a costa de su familia mientras que las mujeres parecen más propensas a elegir la familia a costa de su trabajo”, reflexiona Slaughter. Es decir, no se trata solo de lograr que alcancen las horas del día para ser “directora internacional mundial” y madre, el desafío es propiciar los espacios para que se pueda dar esta conciliación, que no sean caminos distintos. La solución, por tanto, involucra tanto la reorganización de las responsabilidades en el interior de la familia como la forma en que las empresas consideran estas instancias. Hay una gran coincidencia entre las mujeres en puestos directivos en cuanto a las ventajas de acceder a licencias de maternidad (y paternidad), la posibilidad de volver al trabajo en etapas, poder realizar tareas desde el hogar, tener un esquema de horarios flexibles, también guarderías en los lugares de trabajo y espacios para la lactancia. Un cronograma ordenado y previsible se lleva mejor con alguien que tiene responsabilidades familiares, poder coordinar horarios laborales o vacaciones con actividades escolares de los hijos resuelve muchas complicaciones.

En este camino, algunas empresas están empezando a identificar los diferentes tipos de obstáculos y a tomar medidas activas para sortearlos. Como decíamos antes, las licencias de maternidad extendidas o una vuelta al trabajo con horarios más flexibles pueden colaborar (y mucho), pero hay otras dinámicas a veces naturalizadas que tienen un gran peso en las trayectorias laborales. Cuenta Sergio Kaufman, presidente de Accenture Argentina y Sudamérica Hispana, que a veces los jefes, queriendo actuar de un modo que creen correcto y cuidadoso, terminan cerrando el camino al ascenso de las mujeres con hijos pequeños o con planes de maternidad. “Sale una oportunidad de hacer un proyecto muy bueno y enriquecedor en otro país, ofrecérselo a la mujer significaría

poner en jaque su familia piensan muchos, y entonces no lo hacen”, ejemplifica. “Finalmente al proyecto viaja algún varón —padre o no— y a la hora de las promociones laborales ese mismo proyecto le da más ‘puntaje’ en términos de experiencia o participación”, continúa Kaufman. Se genera, involuntariamente, un círculo que favorece al varón. Burin (2008) se refiere a esta situación como una *frontera de cristal* que se les presenta a las mujeres como un conflicto entre desplegar sus habilidades laborales o sostener sus vínculos familiares. Esto no se les plantea especialmente a los hombres, ellos habitualmente pueden sostener la familia a la par de su carrera. Al techo de cristal se le suman estas fronteras que muestran que no todas las localizaciones geográficas pueden ser elegidas por mujeres.

Claro que no es tan fácil dar con las acciones adecuadas. Facebook causó un gran revuelo cuando ofreció a sus empleadas hacerse cargo de los costosos gastos que suponen el congelamiento de óvulos y el tratamiento de fertilidad para aquellas empleadas que quisieran postergar el momento de ser madres. Hubo una gran discusión en torno a lo que significa influir sobre esta decisión, una cruda exposición del conflicto entre maternidad y posibilidades laborales. ¿Cómo relajarse ante un jefe que te sugiere —aunque con buenas intenciones— que es mejor que te dediques al trabajo ahora y dejes la maternidad para más adelante? Una mejor opción podría ser generar las condiciones para que aquellas que quieran ser madres puedan hacerlo sin correr el riesgo de perder el empleo o sus posibilidades de crecimiento en el trabajo.

### *El diablo viste a la moda*

Además de las barreras objetivas que se erigen en los lugares de trabajo por las estructuras empresariales y derechos laborales ausentes o insuficientes, hay otras que se han ido internalizando y que surgen de aquello que absorbemos del contexto y reproducimos en nuestros comportamientos y decisiones. Los estereotipos acerca de lo que esperamos de una mujer líder ocupan también un lugar en la construcción del techo de cristal.

En *El diablo viste a la moda*, Meryl Streep interpreta a Miranda, la directora de *Runway*, una exitosa revista de moda con oficinas en el corazón de Nueva York. Esta bella y elegante empresaria ha logrado escalar a la cima gracias a la actitud de “nada ni nadie se interpondrá en mi camino”. Un día llega Andrea a su imperio de la moda, una joven que sueña con ser periodista. Andrea empieza a trabajar para Miranda como asistente y rápidamente entra en el mundo vertiginoso de su jefa; su excesiva dedicación al trabajo empieza a afectar negativamente su vida familiar y su pareja, por supuesto también entra en contradicción con sus deseos y sueños más preciados. *Spoiler alert*: Andrea termina dejando su empleo cuando ve que ese mundo no es para ella y que no quiere terminar como Miranda, con matrimonios frustrados, sin amistades verdaderas, en una vida triste y solitaria. El estereotipo de Miranda es un clásico de las mujeres en un rol de liderazgo: son frías y calculadoras, muchas de ellas solteras o divorciadas varias veces. Mujeres que han puesto su carrera por delante de sus sentimientos y vida familiar, y que además son rechazadas por hacerlo.

Hay numerosos estudios que muestran que esto no es solo un prejuicio de Hollywood sino que las mujeres exitosas no son bien vistas. Sucede no solo en lo profesional, también se da en la academia, artes, medios, política. “Ser exitosa y ser querible correlacionan positivamente para los hombres y negativamente para las

mujeres”, dice Sheryl Sandberg en su *best seller Lean In*. Cuando se evalúa a las personas se hace siguiendo estereotipos: “Nuestro estereotipo de hombre asume que ellos proveen, deciden y dirigen. Nuestro estereotipo de mujer las pone en lugar de cuidadoras, sensibles, comunales”, explica Sandberg. De este modo, si una joven muestra más interés en su carrera que en formar una familia se la juzga con un criterio diferente que a un varón en la misma posición. La ambición suele ser una característica que no combina bien con los tacos altos de la secretaria ejecutiva —trepadora—, pero sí con la corbata del talentoso y creativo muchacho que va por más. Una niña con espíritu de líder es una mandona, un niño es un campeón.

La relación de las mujeres con el dinero también está cargada de estereotipos: “Mujer y dinero son dos categorías que solo parecen combinarse con naturalidad en la idea (y práctica) de consumo. Mujer y empresa, en tanto, son dos categorías que solo parecen combinarse con naturalidad en la idea y práctica del trabajo”, dice Virginia Porcella en *Feminomics*. Ella es una gastadora compulsiva y frívola que necesita un sacón o es capaz de gastarse 3 sueldos en un par de zapatos (y mejor si son sueldos del marido), mientras él es un ambicioso especulador haciendo cálculos de rentabilidad. Otro tanto ocurre ante la mesa de negociación. Clara, asesora de inversiones personales, trabaja con un socio. En muchas reuniones a las que asiste ella para abrir nuevas cuentas la desestiman: “¿Por qué tu socio te mandó a vos?” (aunque los dos tengan el mismo rol), o le dicen “cariño”, “linda”, “después cerramos el negocio con tu socio”. Suponen que por ser mujer está en un rango inferior a su par. Esa asociación que sugiere Porcella: la mujer en la empresa es representada como una trabajadora no jerárquica o secretaria de algún varón, no es una líder o tomadora de decisión, no es quien decide estrategias de inversión.

### *Lo esencial es invisible a los ojos*

El techo de cristal también se construye en el interior. La subestimación de las capacidades se constituye como una barrera psicológica, además de cultural, marca límites a determinadas conductas. En muchos casos, son las mujeres mismas quienes tienen una mirada negativa sobre sí mismas. “Las mujeres no manejan empresas”, decía un personaje imaginario en la nota de *The Onion*, “por lo general, ellas son las personas con talento y carisma que trabajan detrás de escena para iluminar la visión de un hombre”. En *Lean In*, Sandberg enumera una serie de actitudes que observa en su vida corporativa a las que atribuye cierto peso a la hora de pensar por qué no hay más chicas líderes. Están las que acuden a reuniones de trabajo pero no se sientan a la mesa central, sino que eligen lugares menos visibles y quedan relegadas fuera de los debates. Otras que no se animan a proponer, discutir o negociar sus ideas por miedo a las críticas o a fallar. Aquellas que simplemente niegan o cuestionan sus propios logros: lo hice gracias al apoyo de mis compañeros, podría haberlo hecho mejor, no estoy capacitada para tal tarea, debería formarme más en..., y diferentes variaciones del autocastigo y la autoexigencia que culminan en simplemente menospreciarse. Hay, además de tantas otras, una brecha de confianza: al parecer las mujeres son menos seguras de sí mismas que los hombres. En el mundo de liderazgo esta actitud es clave para el éxito y también para negociar salarios y promociones, dirigir un equipo o participar en proyectos.

Sandberg cuenta en su libro que a ella le llevó mucho tiempo tomar conciencia de las limitaciones reales y subjetivas contra las que luchaba. Pasó de no tener

estacionamiento especial en el edificio de la empresa cuando estaba embarazada a ir a reuniones en que era la única mujer y quienes la recibían no tenían idea siquiera de dónde estaba el baño de damas. No está de más decir que solo el 9 por ciento de los CEO en Silicon Valley, lugar donde ella trabaja, son mujeres. Con el tono irónico en el que relata sus historias, narra que en los ochenta iba a un gimnasio y que —influenciada por el estigma de Jane Fonda— aprendió a sonreír aun mientras le faltaba el aire o le dolían los músculos entre sesiones de abdominales y aerobics. Esa sonrisa falsa que ocultaba sus sentimientos le sirvió luego para su vida profesional: ser mujer en el mundo corporativo duele en muchos niveles; no se podía dar el gusto de flaquear. Tuvo también que aprender a negociar por su salario. Cuando Mark Zuckerberg le propuso trabajar en Facebook le hizo una oferta que ningún hombre con sus mismas aptitudes habría aceptado. Solo después de pasar un par de noches de insomnio discutiendo el tema con su marido, y no sin pudor, se atrevió a pedir mejores condiciones salariales.<sup>32</sup>

La autodescalificación no es algo biológico o esencial de la conducta de la mujer, es también el producto de una vida siendo encasilladas en determinados roles y estereotipos, de los pocos modelos para seguir que hay por la ausencia de otras mujeres en posiciones similares, micromachismos, entre otros. Durante mucho tiempo las mujeres estuvieron lejos de los ámbitos de poder y conquistar esos espacios implica transformar relaciones de poder y dominación. Por otra parte, se suele asociar la racionalidad, firmeza, rigurosidad o visión objetiva con rasgos masculinos y a ellas se las asocia con la sensibilidad, creatividad o impulsividad, ¿son estas cualidades naturales o son producidas por nuestro entorno? Según Burin (2008), “las mujeres deben pagar un precio elevado si desean sostener simultáneamente deseos que en apariencia son contradictorios: deseos de prestigio, de reconocimiento social y de ocupar posiciones de liderazgo en el ámbito público, a la vez que deseos maternales y de crianza de sus hijos e hijas en la intimidad familiar”. No solo hay un costo de oportunidad económico en la elección entre carrera y familia, sino que también tienen un costo psíquico, que deriva del malestar de no poder compatibilizar ambos. A cuántas madres se le pregunta: ¿Hace falta que trabajes? ¿Cuántos padres reciben un cuestionamiento de ese estilo? Una madre que se queda después de hora en el trabajo está abandonando a sus hijos; un padre en la misma situación está trabajando duro por su futuro. Esta frustración y el peso de las demandas externas muchas veces detiene la carrera laboral y pone en riesgo la salud mental de las mujeres (depresión, estrés). El *crystal* está también en el interior, en la subjetividad. Es por eso que no se trata solamente de romper el techo, las fronteras y paredes de cristal sino también de apuntar a que no se construyan.

Durante mucho tiempo, si uno escribía “CEO” en el buscador de imágenes de Google la única mujer que aparecía en el primer centenar de fotos era esta falsa Barbie. La Barbie CEO de nuestra nota imaginaria viene con accesorios y elementos de ambientación entre los cuales está la mesa de conferencias súper Barbie, el auto (rosa) soñado y un Ken de asistente... bastante mal pago.

29 CEO por la sigla en inglés de Chief Executive Officer, se trata de una directora ejecutiva, la persona que tiene la mayor responsabilidad sobre la gestión y administración de una empresa.

30 El título hace referencia a que estimular la participación de las mujeres y romper el techo de cristal no solo es lo correcto sino que da sus frutos.

31 También hay un índice de mujeres líderes que realiza Barclays.

32 El libro de Sandberg recibió también fuertes críticas y la periodista Dawn Foster publicó uno titulado *Lean Out* en el que la critica porque a lo largo de toda su exposición Sandberg pareciera eximir al patriarcado, al capitalismo y al mundo de los negocios de cualquier responsabilidad de cambiar la posición de las mujeres en la cultura contemporánea.

## VI. LAS MUJERES AL PODER

*Pero, íntimamente, levantando la liviana capa de superficialidad elegante con que cierta norma social la encadena, acaso se advierta en ella una profunda feminista, si como feminista se entiende crear en el alma femenina su propia vida, su verdadero ser, su conciencia individual de las cosas todas y aplicar este concepto personal a libertarla de las trabas ancestrales, ajadas ya, ante las nuevas corrientes morales e ideológicas que pasan por el mundo.*

ALFONSINA STORNI en *Revista del Mundo* (1919)

En 1960 el mundo tenía la primera mujer al mando de un Estado moderno, era Sirivamo Bandaranaike en Sri Lanka. Su marido había sido primer ministro justo hasta el año anterior, en que fue asesinado. Al parecer, no fue tan difícil para su país aceptar que los gobernara una mujer; venían de una historia con reinas y matriarcas, y además ella contaba con el apoyo del partido que había fundado su esposo. Años más tarde, en 1974, Isabel Martínez de Perón se convirtió en la primera presidenta de la Argentina y también primera en el mundo en ocupar ese cargo. Llegó al poder por la línea sucesoria —era vicepresidenta— luego de la muerte de su marido, Juan Domingo Perón. En 1979, Margaret Thatcher se convertía en una de las personas más poderosas del mundo al ocupar el lugar de primera ministra de Inglaterra; muy pocas mujeres estaban en lugares tan encumbrados en ese entonces, su gobierno se extendió por más de una década y marcó a toda una generación política.

Islandia, que nos regaló la exótica música de Björk y Sigur Rós y desde donde Julio Verne sugirió que se puede llegar al centro mismo de la Tierra, fue también de los países vanguardistas: eligió presidenta a Vigdís Finnbogadóttir en 1980, quien trabajaba como directora artística de una compañía de teatro antes de convertirse en líder de su país y ser reelegida tres veces. En su primera elección compitió contra tres candidatos varones y ganó por menos de 1 punto. En su segundo mandato conquistó el 92 por ciento de los votos totales compitiendo contra otra mujer. Con una tercera reelección sumó dieciséis años en el poder. En 2009, Islandia volvió a marcar un hito al elegir a Jóhanna Sigurdardóttir, mujer que fue la primera del mundo en ocupar el liderazgo político de un país declarando abiertamente ser lesbiana. De hecho, aprovechó las leyes de matrimonio igualitario que ella misma impulsó en su gobierno (que ya contaba con leyes para unión civil igualitaria) y se casó con su novia, la dramaturga Jónína Leósdóttir.

En 2014 Latinoamérica tenía por primera vez 4 mujeres en el poder al mismo tiempo: Michelle Bachelet en Chile, Cristina Fernández de Kirchner en la Argentina, Dilma Rousseff en Brasil y Laura Chinchilla en Costa Rica (solo la primera sigue en su cargo en el presente, Rousseff fue removida de su cargo a través de un juicio político). En la Eurozona, Angela Merkel lleva su tercer mandato frente al gobierno de Alemania. Al momento de escribir este libro, Hillary Clinton aspira a convertirse en la primera presidenta de los Estados Unidos —el país más poderoso del mundo— y Theresa May asumió el mando en Inglaterra luego de la renuncia de Cameron tras el Brexit. Pero más allá de todos estos hitos, a julio de 2016, solo el 9 por ciento de los países del mundo tenía a una mujer a cargo del gobierno: 11 son los países con presidentas electas y 7 con primeras ministras. También hay algunas reinas y resabios de monarquías. Las cifras no

son más que el reflejo de un hecho general.

En efecto, más abajo en las jerarquías la situación es apenas mejor. Un estudio de ONU-Mujeres muestra que en los últimos veinte años se duplicó la representación femenina en los parlamentos del mundo. Suena bien, pero lo cierto es que el piso desde que se parte es tan bajo que aún estamos muy lejos de la paridad. En 1995 solo el 11,3 por ciento de las bancas eran ocupadas por mujeres, hoy llegan apenas al 22 por ciento.

La Argentina, en particular, empezó 2016 con un hecho histórico: por primera vez en el país hay 5 gobernadoras,<sup>33</sup> que sumadas administran casi la mitad de la economía del país. En el Congreso, gracias a la Ley de Cupo Femenino, más del 30 por ciento de las bancas están ocupadas por diputadas y senadoras, pero en los cargos en los que no existe cupo están lejos de los lugares de poder. Por dar un ejemplo, en los últimos dos gobiernos argentinos (el de Cristina Fernández de Kirchner y el de Mauricio Macri), solo 2 de cada 10 ministros fueron o son mujeres. A pesar de que la mitad de los trabajadores del Poder Ejecutivo Nacional son mujeres, son pocas las que suben a posiciones jerárquicas. El trajecito que mejor les sienta a las chicas poderosas es el de subsecretaria, donde ocupan más de un cuarto de los cargos.

En el Poder Judicial, las mujeres son la mitad de los trabajadores y hace veinte años que son mayoría de graduadas en las carreras de Derecho del país. Aun así, tampoco llegan fácilmente a los puestos jerárquicos en este ámbito. “El análisis de este poder muestra que en sus altas esferas, la igualdad de oportunidades entre mujeres y varones encuentra serias restricciones y resistencias. En la Corte Suprema de Justicia (a septiembre de 2016) hay una sola integrante mujer. A su vez, la presencia de mujeres en este ámbito no ha sido inocua. Ana Correa, especialista en comunicación política, señala que “Carmen Argibay, primera mujer ministra de la Corte Suprema de Justicia en tiempos de democracia, creó y dirigió la Oficina de Violencia Doméstica e impulsó también la creación de la Oficina de la Mujer (luego continuadas por Elena Highton de Nolasco)”.

Las mujeres enfrentan obstáculos sistemáticamente para llegar a cargos jerárquicos, para romper el famoso techo de cristal y esto sucede en todos los ámbitos. Hace un par de años, la revista *Elle* hizo un video que se convirtió rápidamente en viral. Bajo el *hashtag* #MoreWomen (más mujeres) aparecían fotos de reuniones entre líderes de negocios, arte, medios y políticos, en donde se habían borrado con Photoshop a todos los varones. Las imágenes eran muy elocuentes: la actriz y guionista Lena Dunham solitaria en el escenario de *Saturday Night Live*,<sup>34</sup> reuniones de la ONU casi vacías, Hillary Clinton o Angela Merkel en alguna oficina fantasmal. “Más mujeres” reclamaba, minimalista, la campaña.

### *Cómo conseguir chicas*

En la página oficial del gobierno de Suecia se puede leer un texto que dice: “Suecia tiene el primer gobierno feminista del mundo. Esto significa que la igualdad de género es central entre las prioridades del gobierno, en la toma de decisiones y en la asignación de recursos. Un gobierno feminista asegura que la perspectiva de género se pone en la formulación de políticas en un frente amplio, tanto a nivel nacional como internacional”. En la foto que ilustra estas palabras aparecen todos los ministros, tiene hombres y mujeres en igual proporción.

En Canadá, Justin Trudeau formó el primer gabinete de su país con una composición de “50-50” (son 15 mujeres y 15 varones), entre los cuales además están

incluidos representantes aborígenes y políticos sikh. Según él mismo cuenta, la mayor dificultad que tuvo en el proceso no fue encontrar mujeres capaces para ocupar esos cargos, sino más bien para encontrar mujeres decididas a hacerlo. “En general, cuando se le propone a un varón un trabajo así, la respuesta es rápida y simple: ¿hay que usar corbata? La mujer, en cambio, pregunta: ¿por qué yo?”, dice Trudeau. Suelen sentirse menos confiadas en sus propios talentos y capacidades, dudan de estar a la altura del desafío aun cuando tienen amplia experiencia y trayectoria. El primer ministro confiesa que a algunas tuvo que insistirles y que esto motivó también una campaña local llamada *ask her to run*, que sería algo así como “pídele que se postule”.

La Argentina ocupa el lugar 28 en el ranking mundial de mujeres en parlamentos y esto está estrechamente ligado a que, en 1991, el país se convirtió en el primero en tener ley de cupo femenino. Esto implica que las listas que se presentan a elecciones tienen que tener un mínimo de 30 por ciento de candidatas en cargos nacionales. El resultado de esta ley es contundente: en la Cámara de Diputados la participación de las mujeres pasó del 5 al 14 por ciento tras las elecciones legislativas de 1993 y llegó al 30 por ciento hacia 2001. Después de las últimas elecciones en 2015, 34 por ciento de los representantes son mujeres. En el Senado el cambio también fue abismal: antes de la ley, la representación femenina llenaba menos del 5 por ciento de las bancas y hoy 40 por ciento de las bancas son ocupadas por mujeres. Pese a que esta ley fue criticada, la implementación del sistema significó un aumento real de mujeres en el Congreso que de otro modo dudosamente se hubiera alcanzado.

Hay numerosos estudios que muestran que una mayor proporción de mujeres impacta en los temas de las discusiones. La conclusión es tan simple como decir que hay más probabilidades de tratar cuestiones vinculadas a la agenda de las mujeres cuando ellas están legislando.

La parte no feliz del cupo es que en la práctica funciona también como techo; muy pocos partidos políticos superan ese 30 por ciento y muchos lo incumplen. En 2016 se presentaron en la Argentina numerosos proyectos de ley que apuntan a una mayor representación en todos los ámbitos del Estado, entre ellos, elevar el cupo al 50 por ciento.

En la labor legislativa también se ven los estereotipos de trabajos de nena o nene. Según el relevamiento del Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (ELA), las mujeres se concentran en temas mayoritariamente reproductivos (políticas sociales, salud, educación, cultura) mientras que los hombres en los productivos (economía, presupuesto, obras públicas, industria, comercio, entre otros).

---

## EL CUPO EN LATINOAMÉRICA

---

País	Año de adopción	% de cupo	% de mujeres antes del cupo	% de mujeres a enero 2015
Brasil	1995	30	7	10
Paraguay	1996	20	3	15
Venezuela	1998	30	6	17
Panamá	1997	30	8	19
Rep. Dominicana	1997	25	12	21
Perú	1997	25	10	22
Costa Rica	1997	40	14	33
Argentina	1991	30	6	36
Ecuador	1997	20	4	42
Bolivia	1997	50	11	53

Fuente: Sagarzazu y Silva.

---

Pero la actividad política no es algo que se construye desde los órganos de gobierno de la punta más alta de la pirámide hacia abajo, sino que por el contrario, muchas veces surge de las necesidades cotidianas, de disputas básicas como comedores o bibliotecas en los barrios, por derechos laborales. Hay movimientos sociales que van desde la defensa de los derechos humanos hasta acciones puntuales. En los últimos años hemos asistido al surgimiento de partidos políticos que vienen de las manifestaciones espontáneas como Podemos en España o Syriza en Grecia. Allí también se juega cuál es el rol de las mujeres en los procesos de construcción y en el aprendizaje de la actividad política.

Delfina Rossi, economista feminista, sugiere que entre estas organizaciones políticas “los sindicatos son especialmente relevantes ya que juegan un papel crucial en la definición de las condiciones de trabajo (jornada de trabajo, las vacaciones, los derechos de pensión, prestaciones de protección social, entre otras)”. En las cúpulas sindicales argentinas la gran ausente es la mujer y, con ella, también están ausentes las disputas por

el pago igualitario, protección de la maternidad, licencias por violencia de género, espacios para la lactancia, jardines maternos en los lugares de trabajo, y tantas otras. Solo en un puñado de países hay cupos que cumplir con presencia femenina en sindicatos<sup>35</sup> y la Argentina es uno de ellos aunque no ha servido para cambiar la composición de la mesa de decisiones. Según un relevamiento del Ministerio de Trabajo sobre 25 sindicatos, solo en 5 de ellos no hay ninguna mujer en la comisión directiva; aun así, el lugar que ocupan ellas está más orientado a acción social, turismo o secretaría de la mujer. En promedio, ellas tienen el 18 por ciento de los cargos de secretario, subsecretario o prosecretario, pero en ninguno de los sindicatos estudiados hay una secretaria general o adjunta. La conducción votada en agosto de 2016 para la Confederación General del Trabajo en la Argentina tiene solamente 2 mujeres en 37 secretarías. Las decisiones de la cúpula siguen siendo trabajo de los muchachos. A su vez, la OIT señala que solo el 5 por ciento de los puestos directivos de sindicatos y organizaciones de trabajadores están ocupados por mujeres.

*Detrás de cada gran hombre hay un montón de grandes mujeres a las que no les dieron el cargo*

La ausencia de figuras femeninas en lugares de poder se suele relativizar. Algunos utilizan el argumento de la meritocracia, según el cual para ocupar estos espacios no es relevante el género sino que sean los mejores entre los candidatos para llevar adelante la tarea. Al margen de la fantasía meritocrática<sup>36</sup> y los prejuicios que suelen convivir a su alrededor, es un argumento que poco tiene que ver con la realidad. Un reciente estudio de PNUD Argentina muestra que las mujeres que acceden a cargos jerárquicos en general (jefas y directoras) no solo presentan mayores niveles educativos que mujeres en otras ocupaciones, sino también respecto de sus pares varones;<sup>37</sup> en realidad, se les demanda más méritos para conseguir un cargo. Incluso, hay muchas funcionarias con mayor capacitación y experiencia que la que necesitan para cumplir con sus tareas que están por debajo en la escala jerárquica de varones sobrevalorados para su posición. Es decir, si el sistema quisiera ser meritocrático en términos de experiencia y formación, debería haber más mujeres en legislaturas, gobiernos, ministerios y todos los órganos de gobierno.

Hablamos del techo de cristal en el capítulo anterior y esto también se aplica en la política (así como en la ciencia). Las mujeres deben romper techos, deben derribar paredes de cristal y librarse de los pisos pegajosos, esa “inercia que mantiene a tantas mujeres inmovilizadas en su puesto, atrapadas en la base de la pirámide económica, sin fuerzas para enfrentar el conflicto que significaría enfrentarse con lo nuevo y desafiar el sistema”, en palabras de Mabel Burin. La mujer gobernadora del hogar compite con la mujer política fuera de él, las tareas domésticas y de cuidados aparecen como obstáculos o limitaciones para poder desempeñarse en lo público, en la actividad sindical, en las luchas políticas cotidianas. También la presión del mandato social: ¿quién va a cuidar de tus hijos mientras estás en campaña?

En 2015, se hizo viral una foto de la diputada Victoria Donda amamantando a su pequeña hija en el Congreso argentino. Es difícil pensar una mejor ilustración de la dificultad que enfrentan las mujeres para poder cumplir con todo. Si bien hay quienes se autoimponen y esfuerzan por compatibilizar tareas tan demandantes como la lactancia de sus hijos y su trabajo legislativo —como Donda—, o vuelven al ruedo pocos días después de atravesar el parto, estas no son soluciones que puedan extenderse a todas las madres,

ni son ideales para reproducir. En vez de que estas madres tengan que esforzarse con estas arcaicas estructuras en las que se llevan a cabo los trabajos en muchos organismos del Estado, hay que empezar —más temprano que tarde— a transformar aspectos que van desde las extensas sesiones deliberativas hasta la ausencia de jardines maternales o espacios para la lactancia en los lugares de trabajo. Organizar mejor los calendarios laborales, minimizar horarios aleatorios y viajes imprevistos. Algunas de estas acciones son tan solo pequeñas modificaciones que harían más fácil compatibilizar tareas para alguien que tiene compromisos familiares.

El machismo y la misoginia también tienen un rol en todo esto que no es menos despreciable. En los Estados Unidos, durante 2016, salieron a la luz encuestas que muestran que aún hoy, en el país más rico del mundo y uno de los más educados, el 8 por ciento de los votantes piensa que las mujeres no tienen las aptitudes para ser presidentas de su país.

*Feministas y perspectiva de género. ¡Porque estamos en 2016!*

¿Por qué es importante que haya mujeres en los ámbitos de poder? En principio, ¡porque estamos en 2016! Así respondió Trudeau cuando le preguntaron por qué tenía un gabinete de ministros 50-50, su respuesta obvia y rápida lo convirtió en referencia inmediata entre los gobiernos progresistas del mundo.<sup>38</sup> Además de que quedan feas las fotos y lo anacrónico que resulta a esta altura de la historia de la humanidad encontrarse con una escena llena de señores con sacos y corbatas, y muy pocas mujeres —y donde muchas están camufladas con looks masculinos—, hay otros motivos que hacen importante la presencia de las mujeres en la política... ¡Y nos toca a nosotros decidir cómo será el futuro!

Uno muy básico es la representatividad. A nivel mundial la población se divide entre varones y mujeres en similares proporciones. Es sencillamente lógico esperar que gobiernos con pretensiones de ser representativos de la población tengan una composición que la refleje. Por otra parte, el hecho de que haya mujeres en los parlamentos facilita que se reconozcan problemas que de otra manera pasarían inadvertidos o que simplemente no tendrían su debida prioridad en las apretadas agendas políticas. Hay cuestiones centrales que atraviesan sus vidas de manera muy significativa y que hacen a la salud sexual y reproductiva, el parto, la lactancia, la violencia, el acoso, la discriminación en el ámbito laboral, la trata y muchos de los temas presentados en este libro. La experiencia en la Argentina muestra que a partir del avance de las mujeres en la política y en los gobiernos se incluyeron más temas vinculados con estas cuestiones en la agenda legislativa, se ampliaron derechos y se presentaron más proyectos de género en todos los ámbitos.

Las transformaciones en el mercado de trabajo, los conflictos con que se topan las familias modernas, los nuevos actores sociales como el movimiento LGBT —que ha conquistado visibilidad y derechos en los últimos años—, requieren un marco de diversidad y que se enriquezcan las perspectivas del debate. Los parlamentos y los gobiernos son lugares imprescindibles para cambiar las reglas de juego, es allí donde se dan muchas de las batallas que van transformando el día a día.

Por supuesto, no toda mujer tiene perspectiva de género sobre los problemas que atraviesa una sociedad. En el caso de la Argentina, no alcanzó con tener la primera presidenta del mundo o a Cristina Fernández de Kirchner en dos mandatos consecutivos

para estar siquiera cerca de la igualdad en la representación. El poder no derrama y las políticas que apuntan a la igualdad de género o el acceso de las mujeres a distintos espacios políticos tampoco aparecen mágicamente. Algo similar sucedió con el gobierno de Dilma Rouseff en Brasil; cuando fue suspendida y reemplazada por Michel Temer incluso se vivió un retroceso fenomenal: este hombre instaló en Brasil el primer gabinete de ministros sin ninguna mujer, cosa que no ocurría desde la dictadura militar que gobernó ese país de 1964 a 1985. Y más aún, cuando se hizo pública la sorpresa y el descontento que esto provocaba anunció que incorporaría a su esposa en el Ministerio de Desarrollo Social. Ese cristal que rompió Dilma fue reemplazado rápidamente por un techo de hierro, como se suele decir en Latinoamérica. Del mismo modo, es difícil sostener que Margaret Thatcher o Angela Merkel hayan significado un gran avance para el movimiento feminista, o simplemente para las mujeres, sobre todo para las trabajadoras de Inglaterra en los años de la “Dama de hierro” (como se la bautizó a Thatcher).

El poder sin perspectiva de género no alcanza para mejorar la situación de las mujeres, tampoco las consignas feministas sin disputar el poder. Como señala Virginie Despentes en su *Teoría King Kong*: “Asombroso y desagradablemente revelador: la revolución feminista de los 70 no dio lugar a ninguna reorganización acerca del cuidado de los niños. De la gestión del espacio doméstico tampoco. Trabajos benévolos, por ende femeninos. Seguimos en el mismo estado de artesanato. Tanto política como económicamente, no ocupamos el espacio público, no nos lo apropiamos. No creamos guarderías infantiles, ni los lugares que necesitábamos para dejar a los niños; no creamos los sistemas industrializados de limpieza a domicilio que nos hubiesen emancipado. No nos apropiamos de estos sectores económicamente rentables, ni para hacer fortuna, ni para ayudar a nuestra comunidad. ¿Por qué nadie inventó el equivalente de Ikea para la guarda de los niños, el equivalente de Macintosh para la limpieza domiciliaria? Lo colectivo siguió siendo un modo masculino”.

Pero nadie viene al mundo con un chip feminista o ideas de fábrica para barrer con la desigualdad. Gloria Steinem, activista feminista de los Estados Unidos, suele decir que se trata de desaprender todo aquello con lo que estamos educados, formateados. Las mujeres, esencialmente, tienen que desaprender el rol que la sociedad les tiene asignado tradicionalmente. Si quieren hacer política, tienen que salir del gobierno del hogar, disputar espacios y avanzar sobre lugares que no siempre están preparados para oír una voz más aguda. “Carecemos de seguridad en cuanto a nuestra legitimidad para apropiarnos de lo político”, denuncia Despentes, “dejar de lado el ámbito político como lo hicimos revela nuestras propias reticencias a la emancipación. Es cierto que para pelear y tener éxito en política, hay que estar dispuesta a sacrificar la femineidad, ya que hay que estar dispuesta a luchar, triunfar, hacer alarde de potencia. Hay que olvidarse de ser dulce, agradable, servicial, hay que permitirse dominar al otro, públicamente. Hay que obrar sin su consentimiento, ejercer el poder frontalmente, sin hacer melindres ni disculparse, ya que escasos son los opositores que las felicitarán por vencerlos”, continúa. Eleanor Roosevelt solía decir que las mujeres gestionando lo público y haciendo política tienen que dejarse crecer la piel como un rinoceronte, necesitan impermeabilizarse a las críticas mezquinas y comentarios despectivos que recibirán en un lugar de tanta exposición.

Es por eso que la desigualdad no se soluciona simplemente con más cantidad o más protagonismo de las mujeres, las políticas públicas necesitan de gobernadores,

presidentes y *feministas* que entiendan la importancia y urgencia de hacer grandes cambios en la forma en que funcionamos para alcanzar una sociedad más justa y a la altura de sus desafíos.

### *Miss Universo*

Derek Zoolander y Hansel, los modelos masculinos protagonistas de la película *Zoolander*, participaron de un especial de *Saturday Night Live* a mitad de las elecciones primarias de 2016 en los Estados Unidos. En el sketch, el conductor del falso noticiero en el que eran panelistas los iba a entrevistar sobre la Fashion Week (semana de la moda) de Nueva York; pero Hansel respondió ofendido: “No estamos aquí para hablar de moda, estamos aquí para hablar de eso sobre lo que todo el mundo espera saber la opinión de un súper modelo masculino: política”. A partir de entonces, los desopilantes comentarios de los modelos se centraron en el look de los candidatos: “Hillary es muy noventas, por eso volvió”, dijo Hansel. “Su estilo me hace acordar a uno de mis íconos de la moda favoritos: Kim Jong-un”, agregó Zoolander, mientras aparecía una foto del líder norcoreano con un saquito parecido al de Clinton. También se habló de la ropa (barata) del otro candidato demócrata, Bernie Sanders: “Es el campeón del 99 por ciento”, dijo Zoolander, en referencia a los discursos de este político que apuntan a la desigualdad creciente en los Estados Unidos. “Aparentemente del 99 por ciento de ofertas de JCPenney”, completó sonriendo irónico. Más allá de la parodia de los actores de *Zoolander*, cuando las mujeres llegan al poder tienen que lidiar con encontrar la imagen adecuada para proyectar. Serán criticadas si son muy masculinas o muy glamorosas, si usan poco o mucho maquillaje, el alto de los tacos y el largo de la pollera (o si tenía buenas piernas para usar esa pollera). El precio del collar o los zapatos, si la camisa le aprieta demasiado o el tipo de corpiño, todo pasa por el escrutinio público.

Las desigualdades y el doble estándar en relación con lo que hombres y mujeres poderosos enfrentan aparece también cuando abren el placard al vestirse cada mañana. “El estilo de mujeres políticas es por lo general más interesante que el de los hombres porque el armario femenino es mucho más diverso, ambiguo y potencialmente controvertido en una arena tan hipersensible como la política”, afirma Rob Young autor del libro *Power Dressing: First Ladies, Women Politicians and Fashion*. Hay reglas implícitas incluso: las primeras damas lucen más femeninas que las gobernadoras o presidentas. Jacqueline Kennedy se convirtió en un ícono de la moda así como hoy también lo es Michelle Obama. Para las funcionarias, el saquito de Thatcher o ahora el de Hillary Clinton están entre los más elegidos. El uniforme de los muchachos es simple: traje, camisa y corbata. Quienes se quieren hacer los rebeldes se sacan la corbata y están listos para jugar al Che Guevara. Barack Obama cuenta que en su armario solo tiene camisas todas iguales para el día a día, cada tanto cambia alguna tonalidad. Mark Zuckerberg, que si bien no es político domina nuestras relaciones sociales a través de su imperio Facebook, mostró una foto de su guardarropas: buzos con capucha y remeras grises todos idénticos. El foco en la vestimenta no es inocuo, hablar de cómo se viste una mujer en lugar de considerar sus ideas políticas contribuye a trivializarlas y mostrarlas menos poderosas. En 1984 en los Estados Unidos, Geraldine Ferraro fue presentada por un destacado periodista como “la primera candidata a vicepresidenta... ¡talle 6!”.

Los micromachismos, como se les suele llamar a este tipo de comportamientos que mueven el foco del análisis a lo estético o al comportamiento de las mujeres en vez

de a sus argumentos, ideas o trayectorias, no son inocuos. La cuestión no está en que sean comentarios negativos; en muchos casos, por el contrario, pueden ser sobre si una mujer “está buena” o “es muy dulce”. Algo que parece un halago esconde una descalificación, es como decir “mirá la rubia, finalmente tenía algo en la cabeza”, o en el caso de Ferraro, es como “a pesar de ser tan pequeña es candidata”.

No solo se ponen en juego el peinado, la ropa o los zapatos sino también la forma en que hablan: desde el tono de voz hasta los temas de la conversación. Es un lugar común el de señalar a una mujer que habla con convicción como una mandona, mientras que para los varones es una muestra de liderazgo. En todos los ámbitos, si dos hombres están en desacuerdo sobre algo discuten, incluso lo hacen de modo inteligente o apasionadamente. Si son mujeres las que debaten acerca de algo, enseguida es una lucha en el lodo (y si son medianamente bonitas, la fantasía las desnuda). Más mujeres en el poder también contribuye a transformar el concepto de liderazgo, presenta roles para seguir, nos da una dimensión que —al menos por ahora— es minoritaria en la arena pública.

### *Bonus Track - Las sufragistas (un breve comentario)*

En 1915, en los Estados Unidos, una poeta y escritora feminista llamada Alice Duer Miller escribía una columna en el *New York Tribune*; en ella solía compartir ideas acerca de los derechos de las mujeres; la que la hizo famosa fue una titulada “¿Son personas las mujeres?”, en la que criticaba al Partido Demócrata por no apoyar la lucha por el sufragio femenino. En una oportunidad publicó un póster que hacía un listado sarcástico de por qué los hombres no podrían votar (en un mundo imaginario). Allí respondía a los argumentos que planteaban quienes se oponían al voto femenino en la época considerando, entre otras cosas, que la naturaleza de las mujeres estaba en el hogar y no en las discusiones políticas. La lista de argumentos en contra del voto masculino de Duer Miller es la siguiente:

Porque el lugar del hombre es el ejército.

Porque los verdaderos hombres machos resuelven cualquier cuestión con una pelea.

Porque si los hombres adoptan métodos pacíficos, las mujeres ya no podrán admirarlos.

Porque los hombres pierden su atractivo si se salen de su ámbito natural y se interesan por cosas que no son armas, uniformes o tambores.

Porque los hombres son muy emocionales para votar.

Su conducta en los juegos de béisbol y convenciones políticas da cuenta de esto, mientras que su innata tendencia a recurrir a la fuerza los hace inadecuados para las tareas de gobierno.

La participación política de las mujeres como sujeto pleno de derechos aún tiene una corta vida en nuestro mundo, incluso en muchos países no se puede hablar de una participación completa. Estados Unidos consiguió el sufragio femenino en 1920 y recién en 1948 la ONU lo reconoció como un derecho universal. En Latinoamérica, Uruguay fue pionero y tuvo su primera elección con chicas en las urnas en 1927. En la Argentina, las primeras movilizaciones en este terreno fueron organizadas por las socialistas y anarquistas que fundaron agrupaciones de defensa de los derechos cívicos de las mujeres a principios del siglo pasado.

En 1919 Alfonsina Storni publica una nota en la que reseña los vaivenes del movimiento feminista en la Argentina, liderado por mujeres de clase media alta y educadas. “Nuestra mujer estudiosa, que tiene un espíritu sutil, que es personalmente original y agraciada, que ama la elegancia de sus vestidos y se rinde a las finezas espirituales, no realiza, por cierto, el tipo clásico de la feminista que el humorismo ha satirizado”, expone Storni, indicando de algún modo que el voto era una demanda que elevaba culturalmente a la sociedad.

Un año después, Storni hace una reseña de un simulacro de voto femenino realizado en Buenos Aires. El acto había sido impulsado por la Unión Feminista Nacional, fundada por Alicia Moreau de Justo. En su crónica, Storni cuenta que se acercaron a votar unas 5915 mujeres, entre ellas algunas “personas femeninas de figuración, que votaron y no quisieron que sus nombres figuraran en las listas”. Aunque estas señoras fueron pocas y la mayoría pertenecía a la clase media y obrera; la mitad eran casadas y viudas, el 72 por ciento tenía entre 18 y 30 años y la ocupación principal de las votantes era “quehaceres domésticos” (47 por ciento), apenas un 14 por ciento de ellas tenía una profesión o era “intelectual”. “Se ve, por lo menos, que no son las solteronas feas y olvidadas las que más han votado”, señala con delicada ironía. Se pregunta en un momento, si de existir el voto femenino las mujeres no se organizarían con listas e ideales propios, con ánimos de votar a otras como ellas; pero resignada se responde que “por el momento, aún en los países que andan rápidos, la máquina política sigue armada por el pensamiento masculino, y las mujeres, como en el caso de Norteamérica, solo han sido parte del peso sobre los platillos de la balanza. El voto de la mujer hasta ahora, no supone, pues, una conquista material de verdadero peso. Es, sí, una conquista moral”. Storni se equivocaba; según un estudio de la Universidad de Stanford, cuando las mujeres estadounidenses tuvieron el derecho a votar, generaron cambios en las propuestas políticas de los partidos orientadas a conquistar sus votos. Un resultado (medible) de esto fue que se asignaron más fondos para salud pública y de los niños reduciendo drásticamente las tasas de mortalidad infantil.

Pasaron varios años más hasta que las mujeres argentinas estrenaron su voto en 1951 —ya no en un simulacro—, con el impulso de Eva Perón. En 1952 las primeras senadoras y diputadas ocuparon sus bancas.

33 María Eugenia Vidal en la Provincia de Buenos Aires, Alicia Kirchner en Santa Cruz, Claudia Ledesma Abdala en Santiago del Estero, Lucía Corpacci en Catamarca y Rosana Bertone en Tierra del Fuego.

34 *Saturday Night Live* es un programa que revolucionó la televisión en los Estados Unidos en los setenta con un formato que incluye sketches, comediantes y artistas. Además de estos materiales, desde hace unos cuarenta años viene presentando parodias de la realidad política y los medios o películas.

35 Señala Delfina Rossi que “Ghana y Corea del Sur tienen cuotas sindicales y asientos especiales; y entre los sindicatos europeos, también tienen cuotas femeninas los franceses de la Confederación Democrática del Trabajo y el italiano Confederación General del Trabajo. El de Austria y el sindicato alemán también tienen cuotas de mujeres”.

36 Una sociedad atravesada por desigualdades las reproduce a la hora de premiar méritos. Una niña pobre que tiene que ir caminando todos los días a la escuela y luego ayudar a cuidar a sus hermanos no tendrá nunca las mismas oportunidades que una niña

en un hogar acomodado. Tampoco tendrá las mismas posibilidades que un niño, sea pobre o de medianos ingresos. Quizá sus méritos sean incluso mayores —en términos del esfuerzo y los obstáculos sorteados—, pero no necesariamente se reflejarán en sus calificaciones, diplomas, desarrollo personal o lo que sea que el sistema convalide en su concepto de mérito.

37 Un informe del ELA muestra que, en términos generales, las legisladoras tienen estudios superiores en mayor proporción que los varones (salvo en el caso de la provincia de Corrientes). En Misiones, por ejemplo, todas las mujeres tienen estudios superiores, entre los varones solo el 65 por ciento.

38 La pregunta, en realidad, se la hicieron en 2015 y va a seguir siendo válida por varios años. Trudeau no fue el primero en tener un gabinete igualitario, pero esa respuesta sumada a una serie de políticas con eje en la agenda de género lo hicieron llegar a las (buenas) noticias de todo el mundo.

## VII. ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

### LAS MUJERES Y LA CIENCIA

*Podríamos decir propiamente que la máquina analítica teje patrones algebraicos del mismo modo que el telar de Jacquard teje flores y hojas.*

ADA LOVELACE

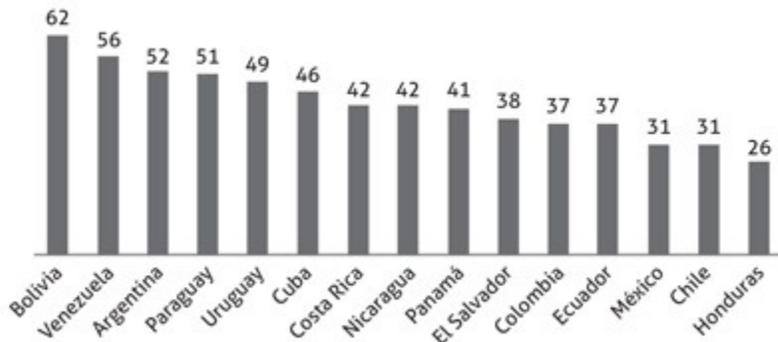
Marie Curie solía decir que un científico no es solo un técnico en un laboratorio, sino que es más parecido a un niño frente a fenómenos naturales que le impresionan como un cuento de hadas. Quizá fue la radiactividad el polvo de estrellas que hechizó y sumergió a Curie por completo en las investigaciones que la hicieron merecedora del primer Premio Nobel que ganó una mujer en la historia. Curie fue una mujer que literalmente dejó su vida por la ciencia, falleció de una leucemia derivada de guardar tubos de ensayo radiactivos en el bolsillo de su guardapolvos. Desde 1903, año en que obtuvo este galardón, hasta hoy son menos de 50 las mujeres que han sido lo suficientemente encantadas por la magia de las ciencias como para ganar un Nobel, mientras que más de 800 señores gozaron de este reconocimiento. En los tiempos de Marie Curie quizás era explicable que hubiera tan pocas mujeres en el ámbito científico, la educación para ellas era aún algo casi inaccesible, eran principalmente educadas en las ciencias del hogar. Emmy Noether, uno de los cerebros más importantes de la historia de la matemática, fue la única de dos mujeres en una universidad de casi mil estudiantes en su Alemania natal a principios del siglo XX. Cuando en 1915 David Hilbert la llevó a dar clases a la Universidad de Göttingen, Noether tuvo que hacerlo bajo el nombre de él y sin sueldo porque no era aceptable que una mujer fuera profesora.<sup>39</sup>

En la actualidad, en cambio, las mujeres son mayoría en las aulas universitarias de todo el planeta aunque según las estadísticas de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), ellas son solo el 28 por ciento de los investigadores científicos<sup>40</sup> del mundo, tanto del ámbito público como del privado. A esta altura del libro no sorprenderé a nadie escribiendo que también en ciencias las mujeres ganan menos que los varones y no tienen las mismas posibilidades de ascender en la estructura jerárquica (o ganar premios Nobel y otro tipo de reconocimientos). Las razones de la brecha salarial y del techo de cristal en este ámbito son las mismas que comentamos antes: el conflicto entre ser madre y dedicarse a una carrera científica y la elección de campos de investigación peor pagos. Detrás de escena, por supuesto, la persistencia de estereotipos, machismo y roles de género.

*Un sistema no lineal con varias incógnitas*

Mientras en el mundo el promedio de mujeres en ciencia no llega al 30 por ciento, en Latinoamérica ellas son cerca del 45 por ciento, dato que toma otra dimensión si se considera que hace quince años las mujeres investigadoras apenas eran el 30 por ciento de los *Einsteins* latinos. Argentina, Uruguay y Paraguay tienen paridad de varones y mujeres en ciencia, y en Bolivia ellas son mayoría. Francia o Alemania, en cambio, solo alcanzan un cuarto del total, en línea con el promedio de la Unión Europea.

## Porcentaje de mujeres científicas



Fuente: UNESCO.

En los Estados Unidos, las mujeres aumentaron mucho su participación en las denominadas STEM (por su sigla en inglés equivale a ciencias, tecnología, ingeniería y matemáticas) entre los setenta en que eran solo el 7 por ciento y los noventa —cuando llegaron al 23 por ciento—, pero desde entonces casi no se modificó su proporción.

Quienes aplauden el avance de las mujeres en la ciencia latinoamericana también señalan que, en general, ellas tienden a trabajar en la academia y el sector público más que en las industrias, y que eso deriva en menores sueldos y limitadas posibilidades de crecimiento. En la Argentina, por ejemplo, hay una feminización de la ciencia pero en cargos más bajos y peor pagos. “¿Esta asimetría es apenas un paso hacia la igualdad? ¿O lo que se ve es un retiro progresivo de los varones en las ciencias como sucedió en otros ámbitos, antes solo masculinos, como la medicina, que sufrió un proceso de feminización paralelo a la pauperización de los ingresos profesionales?”, pregunta atinadamente Nora Bär, periodista especializada en ciencia. Mientras casi el 60 por ciento de los becarios del CONICET son mujeres, solo hay un 25 por ciento de investigadoras con cargo principal o superior;<sup>41</sup> en 2003 esta proporción era de 18 por ciento, lo que muestra una leve mejoría. En la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, las investigadoras en puestos más altos son solo el 20 por ciento. “Y si miramos alrededor del mundo, el número de mujeres en puestos de dirección de instituciones del sistema científico va del 6 al 20 por ciento. Se van perdiendo mujeres a medida que se asciende por la escala jerárquica”, agrega Bär.

Un estudio de Helen Shen (2016) publicado en *Nature*, sobre 1200 investigadores en universidades de los Estados Unidos muestra que las mujeres con hijos ganan 11 por ciento promedio menos que los varones padres. Al igual que en todas las mujeres, la maternidad genera un conflicto con las otras actividades. Largas horas en un laboratorio, reuniones o viajes por congresos no se llevan tan bien con tener niños. Las científicas tienen que buscar el punto de equilibrio entre su carrera, su familia y su vida personal; no es tan simple como en un modelo. El “reloj biológico”, la carrera de publicaciones, los límites de edad para acceder a determinadas becas o cargos son ecuaciones por resolver; ¿cuál es el momento óptimo para quedar embarazada? Cuenta María Maldonado, doctora en Biología Molecular y Celular y experta en Biotecnología, que en su universidad este era un tema de charla entre las PhD mujeres y que incluso en algunos seminarios tenían sesiones específicas para discutirlo. Las presiones y el estrés que genera competir por posiciones de alto rendimiento intelectual afectan los planes de vida familiar.

En física clásica, es sabido que es imposible predecir el movimiento de tres planetas que interactúan entre sí por atracción gravitatoria. Esto, que se conoce como problema de tres cuerpos, tiene una suerte de correlato en la planificación de la vida laboral de parejas de investigadores y científicos: el llamado problema de dos cuerpos. Cuando el nivel de especialización profesional es elevado, el número de oportunidades laborales se vuelve cada vez más reducido: cada vez son relativamente menos los puestos disponibles para un tipo dado de investigación en el mundo. Si ambos miembros de la pareja tienen aspiraciones académicas en ese mundo tan privilegiado, invariablemente se llega a una encrucijada: ¿quién debe resignar ese trabajo soñado para que el amor de su vida pueda conseguir el suyo? Si bien existen paliativos (por ejemplo, instituciones que ofrecen al esposo o esposa desfavorecidos una consultoría para mejorar su incierto horizonte laboral), en la mayoría de los casos el sacrificio lo hacen las mujeres. Una razón importante es que es muchísimo más común para una mujer científica tener un esposo colega que la situación inversa. Una encuesta de la prestigiosa revista *Nature* indica que entre el 40 y el 50 por ciento de los investigadores considera que el problema de dos cuerpos es parte de sus vidas.

Otro aspecto que suma a la brecha salarial es que las mujeres suelen elegir carreras peor pagas. En los Estados Unidos, por ejemplo, representan más del 60 por ciento de quienes tienen un doctorado en ciencias sociales, son el 47 por ciento en matemáticas y un magro 13 en ingeniería. Esto pasa en casi todos lados; en la Argentina las mujeres representan solo el 18 por ciento de quienes estudian carreras de computación o informática, y también son muy pocas en ingeniería, física o carreras técnicas; mientras tanto, las aulas de ciencias sociales y sobre todo de psicología (en donde son más del 85 por ciento) tienen una gran mayoría de chicas.

### *Programando la igualdad*

Nuestra vida cotidiana transcurre entre computadoras y celulares inteligentes que nos permiten incluso cazar y entrenar Pokémones mientras caminamos por mapas reales de nuestras ciudades —algo que haría delirar a Borges y sus cartógrafos—. Sin embargo, hoy las mujeres que fabrican esos universos virtuales son muy pocas. El de los programadores es un caso interesante en el cual podemos ver cómo a lo largo del tiempo cambia el perfil de quienes llevan adelante esta tarea.

Cuando recién empezaba la historia de la programación y las computadoras eran artefactos gigantescos con tarjetas perforadas que ocupaban salones enteros, las chicas eran sus principales operadoras. “Durante la Segunda Guerra Mundial, la mayor parte del personal de Bletchley Park, una unidad secreta de *codebreaking* (desciframiento de códigos), eran mujeres”, ilustra Carlos Greg Diuk, doctor en Ciencias de la Computación, “las *code breakers* (descifradoras de códigos) trabajaban sobre los mensajes encriptados que mandaban los nazis, con ellas Alan Turing dio los primeros pasos hacia la construcción de la máquina Enigma —la primera computadora—”.

La programación, durante mucho tiempo y entrados los años ochenta, fue considerada una tarea femenina: no hacían falta estudios universitarios, se trataba de algo mecánico y repetitivo que solo requería seguir instrucciones y no pensar demasiado... casi una extensión del trabajo de una dactilógrafa. Nathan Ensmenger (2010) cuenta que encontró en una *Cosmopolitan* de 1967 un aviso sobre mujeres y computadoras que comparaba la programación con la planificación de una cena. La nota empezaba con

incentivos interesantes: “20 años atrás, una chica podía ser secretaria, maestra, quizá bibliotecaria, trabajadora social o enfermera. Si ella era ambiciosa, podía tener una profesión y competir con hombres... trabajando duro y ganando menos por la misma tarea. Ahora ha llegado una gran y deslumbrante computadora y un nuevo tipo de trabajo para mujeres: programar. Decirle a las milagrosas máquinas qué hacer y cómo hacerlo. Desde predecir el tiempo hasta mandar noticias de la tienda local, ¡un trabajo justo para ellas!”. Un poquito más abajo y después de esta maravillosa oportunidad, venía la razón de por qué las chicas eran aptas para esto, citaban a Grace Hopper, la inventora del lenguaje COBOL: “Usted tiene que planificar con anticipación y programar todo para que esté listo cuando lo necesite. La programación requiere la paciencia y la capacidad de manejar los detalles. Las mujeres están *en su naturaleza* en la programación de computadoras”. McNeill (2015) explica que “la destreza de sus dedos delgados y el menor tamaño de sus manos supuestamente hacían que las mujeres estuvieran particularmente bien adaptadas para el uso de máquinas manuales”.

Pero al margen de las habilidades manuales o las rutinas con el hardware, la primera persona en escribir un algoritmo fue Ada Lovelace, quien fue capaz de crear el conjunto de instrucciones para que compute un artefacto que todavía no existía y que aparecería mucho después de su temprana muerte en 1852. Cuenta Melisa Bok, programadora, que “el Ministerio de Defensa de los Estados Unidos bautizó Ada al lenguaje que utilizó para mandar cohetes al espacio debido a su extrema precisión con los números y en homenaje a los aportes que hizo Lovelace a esta ciencia, fue la primera programadora de la historia allá por 1800”. Fueron los códigos escritos por otra mujer, Margaret Hamilton, los que guiaron la misión Apolo.

La participación de las mujeres en esta disciplina cayó (bastante) a lo largo del tiempo: en los Estados Unidos de los ochenta, el 37 por ciento de los estudiantes de ciencias de la computación eran mujeres, hacia 2013 llegaba apenas al 18 por ciento. “Creo que hay un estereotipo muy fuerte de lo que es ser un programador: cara de nerd, anteojitos, auriculares y sentado en la compu todo el día. Es muy fuerte, y se está haciendo difícil cambiarlo, incluso con todo lo que se intenta para incentivar a las mujeres a que programen”, señala Bok. Los programadores son los más demandados del mercado, en la actualidad solo 1 de cada 10 de ellos es una mujer.<sup>42</sup> Según Ensmenger, el estereotipo que comenta Bok —aunque quizá sin los auriculares— en realidad ya había entrado en escena a fines de los sesenta, cuando se empezó a emplear un test de aptitudes que requería habilidades matemáticas —en un mundo en el cual las mujeres no tenían esa formación—. La programación empezó siendo un trabajo de bajo estatus y de oficina (que podía hacer cualquiera) y de a poco se volvió algo más científico y, por tanto, masculinizado.

En la actualidad hay un gran número de iniciativas que buscan incluir a las mujeres. Girls Who Code y Girls In Tech<sup>43</sup> son dos de los grupos más grandes que se mueven activamente en la inclusión específicamente de las más jóvenes y las niñas. Si se consideran las principales empresas tecnológicas (Google, Facebook, Twitter, Yahoo, Amazon, Apple, Microsoft, Intel), solo el 30 por ciento de sus trabajadores son mujeres y en las áreas técnicas (programación, diseño, desarrollo) apenas llegan al 15 por ciento. Estas compañías se ven en la obligación de mejorar sus estructuras laborales para convocar y retener talentos femeninos. Diuk, que trabaja hace unos años en Facebook, hace poco pudo hacer uso (y disfrutar) de la licencia de paternidad que se estableció en la

empresa en el marco de políticas igualitarias. Algo muy atípico, no solo porque en los Estados Unidos ni siquiera hay una licencia por maternidad paga por ley, sino porque generalmente muy pocos entienden que dar licencia a los papás es beneficioso tanto para ellos como para las mujeres, dado que colabora en reconfigurar los roles de género.

### *¡Tan sexy que distraigo! Los roles de género en la familia científica*

Hay un capítulo de los Simpson para cada situación de la vida. Uno de los que vienen al caso aquí es el episodio “Las chicas solo quieren hacer sumas”, también en homenaje a nuestra amiga Cindy Lauper. Lisa se muere de ganas de estudiar matemáticas, pero la clase es solo para varones. Tanta es su frustración que Marge la ayuda a transformarse en un nene. Con una remera de básquet, lentes y una peluquita llega al aula de sus sueños algebraicos. En el pizarrón, una ecuación espera a ser solucionada. Lisa —o Jake Boyman, su alter ego masculino— levanta la mano y responde. Pero su respuesta ¡está mal! Tontamente había omitido los números negativos. El profesor la/lo corrige y sigue con la explicación como si nada. Emocionada, festeja por dentro que por fin alguien le va a decir lo que está mal sin preocuparse por sus sentimientos. En su incursión por el mundo masculino, Lisa tiene que sobrevivir en un aula llena de niños que se golpean y se hacen *bullying*, se tiene que convertir en un varón e imitar sus modos. Después de recibir una paliza en el arenero será su hermano Bart el encargado de enseñarle trucos que incluyen formas de comer, volverse más violenta y, sobre todo, burlarse de quienes son más débiles que ella (como el pobre Ralph). Finalmente —y salteando varias escenas—, Lisa gana el premio al mejor estudiante de matemáticas, se saca el disfraz y demuestra que ¡una niña puede ser inteligente! Mientras agradece encendida su trofeo y dedica la victoria feminista que ha conseguido, Bart la interrumpe y le grita, socarrón, que para lograrlo se tuvo que convertir en uno de ellos, por lo que su logro no es tal: no ha ganado Lisa, ha ganado *Toilet* (apodo con que fue bautizada en sus días de varón).

Numerosos estudios muestran que las profesoras y tutoras son evaluadas de manera distinta que sus pares, que incluso cuando se leen currículos hay un sesgo a preferir muchachos (independientemente del sexo de quien lee), y que los *papers* de mujeres son menos citados como referencia que los de varones (esto muestra una mayor valoración de las ideas de ellos, pero también les da mejores puntajes y reconocimiento). Los paneles compuestos por todos varones son otro clásico de la academia que está empezando a ser visibilizado y combatido. Una página llamada [allmalepanels.com](http://allmalepanels.com) (paneles de todos varones) compila fotos, invitaciones y gacetillas de eventos en los cuales todos los disertantes son hombres. Además, presenta un bingo de excusas para no tener invitadas entre los disertantes que van desde “todas las que convocamos estaban ocupadas” a “son tímidas”, pasando por “esto ocurrió por pura casualidad” (aunque haya, casualmente, 25 varones y ninguna mujer). En la Facultad de Ciencias Económicas, en donde di clases más de quince años, hice mi doctorado y dirigí grupos de investigación, participé en muchas oportunidades en el armado de mesas debate de “expertos” o seminarios. Las veces que reclamé la ausencia femenina, la respuesta fue “bueno, te anotamos a vos como expositora”, o poner a alguna de moderadora —a regañadientes—. Incluso me respondieron y de muy mala gana “llamemos a los mejores, no importa si son varón o mujer”. La última vez que me dijeron esto armé una lista de los convocados y otra igual de larga de mujeres (no convocadas) y pedí que por favor los ordenaran por

mérito. La discusión terminó ahí.

Mal que nos pese, los humanos más educados del mundo no están libres de prejuicios y machismo. En 2006, Larry Summers —ex secretario del Tesoro en los Estados Unidos durante la presidencia de Bill Clinton, ex asesor de Obama y en ese momento presidente de la renombrada Universidad de Harvard— tuvo que renunciar a su cargo después de argumentar que la menor participación (y éxito) de las mujeres en ciencias duras se debía a que son menos aptas que los hombres. Otro comentario causal de expulsión fue el de Sir Tim Hunt, ganador de un Premio Nobel de Medicina. En 2015, en la Conferencia Mundial de Periodistas de Ciencia en Seúl, Hunt quiso hacerse el simpático diciendo que hombres y mujeres tenían que trabajar separados porque “ocurren 3 cosas cuando uno comparte el laboratorio con ellas: se enamoran de uno, uno se enamora de ellas y cuando se las critica, lloran”. El auditorio, lleno de científicos y periodistas de todo el mundo, respondió con un crudo silencio. Cuando se corrió el rumor, las redes sociales arrojaron un tsunami de *selfies* de mujeres enfundadas en sus ambos y trajes gigantescos posando con microscopios, guantes, antiparras y otros accesorios bajo el subtítulo “tan sexy que distraigo”. Pero incluso fue peor cuando trató de explicarse: “Yo me he enamorado en el laboratorio y otra gente en el laboratorio se ha enamorado de mí y eso perjudica a la ciencia porque es tremendamente importante que en el espacio de trabajo todos rindan al máximo”. El chiste le valió la renuncia a un cargo en la Universidad de Londres. Marie Curie trabajó años palmo a palmo con su marido. También lo hizo la pareja May-Britt y Edvard Moser, quienes ganaron el Nobel de Medicina en 2014 por su trabajo con ratitas sobre la representación neuronal del espacio. Ellos seguramente no estarían de acuerdo con esta afirmación.

En una conferencia, le preguntaron a Neil deGrasse Tyson, el astrofísico que protagoniza la genial serie *Cosmos*, ¿qué pasa con las chicas y la ciencia? (en relación con la respuesta de Summers). Tyson respondió contando su propia experiencia: “Nunca he sido mujer, pero he sido negro toda mi vida (...) supe que quería ser astrofísico a los 9 años de edad, desde mi primera visita al planetario Hayden”. Tyson contó que cada vez que expresó este deseo, tan poco común para un niño negro en una sociedad dominada por hombres blancos y donde ese es también el estereotipo de poder, alguien quiso desanimarlo por distintas vías. Por suerte, tuvo la voluntad y un deseo tan profundos de lograr lo que soñaba, que sorteó todos los obstáculos con que se topó, luchando contra las fuerzas de la naturaleza social. “Mi experiencia de vida me dice que cuando no hay negros en las ciencias, cuando no hay mujeres en las ciencias, es que estas fuerzas sociales [de desigualdad] son reales, así que antes de empezar a hablar de las diferencias genéticas tenemos que hablar de un sistema en el que no hay igualdad de oportunidades. Después de esto, podemos tener esa otra conversación.”

Además de los prejuicios en torno a las capacidades de las mujeres para hacer ciencia, están los prejuicios sobre si las científicas pueden “ser mujeres”. Cuando se analiza la estructura familiar de quienes llegan a los cargos altos en la ciencia (y también en las empresas), encontramos que una gran parte de las científicas en la cúspide de la pirámide son solteras o no tienen hijos, mientras que los varones en ese lugar son casados y tienen varios. Aquí aparecen nuevas preguntas: por un lado, las altas esferas del sistema científico (y del mercado laboral en general) son expulsivas para mujeres madres y eso explica que pocas lleguen; pero por otro lado, se suele suponer que todas las mujeres tienen el objetivo y el deseo de ser mamás.

Cori Bargmann es una reconocida científica de la Rockefeller University que ha sido pionera en las investigaciones sobre el cerebro a través del estudio del sistema nervioso de un organismo “de juguete”, un gusano diminuto y transparente de solo 300 neuronas llamado *C. elegans*. Porque parece que si uno presta atención, incluso un gusanito microscópico tiene las respuestas a las preguntas que la humanidad se viene haciendo hace siglos. Sus contribuciones le han valido numerosos reconocimientos, entre ellos ser la directora de Brain Initiative, el ambicioso programa fundado por Barack Obama que intenta revelar los misterios del cerebro. En una entrevista para *Vogue* (un artículo muy inusual para esa revista, por cierto) dijo que una mujer de ciencias puede tener “una vida científica y hobbies. O puede tener una vida científica y familia, pero la verdad es que no se puede tener las tres y sentirse bien en todas”. Después de repasar los logros y la increíble carrera de Bargmann, llega el final de la nota. La sección empieza diciendo “pero no todos somos perfectos” y cuenta la fobia de la entrevistada a las arañas y alguna otra cosa sobre el *jet lag*. Esto es solo una excusa para abrir la puerta de la verdadera imperfección y preguntarle a Bargmann cómo es ser una mujer de 52 años que no tiene hijos. Cori responde resuelta: “Nunca fue un problema para mí, nunca quise tenerlos. De hecho, fue la causa de mi ruptura con mi primer marido. Las únicas veces que me siento mal frente a esa decisión es cuando hablo con una joven que aspira a ser a científica y siento que al mirarme piensa: ‘Oh, ella tuvo que resignar ser madre por esto’. No, no lo hice y soy muy feliz con mi vida personal”. La maternidad no es un destino inexorable de la mujer; sin embargo, todavía hay quienes —a pesar de destacarse en todo lo que se propusieron y sentirse bien con sus logros— tienen que rendir cuentas por no elegir ser mamá. Ninguna nota sobre Isaac Newton o Adam Smith empieza o termina reclamándoles que murieron vírgenes.

Cuesta entender a las mujeres que se entregan ciento por ciento a la ciencia, pero no a los varones que así lo hacen. Irónicamente, la reflexión de Bart Simpson da en la clave de algo que late bajo la piel de estas discusiones, las mujeres muchas veces tienen que masculinizarse para poder discutir “de igual a igual”, participar en determinados campos del conocimiento o para disputar espacios jerárquicos.

### *Crear en lo imposible*

El sistema científico es una parte fundamental de nuestra construcción social y de la producción económica; en él se diseñan desde los alimentos que consumimos hasta las tecnologías que usamos para escuchar música o trasladarnos, se investigan drogas, químicos y tratamientos, se planifican viajes al espacio, se generan ideas para organizar nuestra sociedad, el comercio internacional, símbolos para comunicarnos, artefactos. En general asumimos que la ciencia es algo objetivo y neutral; sin embargo, la visión científica tiene una perspectiva y está situada en el mundo real. La ciencia refleja necesidades sociales, históricas; también se compra y vende como el resto de las cosas. No es una colección de caprichos de genios locos. Y estos genios locos también tienen que comer, cobrar un salario, conseguir financiamiento para su próxima investigación.

“Solo cuando irrumpe el ocaso inicia su vuelo el búho de Minerva”, decía Hegel como metáfora de que la conciencia es algo que aparece como corolario de la experiencia del día. La mujer está hoy por primera vez en su historia con una serie de conquistas en su haber: puede ir a la escuela y elegir una carrera universitaria, dirigir el proyecto que investiga el cerebro humano, puede ser astronauta y ganar premios Nobel en física. Todas

estas transformaciones del rol de la mujer en el sistema de producción de conocimientos se chocan con los viejos prejuicios de que el lugar de las chicas es en la casa (aunque aún escuchemos los ecos de esas ideas antiguas). La ausencia de mujeres en ciencia no es solo injusto y significa el desperdicio del talento de la mitad de la humanidad, sino que además tiene consecuencias sobre cómo pensamos y resolvemos los problemas científicos.<sup>44</sup>

“¿Puedes creer en cosas imposibles?”

Alicia se ríe. “No suelo intentarlo”, dice. “Uno no puede creer en cosas imposibles.”

“Me atrevería a decir que usted no ha tenido mucha práctica”, dijo la reina.

“Cuando yo tenía tu edad siempre lo hacía media hora al día. A veces he creído hasta seis cosas imposibles antes del desayuno.”<sup>45</sup>

Crecí en una casita de madera en las afueras de Posadas entre pollos y perros. Aprendí a andar a caballo casi al mismo tiempo que a caminar, me encantaba galopar y lo hacía montada a pelo, en las tardes siempre calurosas de Misiones en compañía de mis primos, era lo que más nos gustaba a todos. Además de los viajes que compartíamos cada fin de semana entre arroyos y árboles verde fluorescente, siempre me encantó abstraerme en el mundo de la fantasía con un libro. Fantaséaba con *aliens* y quería ser astronauta. En mi entorno no había figuras académicas y la ciencia era algo de las películas, en las que las mujeres aparecían solamente como ayudantes o secretarias. Pero el día en que pisé la universidad por primera vez (la UBA), con 18 recién cumplidos, sola, en una ciudad gigante y desconocida, sin la tierra roja que impregnó mi infancia y adolescencia, ese día sentí que estaba realmente en el país de las maravillas. Éramos más de 100 personas amontonadas en un sótano con paredes húmedas descascarándose; sin embargo, para mí era el Paraíso. Un pizarrón lleno de fórmulas bastó para cautivar me y, aunque tuve que trabajar toda la carrera para sostenerme, fui feliz entre cuentos de Adam Smith y Karl Marx, aprendiendo álgebra, resolviendo modelos de equilibrio general y discutiendo horas de política y filosofía. Todos los días hay algo nuevo para descubrir. Ojalá que cada vez más mujeres y varones podamos darnos un chapuzón en esta galaxia fascinante que es el conocimiento, ese lugar en donde forjamos nuestras armas más poderosas para transformar el mundo en que vivimos.

39 Y esto ocurrió incluso en contra de la voluntad de Hilbert, que exclamó indignado que no podía ser que una universidad eligiese sus profesores según su sexo.

40 La definición de investigadores científicos dice que son aquellos profesionales que trabajan en la concepción o creación de nuevos conocimientos, productos, procesos, métodos y sistemas, así como en la gestión de estos proyectos (UNESCO).

41 En el sector privado, en cambio, el 71 por ciento de los científicos son varones.

42 Y como remarcábamos antes, en Silicon Valley, la capital mundial de las compañías informáticas, solo el 9 por ciento de los CEO son mujeres.

43 La Argentina tiene su versión local con Chicas en Tecnología.

44 En ciencias sociales, especialmente, la ausencia de la perspectiva de género tiene consecuencias profundas a la hora de diseñar y trazar políticas que terminan reproduciendo la pobreza y la desigualdad. En una nota de *National Geographic* se sugiere que el diseño de los sistemas de transporte sería mucho más eficiente si se tomara en cuenta lo que se denomina la ‘movilidad de los cuidados’: gente que viaja durante el día y tiene que llevar niños o ancianos a lugares específicos para luego hacer las tareas

del hogar. Como vimos en otros capítulos, sería de gran ayuda en la reorganización de tareas en las familias con grandes beneficios sociales: se trata de algo tan simple como ajustar un cronograma y un mapa.

45 Diálogo de *Alicia en el país de las maravillas*.

## VIII. ECONOMÍA EN BOMBACHA

### POR QUÉ ES NECESARIA LA PERSPECTIVA DE GÉNERO EN LA ECONOMÍA

La Economía Política nace como ciencia con Adam Smith y la publicación de *La riqueza de las naciones*, allá por 1776. Unos 240 años después, la única mujer que entra en un *top ten* (e incluso en los 40 principales) de la historia del pensamiento económico es Joan Robinson.<sup>46</sup> Desde 1969 en que se entregó el primer Premio Nobel de Economía hasta ahora, una sola mujer lo ganó: Elinor Ostrom, politóloga estadounidense que compartió el reconocimiento con Oliver Williamson. Lejos de ponernos muy *under*, en 2015 la revista *The Economist* presentó un ranking de los 25 economistas más influyentes en el mundo. ¿Adivinen cuántas chicas había en la lista?... Cero.

El fenómeno es incluso más curioso porque no faltan mujeres en el oficio. En los Estados Unidos, alrededor del 35 por ciento de los doctores y el 40 por ciento de los *masters* en Economía son mujeres. Sin embargo, hacia 2014 estas eran solo el 12 por ciento de los profesores titulares (su participación es más alta en cargos más bajos: por ejemplo, son alrededor del 30 por ciento de las ayudantes). Claudia Goldin, de la Universidad de Harvard, dice que hay una brecha del 16 por ciento en la probabilidad de ser promovido a profesor titular entre varones y mujeres, mucho mayor que en otras disciplinas. En la Argentina se da algo similar. En la carrera de Economía de la Universidad de Buenos Aires (la más grande del país),<sup>47</sup> la composición en las aulas es bastante pareja, pero ellas no llegan al 15 por ciento de los profesores titulares y asociados.<sup>48</sup> El techo de cristal también está instalado en este terreno, así como los estereotipos y el machismo.

#### *La economía feminista, un camino en construcción*

Vivimos inmersos en el reino de las discusiones de sobremesa o de Facebook sobre política y economía. Todos parecen tener opiniones bien fundamentadas: “Acá hay que bajar el gasto público porque si no...” y aparece una serie de consecuencias que van desde corrupción hasta consideraciones de comercio internacional. “La devaluación es mala porque...” y otra verdad arrolladora. Pero más allá de las opiniones personales, hay muchas capas detrás de una medida o variable económica: discusiones políticas, conceptos, leyes de funcionamiento del sistema capitalista, planteos morales, ideología. “La economía feminista, que recibe tal denominación desde principios de los años noventa, se está perfilando como una corriente de pensamiento económico diferenciado, si bien puede decirse que está aún en construcción. Consolidarla es imprescindible para la formulación de propuestas que permitan avanzar hacia la igualdad de género y, más aún, para replantear alternativas a un sistema económico global en crisis que hagan posible unas condiciones de vida digna para todas y todos”, dice Amaia Pérez Orozco en la introducción a un trabajo de ONU-Mujeres de 2012.

Pero así como en la historia de la economía hay diferentes corrientes de pensamiento, en la economía feminista también nos encontramos con discusiones muy ricas acerca de conceptos, estrategias, metodología, entre otras, que posicionan a sus portavoces en diferentes cuerpos teóricos y líneas de acción política.

Desde la perspectiva económica marxista, por ejemplo, el capitalismo es una forma de organización de la producción social con una fuerza progresiva nunca antes vista en la historia de la humanidad, pero que está destinada a aniquilarse dando lugar a una forma superior de organización. El gran motor de ese cambio es la lucha de clases. Esto es así porque “la acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo acumulación de miseria, de tormentos del trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto”, como dice Marx en *El capital*. El capitalismo funciona generando desigualdad a su paso, es su característica central; luchar contra la desigualdad es luchar contra el capitalismo. Marx ve, sin embargo, en esta fuerza productiva de la humanidad que se abre paso en los últimos 250 años, la posibilidad histórica de avanzar hacia una sociedad que pueda producir de acuerdo con sus necesidades (y no las necesidades del capital, que son crear más capital). Rosa Luxemburgo lo pone de un modo muy simple: las góndolas de los supermercados están llenas de alimento y miles de niños que no pueden consumirlos mueren de hambre. Entonces, ¿a qué fines se orienta la producción?, ¿cómo participamos de ella (qué le toca a cada uno y sobre la base de qué se distribuye lo producido)? Además, ¿por qué si la humanidad tiene la capacidad de pensar, organizar y planificar deja que “el mercado” sea el que organice la producción social de su existencia?, ¿es el mercado algo tan abstracto como parece?, ¿por qué el mercado favorece más a unos que a otros? El problema no es la capacidad productiva del capitalismo, sino sus relaciones sociales (de clase, de dominación).

En otras visiones de la economía, en cambio, el capitalismo es un sistema que — si bien puede dar lugar a la desigualdad— permite y promete un camino hacia la felicidad y el bienestar social en tanto y en cuanto se dejen funcionar plenamente los mecanismos del mercado. El mercado es el lugar donde los individuos se encuentran e intercambian las cosas que produjeron y que necesitan. Y sus fuerzas fundamentales son la oferta y la demanda, las que deciden qué trabajos/productos son necesarios y a qué precio. Además, cada uno recibe lo que se merece en función de lo que aporta al proceso productivo, el trabajador recibe como salario el equivalente a su esfuerzo. No hay conflicto entre trabajadores y capitalistas, sino más bien una comunión de intereses: producir más y mejor, cuanto mejor le vaya al capitalista habrá más inversión y por tanto más trabajo. La desigualdad, desde este punto de vista, es el fruto de individuos que han tomado malas de decisiones, o han trabajado menos (no se han esforzado lo suficiente), o de un Estado que interfiere en el proceso económico con políticas distorsivas (impuestos, subsidios, fijación de precios, entre otras).

En un lugar intermedio entre las dos posiciones anteriores, están aquellos que encuentran que el mercado no es tan eficiente como se cree para organizar la producción social, pero que la revolución socialista tampoco es la Tierra Prometida. Por tanto, transitando la amplia avenida del medio, proponen soluciones en las que el Estado tiene un rol preponderante a la hora de ofrecer bienes y servicios públicos, intervenir en los desequilibrios económicos (desempleo, falta de inversión, entre otros) con políticas activas (obra pública, incentivos al ahorro o al consumo, cambios en el sistema impositivo) y mantener de este modo el sistema funcionando: se proponen domar al capitalismo.

Cada una de estas formas de entender el funcionamiento del mundo presenta una construcción teórica, le asigna un lugar más o menos central al comportamiento

individual, al mercado, al Estado o a la lucha de clases. Las relaciones entre los conceptos son diferentes, los objetivos de los sujetos económicos también. En la posición marxista, obrero y capitalista tienen intereses contrapuestos; entre neoclásicos y keynesianos, simplemente tienen intereses diferentes y que pueden entrar en contradicción o tejer alianzas —por eso el Estado tiene un rol allí a la hora de mediar entre ellos—.

La economía transita por estos caminos con frecuencia y la historia del pensamiento económico se nutre de las discusiones en torno a problemas cotidianos y conceptuales. Un denominador común de estos debates, sin embargo, es la ausencia de la perspectiva de género. Como hemos visto a lo largo del libro, no se trata de un capricho intelectual o una moda, sino más bien de reconocer que la realidad ha cambiado y que la mujer hoy ocupa un rol distinto del que tuvo en los últimos siglos en el sistema productivo. Es necesario un esfuerzo intelectual que incorpore esta pieza al entretejido teórico, porque no habrá ni políticas económicas, ni estrategias de acción o participación política para las mujeres si la dimensión de su aporte al desarrollo social no es debidamente reconocida en el campo conceptual. No se trata simplemente de hacer encajar un concepto en el andamiaje teórico, sino de transformar la teoría para que sea capaz de comprender su objeto de estudio.

### *El trabajo y las trabajadoras invisibles*

Lo que marca el inicio de la Economía como ciencia —en ese larguísimo tratado que publica Adam Smith— es la aparición de su objeto de estudio: la sociedad capitalista naciente. A veces todos parecemos olvidar que el capitalismo es un sistema social con fecha de inicio, y que previo a él hubo otras formas de organizar la sociedad y su producción: sociedades sobre la base de la servidumbre o la esclavitud; mundos en los que el dinero desempeñaba un rol secundario (si es que había) y en donde la dominación de unos sobre otros se justificaba a través de la religión, el poder físico, atributos suprahumanos, entre otros. Smith, contemporáneo de Newton y fascinado por la teoría de la gravedad, encuentra en el mercado su propia ley de gravitación universal: hay algo que hace que los precios se muevan alrededor de un punto de equilibrio y converjan a él. Más aún, ¡hay precios! ¿Por qué una cosa se intercambia a un determinado valor y no más o menos? ¿Cómo es que productores que quizá ni se conocen o que trabajan de maneras distintas (en tiempo o capacidad) terminan ofreciendo una cosa al mismo precio que el otro? En definitiva, ¿cómo diablos se determinan los precios? ¿De dónde salen? Smith encuentra leyes, ordena conceptos, expone un sistema, enuncia cómo se comportan estas leyes en ese sistema y orienta la discusión económica fuera del terreno de la opinión: ahora se trata de indagar los fundamentos y mecanismos que desenvuelve el mundo ante nuestros ojos. Para Smith, los humanos tenemos una propensión natural al intercambio y es el mercado el que ordena mágicamente cuánto, cómo y qué producir, es quien resuelve todas las incógnitas de trabajadores y capitalistas en un precio de equilibrio.

Pero en el idilio mercantil de Smith hay varias cosas que no aparecen. A lo largo de sus miles de páginas enfocadas en el sistema de precios, omite preguntarse los trabajos que hace una gran parte de la población, que quedan situados fuera del mercado. Esta es una discusión conceptual, que tiene que ver con la construcción de la teoría económica no solo de Smith, sino de casi todas las teorías que continúan sus ideas o las critican (todas, básicamente). Ya en este punto inicial del viaje de la ciencia económica podemos encontrar un primer traspie teórico. Por eso es que Katrine Marçal apunta muy bien sus

cañones cuando plantea en su ensayo “¿Quién le hacía la cena a Adam Smith?”. Ni Smith ni quienes lo siguen en la historia (neoliberales, keynesianos, marxistas o austríacos y sraffianos, entre otras tantas corrientes de pensamiento económico que quizá no son tan famosas) consideran que el trabajo cotidiano de hombres y mujeres en sus hogares no tiene un precio, por tanto, tampoco tiene un lugar en el mercado —que es el reino del análisis económico moderno—. Queda en una especie de limbo teórico.

El trabajo doméstico es una de las bases del funcionamiento del mundo en el que vivimos: hay que preparar la comida, para eso hay que hacer las compras, tener las ollas y sartenes limpias; alguien se ocupa de eso.<sup>49</sup> Nadie va a su trabajo con la ropa toda sucia y sin comer (bueno, en general), por eso estas tareas tan fundamentales como ineludibles llevan muchísimas horas de esfuerzo y si bien es posible pagar por ellas, en general se hacen gratuitamente como parte de una actividad familiar. Pero como vimos antes en una colección de datos de todo el mundo, la carga de su ejecución está asimétricamente distribuido y su peso recae mayoritariamente sobre las mujeres. Así es como, en consecuencia, las mujeres tienen menos posibilidades de incorporarse en el mercado laboral y, cuando lo hacen, es en peores condiciones, con salarios menores y mayor informalidad. Además, la mayoría de las veces ello es a costa de una doble jornada laboral: en el mercado y en el hogar. Esto no aparece en el sistema teórico de Adam Smith, ni de los neoclásicos, ni en Keynes o Marx. Podríamos pensar que se debe al contexto histórico, con mujeres que —en el caso de Smith o Marx— ni siquiera tenían el derecho a votar. Sin embargo, tampoco lo ve Paul Krugman, o el último Premio Nobel de turno. Para todos ellos el foco del análisis está en las cosas que tienen precio.

A partir de esta discusión que toma un elemento fundamental de la teoría económica como lo es el concepto de trabajo, se abren muchas otras. Marilyn Waring (1999) planteaba que el sistema de medición del Producto Bruto Interno, más conocido como PBI, es directamente arbitrario y desconoce en absoluto el aporte que las mujeres hacen día a día a la economía de un país. El PBI es una medida de lo que se produce en un país durante un período de tiempo; de hecho, una de las más importantes que destinado al trabajo social y el lugar destinado al trabajo privado. A partir de este momento, el trabajo doméstico pasa a ser el vínculo esencial entre la esfera de producción capitalista y la esfera doméstica de reproducción humana (...) El trabajo doméstico asume de esta forma una posición muy particular: es esencial directamente para la reproducción de la esfera doméstica y lo es también para la reproducción de la esfera industrial”, explica Cristina Carrasco. indica cuán grande y pujante puede ser una economía; pero en esta contabilidad se omiten las tareas que se hacen en los hogares de manera gratuita y se subestima así la contribución económica de las mujeres; las pone en las filas de los llamados trabajos no productivos. La mayor parte de la economía feminista coincide en la necesidad de medir y asignarle un lugar en las cuentas nacionales a los trabajos de cuidados. Como hemos mostrado a lo largo del libro, para desempeñar esta función doméstica, las mujeres están dejando de estudiar, trabajar en el mercado, están perdiendo años de aportes para su jubilación del futuro y posibilidades de desarrollo y realización personal. Son costos muy altos. Pero además, el hecho de no incorporar su medición tampoco permite evaluar el impacto de medidas económicas y, muchas veces, se termina empeorando la situación de las mujeres, provocando mayor desigualdad: la variable invisible de un modelo es la primera que se ajusta (por omisión). Los recortes presupuestarios en salud o educación, por ejemplo, son absorbidos por las mujeres en sus

casas: ellas son las enfermeras de sus hijos o padres mayores, son quienes tendrán que dejar sus propias ocupaciones para atenderlos porque no hay disponibles jardines maternos o geriátricos.

En muchos modelos económicos se supone que las decisiones que toman los individuos pasan entre trabajo y ocio, por ejemplo, y en ninguna de estas opciones aparece algo como el trabajo doméstico. No es ocio porque nadie podría decir que barrer, planchar y cuidar enfermos son actividades de descanso y distensión, pero a su vez tampoco se compran y venden, no tienen precio, ergo no son “trabajo”. Hay muchos esquemas de microeconomía laboral que explican (o intentan explicar) cómo se distribuye en cada hogar cuánto tiempo dedica cada miembro de la familia al trabajo en el mercado y al trabajo doméstico. “Básicamente, la decisión se toma basándose en las famosas ventajas comparativas de cada individuo: de esta manera, la elección racional sería que el que gana más dinero (que, como habrán adivinado, es el varón) tenga un empleo remunerado y la que gana menos se quede en la casa. Este tipo de razonamiento toma como dada la brecha salarial y adapta los comportamientos a ella”, comenta Magalí Brosio, economista feminista. Es que, en gran parte de la teoría económica, los factores culturales o educativos están aislados y parecen no formar parte de la investigación económica. También hay quienes distinguen trabajos femeninos (psicóloga, maestra, enfermera) de trabajos masculinos (ingeniero, programador, gobernador): las fuerzas de la oferta y la demanda hacen que los masculinos se paguen mejor y los femeninos peor. Al parecer, la *mujer económica* no es tan racional (o inteligente) como el *homo economicus*, que rápidamente se hubiese cambiado de carrera persiguiendo un mejor pago.

La crítica de Silvia Federici (de la segunda ola feminista en los setenta) también está dirigida al rol de la mujer en el proceso productivo: el hecho de que el trabajo doméstico aparezca como un atributo de la feminidad lo convierte en un trabajo que se hace por amor. En un mundo en que todas las cosas tienen precio, Federici reclama salario para esa ama de casa desesperada de la que hablábamos antes. Esto no solo le permite a la mujer participar en la lucha de clases (a la que antes solo estaba invitado su marido), sino que ese salario es una forma de poner a hombres y mujeres en pie de igualdad. “El simple hecho de reclamar un salario para el trabajo doméstico significa rechazar este trabajo como expresión de nuestra naturaleza y, a partir de ahí, rechazar el rol que el capital ha diseñado para nosotras”, explica Federici. Desde su perspectiva, el reclamo de lugares de cuidado, pago igualitario, lavaderos gratis y lo que se quiera no cambia en nada si no se ataca el problema de raíz, que es el hecho de que el trabajo doméstico no sea considerado lo que es, un trabajo. Una profesión tampoco implica una liberación para la mujer, “el segundo trabajo no solo aumenta nuestra explotación sino que reproduce nuestro rol en diferentes formas (...) No solo nos convertimos en enfermeras, sirvientas, maestras, secretarias —todas funciones para las cuales estamos bien entrenadas en casa—, sino que estamos en el mismo aprieto que entorpece nuestras luchas en el hogar: el aislamiento, el hecho de que dependan de nosotras las vidas de otras personas y la imposibilidad de ver dónde comienza y termina nuestro trabajo, dónde comienzan y acaban nuestros deseos. ¿Llevarle un café al jefe y charlar con él acerca de sus problemas maritales es trabajo de secretaria o un favor personal? El que tengamos que preocuparnos acerca de nuestra imagen en el trabajo, ¿es una condición laboral o resultado de la vanidad femenina?”.

Estas críticas, entre tantas otras, todavía aparecen como elementos dispersos. Es justo aquí donde está el desafío conceptual de la economía feminista que necesita inscribirse en la teoría económica pero ya no como un capítulo aparte, un anexo, sino más bien como una pieza que hasta cierto punto reorganiza la construcción teórica. Es el momento en el que el *homo economicus* se cruza con la mujer económica, o que el obrero explotado se da cuenta de que, entre sus condiciones de explotación, hay más explotación aún —la de sus esposas e hijas—. No se trata de “mujeres haciendo economía”, sino de científicos pensando su objeto de estudio desnaturalizando y rearmando sus ideas. Hay toda una revolución conceptual en puerta.

### *Economía sin corbata*

La economía feminista tiene muchas discusiones que dar y un largo camino que recorrer, no se mueve en un terreno ni fácil ni abierto. La profesión, como gran parte de los trabajos que comentamos aquí, está masculinizada en las primeras filas académicas, en los puestos de decisión de empresas y gobiernos, en el diseño de políticas públicas e industriales, en los sindicatos, en el periodismo. Las mujeres economistas visibles son realmente muy pocas y los estereotipos están tan presentes y naturalizados que muchas veces pasan inadvertidos.

Yanis Varoufakis, el ex ministro de Finanzas de Grecia, se hizo famoso por su participación en la negociación de su gobierno con el Banco Central Europeo (BCE) en medio de una profunda crisis económica de su país. Sus ideas cercanas al marxismo, su oratoria encendida y por momentos desafiante en un contexto de reuniones de banqueros y funcionarios importantes del mundo, hizo que ocupara el centro de la atención de las noticias mientras duró la negociación de la deuda de Grecia con el BCE y el FMI. Pero además, llamaba la atención por su look informal: usaba camisas estampadas y camperas de cuero, un estilo *rockstar* bastante distinto del que suele circular en esos pasillos del poder. Uno de los libros que publicó últimamente llegó al español con el título *Economía sin corbata*. En algunas ediciones el subtítulo hace referencia a los principios básicos para entender el mundo actual, en otras remite a conversaciones con su hija. La economía sin corbata, en todo caso, funcionaba como una metáfora de una manera de hablar simple, apta para todo público, tan accesible que hasta una niña de 10 años podría comprenderla. Esta imagen fue acogida por muchos economistas argentinos, se escribieron decenas de notas con ese encabezado, hubo un programa en la Televisión Pública con ese nombre (con cuatro conductores todos varones y el logo de una camisa) e incluso el ex ministro de Economía argentino, Axel Kicillof, sacó su propia versión de “Diálogos sin corbata”, una colección de varias charlas en donde no había ninguna mujer participando del diálogo.

Al parecer, la corbata es algo que estructura el pensamiento económico y al sacársela, los economistas recuperan sus superpoderes para hablar claro, apuntar directo y críticamente a los grandes temas de la humanidad con total sencillez y desparpajo. La ausencia de corbata hace que el cerebro de estos seres funcione mejor, acuden las metáforas y las ideas revolucionarias. Otros piensan, además, que ese accesorio es parte del uniforme de los soldados del neoliberalismo para imponer ajustes dramáticos a la población: sería una especie de kryptonita para la heterodoxia teórica o el pensamiento crítico, así como para las clases oprimidas. Sacarse la corbata es, entonces, un símbolo de lucha contra el capitalismo salvaje, un acto de emancipación.

Yo, mujer y doctora en Economía, formada en el marxismo y la economía crítica, nunca pude experimentar todo lo que provoca liberarse de esa prenda de vestir, rémora del pasado. En todo caso a las economistas nos aprieta el corpiño, nos molestan los tacos, se nos corre el rímel o nos da pereza maquillarnos, puedo decir que muchas veces hice economía en bombacha. Muchas veces nos oprime también un pensamiento canónico y demodé que no puede siquiera incorporarnos en sus metáforas.

Al mismo tiempo, la idea de la corbata como representación de un tipo de pensamiento económico ligado a la ortodoxia o a determinadas políticas que se implementan desde los centros de poder en el mundo suena exageradamente autorreferencial de un universo pretendidamente masculino. Christine Lagarde —una mujer— es la directora del FMI, la sede central de los ajustadores que estos economistas relacionan con el mal (y con la corbata). Angela Merkel, archienemiga de Varoufakis en la Eurozona, que impulsa en gran medida las políticas de austeridad en los países en crisis como España y Grecia, tampoco luce esta prenda de vestir. Janet Yellen, una señora también, lidera la Reserva Federal de los Estados Unidos y con un mínimo movimiento de la tasa de interés puede desafiar las políticas monetarias de decenas de países y lo hace también sin corbata.

No es solo, entonces, una mala metáfora, es muy poco alentador que aquellos economistas que se sienten a la vanguardia intelectual, se reivindican críticos del estado actual de las cosas y comprometidos con una sociedad más igualitaria —entre los que además hay algunos que tuvieron responsabilidades económicas importantes—, tomen como bandera propia una idea que solo reproduce una mirada arcaica y machista de que la economía es cosa de hombres. Y tampoco es solamente una mala metáfora, hay realmente una gran ausencia de mujeres en esos espacios de poder.

Cuando era chica, con mi hermano mirábamos muchos dibujitos de superhéroes y superamigos. Aunque él tenía una gran cantidad de opciones, siempre elegía Batman y un primo hacía de Superman (nadie quería ser Aquaman, Flash o el Hombre Elástico). Yo, en cambio, no tenía tantas superheroínas; el disfraz que se conseguía para las nenas era el de Mujer Maravilla, que no tenía poderes que me gustaran especialmente, así que me ponía el traje de Hombre Araña y me convertía en la Mujer Araña.<sup>50</sup> Algo similar sucede con los referentes de la economía. Los chicos eligen mayoritariamente Keynes y algunos Marx; las chicas tenemos a Joan Robinson (tampoco me fascinan sus poderes), así que, como en la infancia, hay que usar un trajecito teórico “de varón” con un poco de *makeup* y pelo largo. De a poco, supongo, empezaremos a ver más claros nuestros superpoderes ¡y rediseñaremos nuestros trajes de batalla!

46 Por supuesto, hay otras economistas aunque no tan ampliamente reconocidas en sus aportes. Rose Friedman escribe con su marido Milton acerca del mercado y la libertad; Peggy Musgrave comparte cartel en el manual clásico de finanzas públicas junto con su esposo Richard. Rosa Luxemburgo se cuela entre los libros rojos de la biblioteca al lado de Karl Marx (aunque muchos no la reconocen por no tener el título de economista). De a poco, mujeres como Janet Yellen o Carmen Reinhart se van sumando a la lista en virtud de los altos cargos en la gestión económica que han desempeñado.

47 Entre 1958 y 1996 la población femenina en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA se multiplicó por siete, mientras que la masculina solo llegó a duplicarse. Hoy las mujeres son mayoría entre sus estudiantes.

48 Según un estudio de Moguiliansky y Mollo Brisco (2015), en todas las

universidades nacionales, el 38 por ciento de los cargos de profesor titular y asociado están ocupados por mujeres.

49 “Durante un largo período histórico, producción material y reproducción humana compartieron el mismo espacio físico y geográfico. No es hasta la aparición y posterior desarrollo del capitalismo que se produce una separación creciente entre ambos procesos, estableciéndose una clara frontera entre el lugar

50 Como ya lo decía Madonna, la mayoría de los padres se toma mucho más liviano el hecho de que su hija se ponga un traje de varón que al revés.

## IX. LA INCLUSIÓN DE LAS VARIABLES LGBT EN LOS MODELOS ECONÓMICOS<sup>51</sup>

Mención especial (por no decir otro libro entero) merece un grupo cuya condición económica también está marcada por el género —aunque tenga otros problemas económicos que no son los mismos que venimos tratando aquí—. La situación de las personas LGBT (lesbianas, gays, bisexuales y trans<sup>52</sup>)<sup>53</sup> es muy diferente alrededor del mundo y cambió sustancialmente en los últimos treinta años: en algunos países han conquistado importantes derechos como la identidad de género, el matrimonio igualitario (aunque solo es legal en 23 países, que incluyen la Argentina, Uruguay, Estados Unidos y Canadá, entre otros), el reconocimiento de las familias LGBT, las posibilidades de adopción, leyes contra su discriminación laboral (61 países la prohíben). A tal punto están transformándose las cosas que, según los archivos del *New York Times*, la mitad de las notas que se escribieron sobre trans en la historia del diario tuvieron lugar en los últimos dos años.

Este proceso es bastante reciente y en muchos países las relaciones entre personas de un mismo sexo hoy son penadas por ley e incluso castigadas con pena de muerte. En 1954, Alan Turing, padre de las computadoras que utilizamos todos los días, moría envenenado después de morder una manzana (la que podemos ver en el logo de Apple); tenía solo 41 años. Algunos dicen que fue asesinado, otros que fue un descuido y finalmente están quienes le atribuyen el hecho a un suicidio premeditado producto de la persecución que había sufrido al final de su vida cuando “descubrieron” que era homosexual (ilegal en esos tiempos) y lo sometieron a un proceso de castración química: inyecciones hormonales para la reducción de la libido de un hombre “indecente y perverso sexualmente”. Turing sentía que todo ese tratamiento —que él evaluó era mejor que estar en la cárcel— le quitaba lucidez mental y le impedía avanzar con sus investigaciones. El gobierno de Inglaterra se disculpó por este hecho recién en 2013. En los países en que los derechos LGBT están establecidos, el mejor acceso a la educación y los cambios en la cultura contribuyeron a mejorar la calidad de vida de estas personas así como de esas sociedades en general; sin embargo, la discriminación, en distintos niveles, está muy presente y, en muchos casos, es un obstáculo para la inserción educativa y laboral. Los intentos de suicidio en personas LGBT aún hoy son más altos que el promedio y, entre las personas trans, la esperanza de vida en la Argentina está en torno de los 35 años (travesticidios y sida están entre las causas).

La evidencia disponible muestra que quienes se identifican como LGBT son especialmente susceptibles de enfrentar diferentes desventajas económicas. Según un estudio de la American Psychological Association, en los Estados Unidos los hombres gays ganan 32 por ciento menos en promedio que los hombres heterosexuales con las mismas calificaciones y las personas trans tienen 4 veces más probabilidades de vivir en la pobreza. A su vez, sufren de discriminación en ámbitos educativos, de salud y laborales. En los Estados Unidos, la legislación cambia según el estado, no hay una ley federal de protección de derechos laborales de LGBT; esto significa que en muchos de ellos, una persona puede ser despedida de su trabajo solo por su orientación sexual o por ser trans. En los últimos años, sin embargo, la mayoría de las empresas de la lista Fortune 500 (las 500 más grandes de los Estados Unidos) han extendido normas que protegen a

los trabajadores en contra de la discriminación sobre la base de su orientación sexual (91 por ciento) y la identidad de género (61 por ciento, vale decir que en 2002 solo el 3 por ciento de estas empresas consideraba este factor). Un trabajo de Cooper y Raspanti (2015) sobre los Estados Unidos, muestra que más de la mitad de los trabajadores LGBT oculta su orientación sexual en el ambiente de trabajo, y más de un tercio miente acerca de su vida privada, en gran medida porque sería un elemento que podría detener su promoción laboral o bien les generaría problemas en la relación cotidiana con jefes y pares. Las personas trans son quienes más limitaciones tienen para conseguir trabajo y su tasa de desempleo es más del doble que el resto; a su vez, el 90 por ciento fue víctima de acoso o maltrato en el ámbito laboral.

En la Argentina, y fundamentalmente gracias a la Ley de Identidad de Género sancionada en 2012, una gran parte de la población empezó a ser incluida en la agenda política aunque en términos económicos hay una gran deuda (estadísticas para estudiar bien la cuestión forman parte de ella). Su inclusión política empieza tímidamente a mostrar algún impacto sobre la vida cotidiana de estas personas aunque dentro de LGBT hay sustanciales diferencias en cuanto a educación, inserción laboral y discriminación.

Las personas trans (travestis, transexuales y transgéneros) conforman un grupo que ha sido excluido a lo largo de los años de los ámbitos del sistema educativo, salud y trabajo formal a partir de muchas formas de violencia: física, simbólica, psicológica, sexual, económica. En 2012, el INDEC y el INADI hicieron una encuesta piloto sobre Población Trans en La Matanza. La encuesta define identidad de género de la siguiente manera: “Se entiende por identidad de género a la experiencia personal, interna e individual profundamente sentida de cada persona que la vincula con el mundo social, o es subjetivada por él y que se manifiesta en las relaciones de cada persona con el mundo. La identidad de género podría corresponder o no con el sexo biológico, incluyendo la modificación del cuerpo propio (a través de medios médicos, quirúrgicos o de otra índole). La noción de identidad de género ofrece la oportunidad de entender que el sexo asignado al nacer puede o no concordar con la identidad de género vivenciada en el desarrollo de la persona al crecer”. De los 216 casos relevados, los trans masculinos eran el 15 por ciento y las trans femeninas el 85 por ciento. El 67 por ciento de las personas encuestadas se autodefinió como travesti y el 80 por ciento de las encuestadas expresó socialmente su identidad de género antes de los 17 años.

El acceso al trabajo se dificulta porque estas personas vienen de una historia previa —que claramente no se revierte en cuatro años de ley— de gran segregación y marginación que, en la mayoría de los casos, les ha imposibilitado estudiar, formarse y construir un oficio o profesión. El 20 por ciento de las personas encuestadas terminó el secundario y solo el 2 por ciento terminó algún nivel terciario o universitario. Asimismo, el 80 por ciento declaró no tener ninguna cobertura de salud. La principal ocupación de las personas encuestadas es la prostitución, a la que se dedica el 85 por ciento de las trans femeninas. Los trans masculinos enfrentan otras dinámicas de inserción laboral, en muchos casos también bastante precarias. La mayoría de quienes participaron en la encuesta expresó buscar otro tipo de trabajo pero señaló que ser trans les dificulta la búsqueda. Otro estudio similar, llevado adelante por la Fundación Huésped<sup>54</sup> consignó que solamente el 1 por ciento de las personas trans que participan de su encuesta tiene un empleo en blanco y más del 65 por ciento se prostituyó en algún momento de su vida. En la comparación antes y después de la Ley de Identidad de Género se puede ver una

evolución favorable en términos de posibilidades de estudiar y el acceso a la salud.

### *Los desafíos de la inclusión*

A mitad de los noventa, Donald McCloskey, un economista bastante asociado a las ideas de libre mercado —aunque yo lo conocí por sus trabajos en epistemología de la economía—, le anunció al rector de la Universidad de Iowa en donde trabajaba que iba a convertirse en Deirdre: “¡Qué alivio, pensé que me ibas a decir que te convertiste al socialismo, lo que habría sido mucho peor!”, fue la respuesta (dentro de todo, simpática) que recibió. Años más tarde, Deirdre McCloskey publicó *Crossing*, un libro en el que describe todo el proceso de su transformación. Además de narrar su relación con su identidad y los cuestionamientos que sufrió por parte de su familia, colegas y la sociedad también habla —y seguramente producto de su formación como economista— de los miles de dólares que le costó ser ella misma: desde las diversas operaciones a las que se sometió para cambiar su aspecto físico a las sesiones con especialistas de salud mental que la ayudaron a hacer la transición. Este no es un tema menor. Más allá de las diferencias entre los sistemas de salud de los Estados Unidos y de la Argentina,<sup>55</sup> el nulo o limitado acceso a la salud también impacta en el desarrollo de estas personas, no solo por la posibilidad de conseguir medicamentos y tratamientos, educación sexual, sino también debido al deterioro físico o enfermedades derivadas de mala praxis (implantes, cirugías, hormonas) y problemas psicológicos.

La inclusión política y económica necesita ir acompañada de transformaciones que desafían a todas las estructuras porque van desde la educación sexual integral que se dicta en las escuelas a garantizar el acceso a la salud o la incorporación de baños neutrales en los lugares de trabajo. En 2016 se empezó a reglamentar la ley de Cupo Laboral Trans en la provincia de Buenos Aires. La ley dice que el 1 por ciento de los puestos en la administración pública deberán ser ocupados por personas travestis, transexuales y transgénero; para lograrlo, se prevé que haya capacitación y acompañamiento por parte del Estado. Sin embargo, hay varios problemas que aparecen frente a esta política. En principio, la mayor parte de la población trans no cumple con los requisitos básicos de acceso a la administración pública que incluyen: ser mayor de 18 años, tener el secundario completo y no tener antecedentes penales. Es decir, gran parte de la población trans necesita, además de un empleo, saldar la deuda educativa. Por otro lado, quienes sí cumplen estos requisitos no necesariamente tienen garantizado el acceso a un trabajo en blanco y estable, debido a la gran precarización del empleo público en los últimos años.

Incluir no es solo darle un trabajo a alguien sino también darle la posibilidad de una participación más amplia como sujeto de la vida política y económica. Según Blas Radi, investigador en el Observatorio de Género en la Justicia de la Ciudad de Buenos Aires, hay leyes, propuestas e investigaciones de las que las personas trans son objeto pero no son parte de la decisión de objetivos o el análisis de los datos. “Las personas trans ocupan un lugar de marginalidad epistémica incluso en sus propios movimientos. No son productoras de conocimiento. En muchos casos se las invoca más para dar un efecto al discurso que para darles la conducción de sus propias luchas. Quienes conducen, quienes toman las decisiones, en general son personas cis (es decir, que no son trans)”, explica Radi. Este es un punto importante: si de lo que se trata es de una inclusión real, la podemos comparar con la ley de cupo del 30 por ciento para las mujeres en diputados y

senadores: no se trató solamente de cubrir cargos con ellas sino de transformar un espacio de participación en el que se puedan canalizar demandas y dar representación a un sector de la sociedad que antes no lo tenía. Lo mismo debería suceder con el cupo para trans.

Nuestra sociedad está cambiando y la economía —otra vez— no está yendo a la suficiente velocidad para tomar nota de las novedades y nuevos desafíos que aparecen en sus relaciones preestablecidas. El concepto de género promete seguir sumando más complejidad todavía a las discusiones económicas.

51 Vale aclarar que este es el único capítulo que escribo a tientas y bastante impulsivamente, llevada más por el interés en dejar plasmadas algunas ideas que fruto de un estudio y lectura rigurosa (por el momento no le he podido dedicar el tiempo que se merece). Me arriesgo a incluirlo aún en un estado muy inicial porque es una discusión completamente abandonada en la economía —al menos en el ámbito en el que me muevo— y que necesita ser atendida.

52 Por “trans” nos referimos a todas las personas que se identifican con un género distinto del asignado al nacer (es un colectivo grande y no es homogéneo como veremos más adelante).

53 Los problemas que enfrentan las personas LGBT, en principio, no estarían tanto originados en el género como en la sexualidad, aunque de manera mediada el género está involucrado porque la heterosexualidad es una de las expectativas del género.

54 Participaron 498 personas trans (452 mujeres trans y 46 hombres trans) de siete regiones del país.

55 Como mencionábamos antes, el 80 por ciento de las personas encuestadas dijeron no tener cobertura médica alguna.

## X. CÓMO HACER LA REVOLUCIÓN SIN PERDER EL GLAMOUR

### EL ROL DE LOS ESTEREOTIPOS EN LA VIDA COTIDIANA

*Muchas mujeres hoy tienen más dinero, poder, alcance y derechos que los que nunca antes tuvimos pero en términos de cómo nos sentimos sobre nosotras mismas físicamente, estamos peor que nuestras abuelas no-liberadas.*

NAOMI WOLF, *El mito de la belleza*

*Porque el ideal de la mujer blanca, seductora pero no puta, bien casada pero no a la sombra, que trabaja pero sin demasiado éxito para no aplastar a su hombre, delgada pero no obsesionada con la alimentación, que parece indefinidamente joven pero sin dejarse desfigurar por la cirugía estética, madre realizada pero no desbordada por los pañales y por las tareas del colegio, buena ama de casa pero no sirvienta, cultivada pero menos que un hombre, esta mujer blanca feliz que nos ponen delante de los ojos, esa a la que deberíamos hacer el esfuerzo de parecernos, aparte del hecho de que parece romperse la crisma por poca cosa, nunca me la he encontrado en ninguna parte.*

*Es posible incluso que no exista.*

VIRGINIE DESPENTES, *Teoría King Kong*

Una silueta negra entra en una oficina que se desvanece apenas instantes después, dejando caer al vacío a este hombre. Edificios con carteles de publicidad gigantes lo rodean indiferentes durante los segundos que dura la espiral de la caída. De espaldas, Don Draper descansa con un cigarrillo en la mano (y seguramente un whisky en la otra). Así empieza cada capítulo de *Mad Men*, serie estadounidense que reproduce la vida de una agencia de publicidad en la Nueva York de los años sesenta en donde se exhiben muchas características de la época: los valores de la familia tipo, el *american dream*, las luchas cotidianas de las mujeres en el mundo laboral. En la serie son los hombres quienes están a cargo de las cuentas, clientes, decisiones comerciales; ellos son millonarios, dueños, jefes socios mayoritarios y creativos; las mujeres parecen cumplir un rol secundario. Entre sus protagonistas femeninas podemos encontrar representadas a las mujeres de la época: el ama de casa y madre, Betty Draper, que recién cuando sus hijos son grandes se da el gusto de anotarse en la universidad e iniciar una carrera; Peggy Olson, la joven profesional que logra cumplir su sueño de convertirse en creativa publicitaria aunque creciendo a la sombra de un hombre (Don Draper) y tiene que mostrar cada vez que es mucho mejor que cualquier varón que se pare al lado; y Joan Holloway, la secretaria ejecutiva que es capaz de mantener el equilibrio de toda la agencia (aunque muchas veces no se la valore) a bordo de un cuerpo exuberante y sexy que usa como un arma para conseguir sus objetivos. Es que *Mad Men* es contemporánea a la segunda ola feminista. En los sesenta se aprueban las píldoras anticonceptivas, se legisla en contra de la

discriminación laboral —se firma el pago igualitario— y Betty Friedan publica *La mística de la feminidad*, la novela que está encarnada en el personaje de Betty Draper, el ama de casa desesperada (blanca, de clase media alta) y vacía que siente que se le escapa la vida entre las rutinas del hogar y un marido cada vez más ausente. Peggy y Joan, por su parte, reflejan a la mujer en un mundo laboral de hombres y para hombres, y sus esfuerzos para crecer.

Así como en la serie, el mundo publicitario actual parece estar más que ambientado, anclado en los sesenta. Según un estudio de Unilever, solo el 3 por ciento de las mujeres que aparecen en un comercial lo hace en algún trabajo que no sea el doméstico.<sup>56</sup> El 97 por ciento restante está lavando ropa (con quitamanchas cada vez más inteligentes), limpia baños con poderosos desinfectantes, cambia pañales, alza o pasea niños. Además, todo lo hacen perfectamente maquilladas, comen alguna cosa baja en calorías o preparan una cena deliciosa para su amado con productos orgánicos. Todas usan toallitas higiénicas de sangre azul. Ellas bailan sonrientes, semidesnudas y sin razón en cualquier contexto. Un informe de Boston Consulting Group (BCG) realizado con más de 12.000 mujeres en 40 lugares distintos y con diferentes niveles de ingreso y ocupaciones, muestra que el 91 por ciento de ellas no se sienten identificadas con estas imágenes que ven en los comerciales. Al tiempo que los productos se complejizan, la mujer permanece inmóvil en sus tareas domésticas cincuenta años después.

No solo podemos ver en el contenido de la publicidad el público familia tipo al que le habla *Mad Men* en los sesenta, sino que también hay cierto paralelismo entre quiénes son los que deciden cuál es la imagen que hay que proyectar, qué es lo que vende. Solo en los Estados Unidos, en los últimos años se gastaron más de 200 mil millones de dólares anuales en publicidades (eso es muchísimo dinero si pensamos que la gran mayoría de los países del mundo tiene un PBI menor de esa cifra); como en casi todos los ámbitos desde donde se ejerce el poder, las mujeres tienen una gran participación como trabajadoras en cargos bajos pero a medida que escalan en la pirámide jerárquica van desapareciendo: ellas solo ocupan el 30 por ciento de los cargos más altos en el mundo de la publicidad y si la mesa se achica también disminuye su participación. Entre los mejores creativos publicitarios del mundo, las Peggy Olson son el 3 por ciento.

La contracara de esto es que las mujeres son quienes llevan adelante más del 70 por ciento de las compras que se realizan en todo el planeta, representan un mercado más grande que China y la India juntas. “Las mujeres toman las decisiones de las compras del 94 por ciento de los muebles del hogar, el 92 por ciento de las vacaciones, el 91 por ciento de las compras de hogares, el 60 por ciento de los autos, el 51 por ciento de los productos electrónicos”, resumen Silverstein y Sayre (2009) sobre el informe de BCG. Esto también es un contrapeso de poder. En 2009, por ejemplo, la empresa Dell sacó a la venta una línea de computadoras rosa “para mujeres”, con aplicaciones especiales para contar calorías y buscar recetas. Se armó tal revuelo que la empresa tuvo que disculparse y cambiar toda su estrategia de marketing.

Según el todavía limitado manual publicitario, el limpiador de cocina que nos ofrece un superhéroe musculoso debe teletransportar con su fragancia a las doncellas del hogar hacia un campo de lavandas y unicornios, el desodorante de los muchachos sirve para atraer mujeres hermosas que se rinden a los pies de quien lleva puesto el hechizo, los pantalones te hacen curvas “perfectas”. La publicidad busca transformar el objeto en algo más que consumo efímero, ofrece una historia, un símbolo, una forma de ver y vivir el

mundo. Se construye un imaginario de lo que es la belleza, los roles de cada uno, los productos nos dan la posibilidad de transitar por este mundo ideal.

*Tanda publicitaria:*

*“Soy la madre del famoso asesino de Cuatro Caminos. Cuando mi hijo vuelve a casa después de cometer uno de sus famosísimos crímenes me trae la ropa que es una pena”, dice Pepa —la protagonista de Mujeres al borde de un ataque de nervios—, mientras muestra una camisa llena de sangre. En la escena siguiente entran unos policías buscando esa misma ropa. Pepa entonces abre la radiante camisa blanca:*

*“Pues aquí está, mire qué hermosura”. No hay rastros de sangre ni de vísceras, observan los policías. Tomando una caja de jabón en polvo Pepa mira a la cámara y lo presenta:*

*“Ecce Homo. Parece mentira”.*

### *El precio de ser mujer*

“El cuerpo se ha vuelto la salvación, dejando de ser el instrumento de trabajo casi mágico del campesino para volverse propiedad privada de la sociedad capitalista. Ha dejado de ser negado u omitido para volverse un fetiche al que se le invierte económica y psicológicamente. El cuerpo ya no está en contradicción con el alma, pues se ha vuelto lo que ella era, el soporte privilegiado de la objetivación económica, psicológica y política. Como el cuerpo ya no da servicio, uno está para servir al cuerpo”, dice el doctor en Biología y escritor mexicano Pablo Meyer Rojas con referencia a *La sociedad de consumo* de Jean Baudrillard. Para la mujer, el cuerpo y su belleza tienen un precio extra. No solo su cuerpo es el útero que reproduce a la fuerza de trabajo, sino que es el medio por el cual la mujer cumple sus expectativas o las frustra. La belleza, además, tiene roles y atributos sociales. ¿La belleza es tímida y moderada?, ¿tiene voz dulce?, ¿la belleza acaricia y cuida?, ¿la belleza tiene piernas largas?, ¿de qué color es la belleza?

Ellen DeGeneres, a quién muchos habrán conocido por la *selfie* grupal de los premios Oscar que recorrió el mundo, hizo una genial sátira de la *Bic for her* (la clásica birome Bic pero “para ella”) en su programa de televisión. La Bic para mujeres apareció en el mercado (en la vida real) como un producto diseñado para las delicadas manos de las chicas (como la computadora de Dell). DeGeneres comenta irónicamente que por suerte las mujeres están tan avanzadas en sus derechos que pueden usar pantalones, manejar tarde a la noche y ahora también usar estas biromes especiales —en rosa y violeta— que “solo cuestan el doble que las otras”. “Miré bien pero no encontré las instrucciones”, se lamenta. Es que la publicidad no solo reproduce roles de género ya anticuados para los jóvenes de esta generación y en muchos casos cae en estereotipos ridículos que provocan rechazo, sino que además penaliza a las mujeres con precios más altos para conseguir alcanzar el ideal femenino (que los propios medios alimentan).

En 2015 se publicó un estudio de la ciudad de Nueva York sobre más de 4000 productos en distintos comercios y de distintas marcas, del que se desprende que las mujeres pagan un 7 por ciento más que los varones en promedio en diferentes productos entre los que hay ropa, medicamentos, elementos de higiene personal, entre otros. A este sobrepago se lo llama comúnmente impuesto rosa (*pink tax*, en inglés). Las niñas pagan

7 por ciento más en juguetes y accesorios y 4 por ciento más por sus ropas. Talcos, champús, acondicionadores de pelo y cremas cuestan 13 por ciento más si vienen con fragancias de flores delicadas y colores pastel. Por lo general, se trata de productos idénticos en los que solamente cambia el color (rosa, violeta o rojo para las mujeres, azul, verde o colores oscuros para los varones). Las afeitadoras son uno de los casos, pero también hay medicamentos de igual composición pero distinto nombre, o golosinas, cuyo paquete con dibujos de princesas o autos alerta a quién corresponde. En otros casos, como el de la birrome, hay alguna modificación mínima del diseño que parece justificar un precio más alto aunque sea muy dudoso de probar. En general se trata más bien de una segmentación de mercado, publicidad engañosa o simplemente discriminación.

Las primeras en presentar este problema hacia el mundo fueron unas activistas feministas francesas del grupo Georgette Sand. Armaron una página web en donde compartían fotos de los productos con los sobrepuestos rosas y presentaron un petitorio al gobierno con más de 40 mil firmas para que los regulara; su campaña logró que el Ministerio de Finanzas tomara cartas en el asunto y también inspiró el seguimiento sobre estos productos y precios en otros países. En su página, el grupo Georgette Sand recomendaba que, ante la ausencia de regulaciones, se comprara el producto “para varón” pero también mencionaban que hay un problema extra dado que en muchos casos no hay opción “masculina” para reemplazar (como toallitas higiénicas o tampones). Es decir, suelen ser más caros los productos cuyo comprador target es una mujer. La campaña fue exitosa porque desenmascaró una situación que a veces es difícil de advertir por consumidores que no tienen infinito tiempo para dedicarle a las compras de sus jabones, y también para trabajar sobre regulaciones en torno a este tipo de abusos por parte de las grandes marcas y cadenas comerciales.

Ahora bien, es innegable que muchas mujeres están dispuestas a pagar por estos productos diferenciados (y sus precios excesivos). La consultora Mint Life presentó un informe según el cual las mujeres estadounidenses gastan un promedio de 15 mil dólares en maquillaje y salones de belleza (en sus vidas). A su vez, ellas son el 85 por ciento de los consumidores totales de los productos de belleza. El 80 por ciento de las mujeres en los Estados Unidos usa maquillaje y destina un promedio de dos semanas de tiempo al año entre bases, delineadores, labiales y sombras.

Pero el maquillaje no es algo que las mujeres hacen solo por placer, impacta directamente en cómo son percibidas por los demás y en sus posibilidades de conseguir empleo e incluso de conseguir mejores puestos de trabajo. “Cada mañana, mientras mi novio desaparece detrás de la puerta y yo dedico unos 30 minutos a estar lista, me pregunto cómo afecta el ‘impuesto al pelo y el maquillaje’ a otras mujeres, especialmente a aquellas que admiro y que están en trabajos de alta exposición y con mucha presión”, escribe Libby Brittain en Facebook antes de empezar una sesión de preguntas y respuestas con Hillary Clinton para el canal de noticias de esta plataforma. ¿Cómo se hace para administrar este tiempo de preparación cuando se es secretaria de Estado y hay que tener la cabeza metida en el día por venir?, le pregunta a Clinton. “Amén, hermana”, es la respuesta, “es un desafío cotidiano. Yo hago lo mejor que puedo, como podrás notar, algunos días son mejores que otros”.

“Años de investigación muestran que la gente atractiva gana más”, dice Olga Khazan, “esto es el *makeup tax*: un hombre que se ve bien y una mujer que se ve bien, ambos encabezan la lista entre los candidatos a un empleo, pero no se espera que los

hombres usen maquillaje para lucir bien”. Algunos dicen que las mujeres que se maquillan sienten una especie de efecto placebo que las ayuda a estar más confiadas en sí mismas. Otros argumentan que es simplemente una cuestión de presencia y proyección: una mujer con ojeras, la piel marcada y sin color en los cachetes puede hacernos pensar que está enferma o deprimida, que no tiene autoestima o que no tiene espejos en la casa. Pero además hay que hacer equilibrio: una mujer maquillada sutilmente da una imagen de competencia, sobriedad y es aceptada, pero una mujer que usa “demasiado” maquillaje luce menos confiable e incluso puede generar un efecto contrario al buscado.

Hay quienes llevan mucho más lejos estas ideas y sostienen que cuando hay crisis económica, los consumidores buscan artículos de lujo baratos; de este modo, el gasto de las mujeres en productos de belleza —especialmente, el lápiz labial— sirve como indicador de recesiones económicas.

### *Del supermercado a la superheroína*

No solo la publicidad nos vende estereotipos de belleza y roles de género, también los encontramos en las noticias, revistas, el cine, la música, el arte, la televisión. En 1985, apareció en un cómic el test de Bechdel. En la tira, uno de los personajes declara que solo ve películas que cumplen con reglas muy simples: en la película hay al menos dos personajes femeninos, estos personajes hablan entre sí, y su conversación trata sobre algo que no es un hombre (pareja, hermano, padre, amigo). Esto que parece tan simple, sin embargo, no lo cumplen la mayoría de nuestras películas favoritas (de *Volver al futuro* a *X-Men* o *El quinto elemento*). Así como este test, aparecen cada tanto algunos tímidos trazos que delinean un cambio o cuestionamiento a los roles y estereotipos, que van desde el mayor protagonismo de las heroínas en los papeles de ficción hasta campañas por la incorporación de mujeres tras las cámaras.

En las últimas superproducciones como *Star Wars* o *Mad Max* hay una heroína como personaje central. En 2016 se estrenó una remake de *Los cazafantasmas* protagonizada por mujeres. Incluso en *The Martian*, la película que cuenta la historia de una misión que deja un “náufrago” en Marte, está cuidado el balance entre varones y mujeres científicos y aparecen personajes latinos, indios, chinos; lo que deja entrever la inquietud de incorporar y reflejar la diversidad en la ciencia. Hay festivales que premian y estimulan específicamente el trabajo de directoras, productoras y guionistas mujeres para convocar una mayor participación de las jóvenes en esta industria. La mayor preocupación por moverse de los viejos mandatos y roles sociales se traduce en intentos por salirse del esquema clásico de la mujer encerrada en la vida familiar y el hombre desplegando todo el juego de conflictos laborales o interestelares. La industria del cine empieza a explotar que la cuestión de género se instaló en la agenda mediática.

*Last Fuckable Day* (el último día “cogible”) es un sketch de Amy Schumer en el cual unas amigas —Tina Fey, Patricia Arquette y Julia Louis-Dreyfus—<sup>57</sup> se encuentran para brindar por el último día de Julia antes de pasar al olvido para la televisión y el cine. “En la vida de toda actriz hay un momento en que los medios deciden que finalmente llegaste al punto en que ya no serás *cogible* nunca más”, explica una de ellas, “nadie te lo dice, pero te das cuenta”, agrega. Las señales claras de que llegó el final son que de una película a otra la misma actriz pasa de ser la amante a la madre del mismo actor, o que las hacen usar sacos gigantes. Otra clave de que llegó la fecha de vencimiento es cuando en el póster de la película aparece esta cuarentona poco sexy sonriendo en una cocina. Es

que un reporte sobre diversidad e inclusión de la Escuela de Comunicación y Periodismo USC Annenberg (2016)<sup>58</sup> muestra que el 65 por ciento de los protagonistas de las series, programas de televisión y películas de 2014 son varones y cuando el programa en cuestión tiene personajes de 40 o más años, ellos son el 75 por ciento. Como dicen las chicas en su brindis, después de los 40 las mujeres tienen muchas menos chances de tener un rol protagónico. En general, las chicas protagonistas tienen mayor probabilidad que los hombres de aparecer con poca ropa, en actitud sexy o desnudas, quizás eso responda a por qué las actrices consiguen su sueldo más alto a los 34 años (a partir de ahí solo conseguirán menos dinero y peores papeles). En los hombres, en cambio, la fecha de vencimiento está en torno de los 50 años.

Como es de esperarse, detrás de la pantalla ellas también tienen roles secundarios. Entre 6412 escritores y guionistas, solo el 28 por ciento son mujeres y en general ellas trabajan más escribiendo programas de televisión y series que cine. Las directoras son solo el 15 por ciento entre 4284 directores que considera el reporte. En la historia de los premios Oscar solo se nominaron 4 mujeres y hay una sola directora que ganó este reconocimiento en toda la historia del mayor premio para la industria del cine (Kathryn Bigelow en 2009). El 80 por ciento de los ejecutivos top son señores.

Un caso que vale la pena señalar y que ha sido objeto de numerosos estudios en los últimos años es el del mundo de las princesas Disney. Según el índice de inclusión para las distribuidoras de filmes que propone el reporte de USC Annenberg, The Walt Disney Company es de las menos inclusivas entre las grandes (Sony, 21st Century Fox o NBC Universal, entre otras). Allí no hay personajes que representen a la comunidad LGBT, no hay directoras mujeres y las escritoras son solo el 10 por ciento. Un trabajo de Jolene Ewert sobre las principales historias clásicas muestra que los roles y estereotipos de estas princesas son bastante específicos: todas tienen el pelo largo (menos Blancanieves), usan hermosos vestidos (a excepción de Mulán o Cenicienta antes de convertirse) y joyas. Pero más interesante aún son sus labores: el 29 por ciento del tiempo están interactuando con animales, el 24 por ciento cantan y el 13 por ciento bailan. También cocinan, limpian, cosen, sirven, se peinan. Raramente vemos una princesa cumpliendo algún rol laboral o luchando. Los mensajes de las historias no son menos preocupantes: la belleza puede generar tanta envidia que tu madrastra malvada querrá matarte o bien, si eres lo suficientemente linda, vas a poder ascender socialmente casándote con un hombre rico. Las princesas más viejas (Cenicienta, la Bella Durmiente o Blancanieves) son las más sumisas, pero incluso las más jóvenes y más aventureras como Mulán o Ariel (la Sirenita) necesitan que alguien las rescate (un príncipe). Como en todos los casos anteriores, el problema no es que a las niñas se les enseñe a cantar o a coser, sino que sean las únicas cosas que parecieran ser opciones para ellas.

### *A librarse del corsé*

“Únense a las delicias del taco las del corsé, que deforma la caja torácica hundiendo las últimas costillas y presionando, de tan mala manera, los pulmones. El mismo corsé comprime el estómago, dificulta los movimientos intestinales y afecta el funcionamiento general de casi todos los órganos internos. ¿Qué pensamos mientras tanto de estos tiranos que deforman día a día la belleza femenina y empobrecen su vitalidad? No pensamos nada. Estamos muy preocupadas con el feminismo que, por lo visto, intenta destruir una feminidad ya destruida”, dice Alfonsina Storni hablando de zapatos,

feminismo y ropa de mujer. El corsé mental es acaso más poderoso y dañino que aquella prenda de vestir de la que las mujeres se pudieron liberar hace tanto tiempo.

Consumimos información, ideas, reglas, conductas. Un mundo paralelo de seres que nos representan a nosotros mismos reflejados como en un espejo que nos distorsiona. Aspiramos a esa imagen, la usamos para juzgarnos y juzgar a los demás.

Pasé una gran parte de la adolescencia con un buzito atado a la cintura para taparme la cola. Durante otro largo tiempo evité el rosa o el rojo, no usé maquillaje. Para mí eran actos de rebeldía hacia lo que se esperaba de una chica: yo quería que se me juzgara por mi inteligencia y no por mis piernas. Tardé un rato largo en darme cuenta de que con eso no alcanzaba y que era mejor ponerme y hacer lo que me diera la gana. Un día una amiga me criticó que “siendo feminista” usara el rosa en mi página de economía (o en mi billetera y auriculares)... A mí el rosa, los collares de perlas, el rouge y los vestidos me reconciliaron con mi feminidad después de mucho tiempo peleada con ella y tengo muy claro que ser mujer no pasa por el color de una pintura de uñas. Ángela Lerena, periodista deportiva y apasionada del fútbol, suele contar que de chica se tenía que vestir de varoncito para ir tranquila a la cancha a alentar a su equipo. Estoy segura de que para ella poder estar parada en el campo de juego con la ropa que quiere, o maquillándose como pone en su foto de perfil de Twitter, es también una gran liberación. A veces cuando creemos combatir estereotipos es cuando más los afianzamos.

Lo femenino es un concepto ligado a ciertos roles; por lo tanto, es una idea que tenemos que discutir. La sociedad impone parámetros de lo que es ser mujer (y ser varón) desde la infancia. La cantidad de maquillaje, el largo de la falda, el alto de los tacos. Si te gusta cocinar, bordar, jugar al fútbol, programar, bailar, si soñás ser presidenta o mamá de 5 hijos... ¡O todo eso junto! ¿Cómo hacemos para librarnos de mandatos y exigencias? No todas las mujeres son heterosexuales o quieren tener hijos. Tampoco a todas les interesa el éxito en lo profesional o la discusión pública. El ama de casa modelo de una época hoy parece ser la imagen de la mujer que perdió su proyecto personal... No se trata de eso, en todo caso se trata de tener y construir las opciones necesarias para que podamos elegir la vida que queremos. Las imágenes ideales, los estereotipos, la moda, esos lugares en los que nos proyectamos nos pueden esclavizar tanto como pueden ser espacios de transformación y libertad. Lo femenino no es algo estático.

La construcción y destrucción de los estereotipos es el campo de una de las batallas más importantes que tenemos que pelear si queremos que los hombres y las mujeres del futuro sean capaces de relacionarse de modo igualitario y darle rienda suelta a su potencial.

56 Por el contrario, son excepcionales aquellos anuncios en los que aparece algún varón haciendo tareas del hogar obsesionado porque todo brille.

57 Todas ellas famosas y destacadas actrices, guionistas, comediantes y productoras de la televisión estadounidense.

58 El reporte considera 414 historias, 109 películas y 305 programas de cable, televisión y series digitales que se emitieron en 2014.

## XI. ¡HASTA LA VICTORIA'S SECRET!

*El principal problema de todos nosotros, hombres y mujeres, no es aprender sino desaprender.*

GLORIA STEINEM

Comencé este libro explicando la desigualdad y afirmando que gran parte de ella es desigualdad de género. Además, que está tan camuflada en el engranaje mismo del sistema económico que es difícil de verla y, aun cuando la vemos, no es algo tan sencillo de resolver. La brecha salarial se monta sobre los roles que les tocan a las mujeres en la producción económica y estos a su vez se refuerzan en la educación, leyes, estereotipos. Las mujeres tienen que romper techos y paredes de cristal para crecer y desarrollarse, aun así sufren de discriminación laboral, ganan menos, trabajan el doble y están subrepresentadas en la política, el arte, la ciencia, las empresas. La ciencia en general y la teoría económica en particular, que deberían nutrirnos de herramientas para enfrentar estas situaciones, en el mejor de los casos omiten muchos de estos problemas (cuando no están alimentándolos).

Afortunadamente, esto es solo una cara de la historia. La otra, quizá la más interesante, es que en todos los ámbitos las mujeres y los varones están comprendiendo que su lugar se transforma. Como vimos a lo largo de estas páginas, en los últimos años las mujeres han estado dando grandes pasos en su educación, derechos laborales y participación política. Todo esto viene acompañado de la necesidad de reorganizar estructuras familiares, laborales, institucionales y del Estado. Estamos en una nueva generación y necesitamos adaptar el mundo a nuestras necesidades (no al revés).

La desigualdad entre varones y mujeres tiene tantas capas y niveles que hay muchas cosas que podemos hacer y todos podemos hacer algo: desde una redistribución más equitativa de las tareas del hogar en el seno de la familia hasta desarrollar políticas orientadas a la igualdad de género (licencias familiares compartidas, sistemas de cuidados) o apropiarse de la tecnología, disputar espacios de poder, combatir estereotipos. Hay muchas preguntas nuevas que empiezan a pisarnos los talones y de a poco nos van acorralando. Los roles tradicionales de varones y mujeres están cambiando, ¿qué vamos a hacer frente a esto?, ¿hacia dónde vamos? Está en juego cómo pensamos nuestra sociedad, nuestro mundo y cómo lo convertimos en el lugar en que queremos vivir.

Cuando las mujeres avanzan, avanzamos todos. Hay que sacarse de la cabeza esa idea infantil que a veces aparece de que el feminismo o sus reivindicaciones es un escuadrón de mujeres salvajes que viene a someter a los hombres, quitarles el derecho a mirar películas de acción u obligarlos a llorar y ser más sentimentales (aunque no estaría mal que algunas de esas cosas ocurran). Los roles de género y las ideas acerca de la virilidad o lo masculino también les pesan a ellos y darían para otro centenar de páginas. Al mismo tiempo, el machismo no es algo que solo surge del pensamiento de los muchachos; hay muchísimas mujeres machistas... Hasta diría que la mayoría. Vivimos en un mundo que, como vimos a lo largo de estas páginas, nos educa y organiza socialmente de un modo en que mujeres y varones aparecemos como desiguales. El pensar diferente, el salirse de este sistema de ideas requiere un esfuerzo intelectual y cotidiano. Hay que

hacerlo.

### *Volver al futuro: poscapitalismo, posfeminismo y la posrevolución de los hipsters*

Un día, leyendo el diario, me entero de que una gran cadena de comidas mexicana había tenido que suspender momentáneamente sus ventas porque muchos de sus clientes se habían indignado con el hecho de que su “chicken taco” (taco de pollo) no provenía de pollos orgánicos. Parecía la escena de *Portlandia* en la que Carrie y Fred se sientan en un bar y preguntan si el pollo que van a comer se crió libre en una granja y fue a la universidad. A mí me llamó bastante la atención que sucediera en la realidad, todavía no entendía muy bien lo instalada que está la cultura de alimentos saludables en la capa más educada de la población de Nueva York. A la noche, entre cervezas locales hechas por algún barbudo de camisa leñadora en su propia terraza, lo comenté con una amiga:

“No entiendo lo de Chipotle: los clientes hacen huelga por un pollo que no viene con el certificado de ‘tratado con amor’, pero los tiene sin cuidado que quienes preparan los tacos sean trabajadores ilegales que ganan la mitad del salario mínimo y no tienen derechos laborales”.

“Pero ellos pueden elegir, los pollos no”, fue su respuesta.

El *american dream* (o sueño americano) es probablemente una de las ideas más persuasivas de la cultura estadounidense: si trabajas duro, vas a ascender en la escala social, vas a ser rico, exitoso y feliz. Todo está en vos. Esto te lo enseñan muchísimas películas hollywoodenses y hasta las marcas de zapatillas *Just do it, impossible is nothing*. Desde esa perspectiva, el muchacho que trabaja 12 horas en una cocina minúscula para darte el taco de pollo orgánico, cobrando 8 dólares la hora y sin una cobertura de salud en caso de que se enferme, en realidad está en el Purgatorio que tarde o temprano lo llevará al Cielo, porque todos sabemos que la clase obrera va al Paraíso.

Una de las grandes sorpresas de 2016 en los Estados Unidos fue el surgimiento de Bernie Sanders como posible candidato a presidente, este señor de más de 70 años se llevó la mayor parte de los votos de los jóvenes que participaron en las primarias del Partido Demócrata. Sanders alzó bien alta la bandera de aquellos que ya no encuentran ese *american dream*, los hijos de la última gran crisis económica con epicentro en Wall Street que acabó con lo que quedaba de las fantasías de movilidad social ascendente para muchos. Es que en la actualidad, gran parte de la población estadounidense se siente defraudada con esta idea, hay algo que parece no encajar con esa vía unívoca hacia la felicidad. O bien, ya no es tan claro que lo que haya al final del camino sea la felicidad.

Pero además de esta sensación que recorre la clase media estadounidense, hay también una frustración en aquellos que han logrado acceder al primer mundo del primer mundo. Es el caso de muchas mujeres que han tenido la oportunidad de llegar a lugares altos en sus carreras para encontrarse con que eso no solo no las llena, sino que además les quita otras cosas básicas como el espacio para estar con sus hijos y familia, amigos, disfrutar de la naturaleza. Es el caso de “la chica que dejó su trabajo de relaciones públicas para vender bufandas tejidas a mano en ferias artesanales”, dice Emily Matchar en un libro que pinta a esta generación tan bien expuesta por la serie *Portlandia*. “Ella es la treintañera, nueva mamá, que inicia una empresa de magdalenas artesanales en su cocina en lugar de volver a su despacho de abogados junto a él, que huye de la vida corporativa para vivir en una granja de Vermont.” Es que hay algo que no cierra: ¿por qué

entregarle tanta energía creativa al monstruo corporativo que cada día pide más?, ¿a cambio de qué? El viejo conflicto del ama de casa desesperada, vacía y que no encontraba satisfacción ahora toma la forma de una mujer profesional, presionada a alejarse del hogar y la familia en busca de algo que tampoco termina de madurar. El acceso a la tecnología, además, posibilita que puedan trabajar a distancia, una mayor autonomía y autosuficiencia. También, otorga la posibilidad de aislarse de muchos de los problemas cotidianos de ser un trabajador común. La nueva domesticidad, como la llama Matchar, es el volver al pasado en el futuro.

Este estilo de vida convive con su contradicción bajo la piel. Las clases medias y altas educadas del mundo (sobre todo, de las economías más desarrolladas) están preocupadas sobre los destinos de una humanidad que daña al medio ambiente, que come mucha carne, que no recicla lo suficiente, que discrimina a latinos, negros o religiosos y que trata a los animales como animales. En estas sociedades más ricas y cultas todos quieren consumir algo que venga con el sello de *fair trade*, orgánico, sostenible ecológicamente, reciclable y hecho/entregado por trabajadores felices. El feminismo entra también en el mundo de esta corrección política. Pero en términos generales y por más lindo que parezca este universo de comidas orgánicas y nutritivas fotografiadas para Instagram, hogares diseñados con materiales reciclables, el hecho a mano y la militancia cotidiana de los clicks de Facebook... esta salida es muy estrecha y deja pasar por ella a una fracción muy pequeña de la población que puede afrontar los costos de vida asociados a un consumo limpio y sostenible. O que puede darse el lujo de no trabajar. El capitalismo no produce ni se mueve de acuerdo con estos cánones (y lo demuestra día a día). Por el momento, esta alternativa autosostenible no se propone como un proyecto que trascienda un pequeño grupo de personas.

En la reinención de esta vida doméstica se pueden ver los síntomas de la mujer de la que hablamos a lo largo del libro: esa que tiene que llevar adelante su familia y su carrera. Pero quizá, ya no le importa tanto el techo de cristal en su oficina, porque hija de una generación de madres profesionales o exitosas, no quiere ser esta doble mujer a tiempo completo. Tiene la ilusión de algo mejor. La posrevolución *hipster* que “quiere volver a los noventa” (a 1890, como dice otro sketch de *Portlandia*) nace de la desigualdad, las limitaciones en los espacios de trabajo y la insatisfacción profesional. El desafío, en todo caso, es que pueda entenderse como parte de un mundo que —aunque estas personas se crean bastante autosuficientes— para proveerles de sus tacos de pollo orgánico, tienen que pagarle bastante mal a un trabajador ilegal sin mejores perspectivas en su camino.

*¿Sueñan los robots con mujeres androides?*

*Las máquinas de finales del siglo XX han hecho bien ambigua la diferencia entre lo natural y lo artificial, la mente y el cuerpo, auto-desarrollo y diseño externo...  
Nuestras máquinas son inquietantemente vivas, y nosotros mismos alarmanamente inertes...*

*El cyborg es una especie de “desmontado y vuelto a montar” colectiva, posmoderna y personal.*

DONNA HARAWAY

Hanna Rosin, escritora y editora de la revista *Slate*, escribió en 2010 un artículo para *The Atlantic* en que auguraba el “ocaso de los hombres”. En él, mencionaba muchos de los datos que ya conocemos: que las mujeres hoy están más educadas que los varones y que esa tendencia está creciendo; que en los Estados Unidos ellas ya constituyen la mitad de la fuerza de trabajo; que de a poco están ocupando lugares antes imposibles siquiera de imaginar para una mujer (líderes empresarias, en gobiernos, en ciencia y tecnología); y que, finalmente, esta tendencia no solo es irreversible sino que en el camino se fortalecen cada vez más. Rosin hace una observación muy interesante (y optimista): “Durante años, el progreso de la mujer se proyectó como una lucha por la igualdad. Pero ¿y si la igualdad no es el punto final? ¿Y si la sociedad posmoderna simplemente se adapta mejor a las mujeres?”. El argumento central es que a la economía del futuro no le interesan las características que tradicionalmente portan los trabajadores varones: tamaño y fuerza; estas pueden ser fácilmente reemplazadas por una grúa mecánica, una pala, una máquina genérica. Los atributos más difíciles de reemplazar son la comunicación, inteligencia social, empatía, y ninguno de ellos es especialmente masculino.

En línea con el planteo de Rosin, hace ya un tiempo que quienes estudian temas vinculados al empleo advierten la necesidad de pensar qué hacer ante el avance de la robotización. Hay estudios que advierten que las computadoras podrán reemplazar casi la mitad de los trabajos en los Estados Unidos en las próximas dos décadas (en China más aún). En la Argentina se especula que en unos quince años los avances tecnológicos podrían reemplazar casi el 40 por ciento del empleo privado, y esto es en un escenario en el cual se aprovecha a favor el viento de la modernización. Los robots no solo son capaces de llevar adelante tareas rutinarias o que requieren fuerza, sino que también pueden aprender: hay compañías testeándolos como conserjes de hotel, para cocinar, recibir pacientes en el hospital e incluso colaborar en operaciones de alta complejidad. Hay máquinas que son capaces de predecir enfermedades mentales a partir de la lectura de un discurso con un 99 por ciento de efectividad. El año pasado se presentó en Brooklyn un ballet de robots blancos pequeñitos y adorables que danzaban al ritmo de una orquesta también de robots.

En este mundo futurista de empleos que desaparecen y nuevas ocupaciones emergentes, al parecer las mujeres llevan ventaja. Como explica Heather Boushey, de las quince categorías laborales que se proyectan que tendrán más crecimiento en la próxima década, solo dos están dominadas por varones: portero e ingeniero en computación. Las chicas, en cambio, lideran en enfermería, asistencia médica, cuidado de niños. No son trabajos con un alto salario, pero estas trabajadoras tienen mejores perspectivas que sus pares. ¡Cuántas películas futuristas podríamos hacer con esta idea! Maestras y enfermeras conviviendo en sus rutinas laborales con R2D2 y C3PO que las asisten. ¿Qué harían los miles de hombres desempleados de sus días?, ¿tomarían los trabajos de la casa?, ¿habría trabajos de la casa?, ¿las mujeres dominarían el mundo o sería un puñado de ricos dueños de las máquinas quienes controlarían todo?

El desarrollo de las fuerzas productivas es un hecho vivo del capitalismo, es la sangre que corre por sus venas y no algo excepcional. La robotización no es otra cosa que la expresión del desarrollo del conocimiento humano puesto al servicio de la producción capitalista. El gran problema aquí es el de siempre: ¿quién se apropia de los beneficios de

la aplicación de la ciencia, de la tecnología, de la expansión de nuestro saber? Lo que podemos encontrar de novedoso en esta etapa es que la inteligencia artificial está, quizás, en un nuevo punto de inflexión. En los albores del capitalismo, los obreros se peleaban con las máquinas que los irían a reemplazar en su fuerza física; hoy estas máquinas no solo pueden reproducir estas destrezas, sino que también se acercan a comprender e imitar la inteligencia humana... O al menos esa es la fantasía que tienen algunos. Caben aquí las viejas preguntas existenciales de la filosofía de la ciencia: ¿qué es la inteligencia?, ¿qué parte de ella es imitable?, ¿podemos reproducirla?

A principios de 2016, Microsoft lanzó un *bot* que aprendía de su interacción en redes sociales: al cabo de unas horas estaba escribiendo comentarios racistas. Por su parte, científicos de Boston University y Microsoft publicaron a mediados de este año un *paper* en que cuentan la experiencia de una red neuronal artificial que leía el sitio de noticias de Google News para construir un espacio de significados. El resultado de este experimento fue que la máquina reproducía estereotipos de género. Las mujeres eran enfermeras mientras que los hombres, médicos, ellas eran amas de casa y ellos trabajaban. Ya en el plano de la ciencia ficción, Ava, la mujer robot de la película *Ex Machina*, tiene su cerebro artificial conectado a Internet. A través de fibras ópticas se nutre de palabras, ideas, música, ve películas e incluso encuentra referencias para elegir su corte de pelo y la ropa que mejor le sienta. Su creador tiene algunas versiones anteriores de ella programadas para atenderlo cual geishas electrónicas; Ava, en su camino hacia la autoconciencia, logra rebelarse de este destino trazado y se escapa de la fortaleza que la vio “nacer”. El conflicto entre el hombre y la máquina es una constante en todas las películas futuristas, aunque las más difíciles son aquellas en las que al desarrollar su inteligencia, los robots no hacen más que someter al hombre a sus arbitrios y explotarlo. Es decir, es una proyección de la vida capitalista.

“La gramática es política por otros medios”, dice Haraway en su manifiesto cyborg. El lenguaje de la ciencia, de la tecnología y de nuestros artefactos no está —por ahora— separado del mundo en que vivimos. Basta darse una vuelta por Silicon Valley para ver que quien manda en ese paraíso de las *start ups* es el mercado y quien decide la aplicación de moda del próximo mes es la cotización en Wall Street. Antes de cantar victoria por una supuesta fuerza igualadora entre mujeres y varones producto de la robotización, bien podríamos pensar cómo nos deshacemos de una división del trabajo vieja —que incluso está vigente cuando imaginamos el futuro— y ponemos esa tecnología de nuestro lado y no en contradicción con nosotros mismos.

### *Feminismo revolucionario o apocalipsis zombie*

“Como feminista, siempre he asumido que luchando por la emancipación de la mujer estaba construyendo un mundo mejor; más igualitario, justo y libre. Pero últimamente ha empezado a preocuparme que los ideales promovidos por las feministas estén sirviendo para fines muy diferentes. Me preocupa, en particular, que nuestra crítica del sexismo esté suministrando legitimación a las nuevas formas de desigualdad y explotación”, dice Nancy Fraser. A Fraser, filósofa y escritora feminista estadounidense, le preocupa que sectores sociales que expresan el proyecto político neoliberal se apropien de los horizontes y las luchas del feminismo y los pongan al servicio de una sociedad egoísta, meritocrática e individualista en donde se promueve el bienestar y crecimiento de la mujer como un fin en sí mismo y no como parte de un proyecto político igualitario.

En la campaña de Hillary Clinton hubo una gran discusión cuando Madeleine Albright —quien fue la primera secretaria de Estado de los Estados Unidos— dijo que “hay un lugar especial en el infierno para las mujeres que no apoyan a otras mujeres”. Pero sucede que el feminismo no es un movimiento homogéneo y, de hecho, hasta se puede pensar aislado de una concepción política o un horizonte, es un movimiento trunco. El feminismo no tiene una consigna única, no tiene un color, ni un código de vestimenta. Se propone como una revolución del mundo en que vivimos que apunta a una organización social igualitaria en la que mujeres y varones podamos ejercer nuestra libertad.

Pero, ¿cuál es el camino o la estrategia? En principio, necesitamos usar todo eso que aprendimos con siglos de trabajos domésticos no pagos para barrer con los estereotipos, aspirar las ideas arcaicas y tirarlas a la basura, criar a los hijos en el respeto, la tolerancia y el amor por los demás, cuidar a nuestros adultos mayores y aprender de ellos, ejercer nuestro poder de compra en productos que nos respeten a hombres y mujeres y a la naturaleza. Y en este camino no nos queda otra que transformar nuestros vínculos familiares, romper con las dicotomías de aquello que le toca a cada uno por definiciones en las que no participamos y donde no nos reflejamos. Hay que librar muchísimas batallas al mismo tiempo en las oficinas, en las fábricas, en los parlamentos, en los peloteros, en la música, en la cama.

Pero el desafío más grande es entender el entramado de relaciones en que nos movemos. Romper el techo de cristal a costa de la explotación de las trabajadoras domésticas no suma en nuestro camino hacia la igualdad. Tener más trabajo a costa de verse confinado a una mayor precarización y bajos salarios tampoco es muy alentador. Convertirnos en una colección de zombies sobrevivientes a las crisis, cada vez con las ropas más raídas y las cabezas más explotadas no es una opción.

Dado que el capitalismo es una construcción social, su transformación también es un proceso social. La economía feminista es revolucionaria o no es, porque no se puede conseguir igualdad en un mundo de opresión, porque no hay igualdad en un mundo de pobreza, porque no hay igualdad en un mundo de explotación. Tenemos a disposición todas las herramientas para lanzarnos a esta gran tarea que es transformar el mundo que tenemos en el mundo en que queremos vivir.

¡Hasta la Victoria's Secret!

## EPÍLOGO

Una tarde de otoño caminábamos por Brooklyn con mi amiga antropóloga y cineasta Mila Djordjevic, charlábamos sobre qué es el feminismo y por qué a veces esa palabra causa tanto rechazo. Por mucho tiempo, ella se sintió una posfeminista descreída de la necesidad y el rol de su propia causa. “Mi madre es una intelectual, mi hermana es exitosa, yo estudio en una universidad top y hago cine. No sentía límites por ser mujer”, me dijo. Pero en la vida de Mila algo cambió la noche en que sufrió un hecho de violencia. Se reencontró con la necesidad de eso que pensaba perdido o superado, de un instante al otro se dio cuenta de por qué el feminismo todavía importa y, sobre todo, de la sororidad, del mirar más allá de la experiencia propia. Mi historia es distinta: en mi familia las mujeres fueron principalmente amas de casa aunque todas terminaron trabajando en otra cosa, más por necesidades económicas que por un proyecto personal. Soy la primera generación que termina la universidad y la única con un título de doctorado. Mila es “nieta intelectual” de Donna Haraway —de las feministas *old school* más respetadas en el ambiente—, yo solo tuve 2 o 3 profesoras mujeres en toda mi carrera universitaria, nunca nadie me dejó ni como nota al pie una referencia a las cuestiones de género.

Durante toda mi vida enfrenté un montón de obstáculos para desarrollarme, pero la gran mayoría venían del bolsillo: bancarme los estudios, conseguir un trabajo luego de recibida, subsistir con un sueldo de docente universitaria. Recién cuando ya tuve una carrera más o menos resuelta e ingresos que me permitían estar tranquila, empecé a notar que había cosas a las que no podía aspirar. El reconocimiento intelectual es una de las que cuestan: una mujer va a necesitar colgarse varios diplomas antes de que la escuchen opinar sobre la coyuntura económica o el tipo de cambio, sea en la universidad o en un programa de televisión. Aun así, van a interrumpirte y explicarte una y otra vez cosas que ya sabés, y ojo si discutís un poco porque quizá te pregunten si estás en uno de esos días.

Ni a mi amiga Mila ni a mí misma nos llevó al feminismo enterarnos de la brecha salarial o el fantasma del ama de casa. Hay cosas que nunca se cuestionan, simplemente una las asume como parte de lo cotidiano o las archiva. Pero llega un momento en que mirás alrededor y te das cuenta de que somos pocas las mujeres en algunos ámbitos y que no es porque una sea súper especial, sino porque hay algo que está actuando de embudo.

Parfraseando a Simone de Beauvoir: no se nace feminista, se llega a serlo. Esa tarde de otoño yo estaba empezando a escribir este libro y espero que su lectura le sirva a Mila y a tantas otras mujeres y varones que están como nosotras ese día, inquietos, indecisos y sin saber bien qué les pasa, para darse cuenta de que el futuro está en nuestras manos y que tenemos mucho por hacer.

## AGRADECIMIENTOS

Este libro pretende ser un aporte al debate de los problemas económicos de nuestra sociedad y hace eje en un capítulo central para resolverlos: la participación económica de las mujeres. Agradezco infinitamente a todos los que me inspiraron para escribir estas páginas con su trabajo, sus ideas y sus luchas. A quienes participaron activamente de #NiUnaMenos, una movilización que no solo sirvió para llamar la atención sobre la violencia que naturalizamos en lo cotidiano y que se cobra tantas vidas, sino que también despertó en muchísimos hombres y mujeres este sentimiento de que hay algo más profundo que transformar. A mis compañeras Magalí Brosio, Violeta Guitart y Agurtzane Urrutia, con quienes trabajamos cotidianamente en la producción y difusión de la economía con perspectiva de género a través de las redes sociales en Economía Femini(s)ta. A Malena Pichot, hada madrina de @EcoFeminita desde su nacimiento, Ingrid Beck, Ana Correa, Marcela Ojeda, Hinde Pomeranec, Carolina Martínez Elbi, Ángela Lerena, Cristina Álvarez Rodríguez, Victoria Donda, Raquel Vivanco, Luciana Peker, Olivia Sohr, Julia Pomares, Valeria Sampredo, Paula Rodríguez, Analía de Franco, Mariana Chudnovsky, Celeste Murillo, Soledad Vallejos, Sol Prieto, Karina Galperin, Lorena Moscovich, Milena Pafundi, Corina Rodríguez Enríquez, Valeria Esquivel, Noelia Barral Grigera, Bimbo Godoy, Melisa Girard, María D'Ovidio y tantas (por suerte un montón) otras mujeres que me han aportado muchas de las ideas y experiencias que están volcadas en estas páginas.

Escribir y exponerse no es fácil, pero tanto Sebastián Campanario como Mariano Sigman me insistieron y ayudaron para que lo hiciera, dos personas a las que quiero y admiro muchísimo. Gracias a Roberto Montes por la confianza, el entusiasmo y los delicados comentarios durante la edición. Agradezco los sabios consejos de Jorge Aulicino y a Fernando Alonso por fomentarme el vicio de la escritura. Este libro también fue una gran excusa para intercambiar ideas con Ingrid Bleynat, Paola Bon, Martín Novella, Melisa Bokser, María Maldonado, Carlos Greg Diuk, Daniel Dveksler, Celeste MacDougall, Agustina Gentili, Margarita Aulicino, Cecilia Allami, Patricio Orellana, Marcos Del Cogliano, Blas Radi, Mila Djordjevic, Mariano Feuer, Aimé Iglesias Lukin, Ana Cambre, Sergio Kaufman, Karina Vieira, Pablo Meyer Rojas, Ludo Morell, Ángeles Justo, Ethan Earle, Germán Garrido, Ana Correa, Paula Garnero y Santiago Rodríguez Rey, que leyeron y comentaron capítulos en marcha o me sugirieron lecturas. Gracias también a Monoto Grimaldi por la amistad y el delivery.

A mi papá por su bondad, a mi mamá por su fortaleza, a mi hermano por su sensibilidad y a Luca por la magia. A mis tías Luisa, Hildi, Amelia, Mabel y Ana, a mis primos y sobrinitos que están siempre presentes. Al tío Manolo. A Yesi, Consuelo y Lorena. A Polito, Mabel, Ariel, Frano y Marga. A mis amigos de siempre que me estimulan, distraen y enseñan: Rulos, Sebas, Juan, Ivi, Lucila, Lulú, Mile, Ceci, Carli, Nyco, Powa, Zeko, Ale. A Cabo, Gracia, Mariano, Lucía, Julio, Timo, Andrej y todos los demás también. Un agradecimiento especial a Jack por Twitter, que me dio la posibilidad de leer los pensamientos de tanta gente interesante.

A Pablo Levin, que me ha regalado las preguntas más movilizadoras de mi vida intelectual. A Bernie Sanders, por su aporte a la discusión y construcción política en el último año, por recuperar la ilusión.

A Pablo Polosecki, por el amor y la inspiración.



## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Accenture (2016), *Avanzando hacia la igualdad. Cómo el mundo digital está ayudando a cerrar la brecha de género en el trabajo*, Madrid, Accenture.
- Adamy, J. y Overberg, P. (17 de mayo de 2016), "What's Your Pay Gap?", *The Wall Street Journal*.
- (17 de mayo de 2016), "Women in Elite Jobs Face Stubborn Pay Gap", *The Wall Street Journal*.
- Anderson, J. J. (2013), *Women's Rights Movement*, Minneapolis, ABDO Publishing Company.
- Archer, J. (2015), *The Feminist Revolution: A Story of the Three Most Inspiring and Empowering Women in American History: Susan B. Anthony, Margaret Sanger, and Betty Friedan*, Nueva York, Skyhorse Publishing.
- Atal, J., Ñopo, H. y Winder, N. (2009), *New Century, Old Disparities: Gender and Ethnic Wage Gaps in Latin America*, IDB Working Paper Series No. IDB-WP-109, Inter-American Development Bank.
- Aulicino, C., Cano, E., Díaz Langou, G. y Tedeschi, V. (2013), *Licencias: protección social y mercado laboral. Equidad en el cuidado*, Documento de trabajo No. 106, Buenos Aires, CIPPEC.
- Babcock, L. y Laschever, S. (2007), *Women Don't Ask: The High Cost of Avoiding Negotiation— and Positive Strategies for Change*, Nueva York, Bantam Dell Publishing Group.
- Barrancos, D. (2012), *Mujeres en la sociedad argentina: Una historia de cinco siglos*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Beauvoir, S. de (2014), *The second sex*, Nueva York, Random House.
- Blau, F. D. y Kahn, L. M. (2016), *The Gender Wage Gap: Extent, Trends, and Explanations*, NBER Working Paper No. w21913, National Bureau of Economic Research.
- Boushey, H. (2016), *Finding Time: The Economics of Work-Life Conflict*, Cambridge, Harvard University Press.
- Bowman, J. R. y Cole, A. M. (2009), "Do Working Mothers Oppress Other Women? The Swedish 'Maid Debate' and the Welfare State Politics of Gender Equality", *Signs: Journal of Women in Culture & Society*, 35(1):157-184.
- Brizuela, V., Ábalos, E., Ramos, S. y Romero, M. (diciembre de 2014), *El embarazo en la adolescencia*, Hojas informativas OSSyR 10:1-8, Observatorio de Salud Sexual y Reproductiva.
- Burin, M. (1987), *Estudios sobre la subjetividad femenina: mujeres y salud mental*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.
- (2008), "Las 'fronteras de cristal' en la carrera laboral de las mujeres. Género, subjetividad y globalización", *Anuario de psicología/The UB Journal of Psychology*, 39(1):75-86.
- Butler, J. (2011), *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Londres, Routledge.
- Calero, A., Dellavalle, R. y Zanino C. (2015), *Uso del tiempo y economía del cuidado*, Documento de trabajo No. 09, Secretaría de Política Económica y Planificación del Desarrollo.

- Carrasco, C. (1988), *Notas para un tratamiento reproductivo del trabajo doméstico*, Cuadernos de Economía, 16:1-20.
- Casal, M. D. P. y Barham, B. L. (2013), “Penalizaciones salariales por maternidad y segmentación del mercado laboral: el caso de la Argentina”, *Revista CEPAL Catalyst* (1 de julio de 2016), *Women CEOs of the S&P 500*, Nueva York, Catalyst.
- Celiberti, L. y Mesa, S. (2009), *Las relaciones de género en el trabajo productivo y reproductivo*, Montevideo, IPS América Latina.
- Chamie, J. (6 de marzo de 2014), “Women More Educated Than Men But Still Paid Less”, *YaleGlobal Online*.
- Clinton, H. R. (2014), *Hard Choices*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Cohen, P. (2014), *Family Diversity is the New Normal for America’s Children*, Council on Contemporary Families Brief Report.
- Coleman, J. T. (23 de septiembre de 2012), “We Met in Graduate School”, *The Chronicle of Higher Education*.
- Cooper, L., Raspanti, J. (2015), “The Cost of the Closet and the Rewards of Inclusion”, Human Rights Campaign Foundation.
- Cowen, T. (24 de diciembre de 2015), “The Marriages of Power Couples Reinforce Income Inequality”, *The New York Times*.
- Dore, M. (2014), *She’s Beautiful When She’s Angry* (Documentary).
- ELA - Equipo Latinoamericano de Justicia y Género (2011), *Sexo y poder. ¿Quién manda en la Argentina?*, Buenos Aires, ELA.
- Elborgh-Woytek, K., Newiak, M., Kochhar, K., Fabrizio, S., Kpodar, K., Wingender, P., Clements, B. y Schwartz, G. (2013), *Las mujeres, el trabajo y la economía: Beneficios macroeconómicos de la equidad de género*, Documento de análisis del personal técnico del FMI.
- Ensmenger, N. (2010), “Making programming masculine”, *Gender codes: why women are leaving computing?*, Wiley/IEEE Computer Society.
- Faur, E., Esquivel, V. y Jelin, E. (2012), *Las lógicas del cuidado infantil: Entre las familias, el Estado y el mercado*, IDES/ UNFPA/Unicef.
- Featherstone, L. (ed.) (2016), *False Choices: The Faux Feminism of Hillary Rodham Clinton*, Nueva York, Verso Books.
- Federici, S. (2012), *Revolution at Point Zero: Housework, Reproduction, and Feminist Struggle*, California, PM Press.
- Fraser, N. (2013), *Fortunes of Feminism: From State-Managed Capitalism to Neoliberal Crisis*, Londres, Verso Books.
- Friedan, B. (2010), *The Feminine Mystique*, Nueva York, W. W. Norton & Company.
- Gasparini, L. y Marchionni, M. (2015), *Bridging Gender Gaps? The Rise and Deceleration of Female Labor Force Participation in Latin America*, Buenos Aires, CEDLAS-UNLP.
- (2015), *Bridging Gender Gaps? The Rise and Deceleration of Female Labor Force Participation in Latin America: An overview*, Documento de trabajo No. 185, CEDLAS, Universidad Nacional de La Plata.
- Gates, B. y Gates, M. (2016), “Our 2016 annual letter. If you could have one superpower, what would it be?”, [gatenotes.com](http://gatenotes.com).

- Gates, M. (13 de junio de 2015), "The Gender Gap Nobody's Talking About", Medium.
- Goldin C. (2015), "How to Achieve Gender Equality", *Milken Institute Review*.
- (2014), "A Grand Gender Convergence: Its last chapter", *The American Economic Review*, 104(4):1091-1119.
- Haraway, D. J. (1988), "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective", *Feminist Studies*, 14(3):575-599.
- (1998), "The persistence of vision", *Feminist Studies*, 14(3):581-590.
- Hill, S. E., Rodeheffer, C. D., Griskevicius, V., Durante, K. y White, A. E. (28 de mayo de 2012), "Boosting Beauty in an Economic Decline: Mating, Spending, and the Lipstick Effect", *Journal of Personality and Social Psychology*, Advance online publication, doi: 10.1037/a0028657.
- Hillin, T. (21 de junio de 2016), "Study reveals that women are literally working themselves to death", Fusion.net.
- INDEC (2012), "Primera Encuesta sobre Población Trans 2012: Travestis, Transexuales, Transgéneros y Hombres Trans", Informe Técnico de la Prueba Piloto, Municipio de La Matanza.
- Kent, L. (30 de julio de 2015), "Number of women leaders around the world has grown, but they're still a small group", Pew Research Center.
- Lalor, K., Mills, E., Sánchez García, A. y Haste, P. (2016), *Gender, Sexuality and Social Justice: What's Law Got to Do with It?*, Brighton, Institute of Development Studies.
- Leme, L. y Zissis, C. (marzo de 2015), "Weekly Chart: Latin American Women in Leadership", Americas Society/Council of the Americas.
- Lobato, M. Z. (2001), *La vida en las fábricas: Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo/Entrepasados.
- Lupica, C. (2010), "Los hijos ¿influyen de igual manera en la vida de las mujeres y de los hombres?", Anuario de la Maternidad, Buenos Aires, Observatorio de la Maternidad.
- Marçal, K. (2016), *¿Quién le hacía la cena a Adam Smith? Una historia de las mujeres y la economía*, Buenos Aires, Debate.
- Matchar, E. (2013), *Homeward Bound: Why Women Are Embracing the New Domesticity*, Nueva York, Simon & Schuster.
- McNeill, L. A. (17 de julio de 2015), "Science With A Capital 'S'", *Lady Science No. 10: Women in Computing Part 2*.
- Mercer (2016), *When Women Thrive, Business Thrive*, The world's most comprehensive research on women in the workplace. Linking actions to results, Executive Summary, Mercer.
- Miller, C. C. (22 de febrero de 2016), "How Society Pays When Women's Work Is Unpaid", *The New York Times*.
- Ministerio de Economía y Finanzas Públicas, Secretaría de Hacienda (2015), "Características de la fuerza de trabajo femenina. Las diferencias respecto del hombre".
- Moguliansky, M. S. y Mollo Brisco, G. (2015), "Mujeres directivas en las universidades nacionales argentinas", *Ciencias Administrativas*, Año 3, No. 5.
- Newsom, J. S. y Acquaro, K. (2011), *Miss Representation* (Documentary).
- ONU Mujeres (enero de 2016), "Hechos y cifras: liderazgo y participación

política”, UNWomen.org.

Organización Internacional del Trabajo (2015), *Panorama Laboral de América Latina y el Caribe 2015*, OIT.

————— (2015), *Informe Mundial sobre Salarios 2014/2015. Salarios y desigualdad de ingresos*, OIT.

————— (2014), *La maternidad y la paternidad en el trabajo: Legislación y práctica en el mundo*, OIT.

Pew Research Center (11 de diciembre de 2013), “On Pay Gap, Millennial Women Near Parity – For Now”, Pew Research Center-Social & Demographic Trends.

Pick, S., García Rodríguez, G., Leenen, I., Salinas Delgado, Y. A., Garrido, O. y Santi, M. (2014), “Género en el trabajo: brechas en el acceso a puestos de decisión”, *Aportes para el desarrollo humano en Argentina 2014*, No. 8, PNUD.

Piketty, T. (2013), *Capital in the Twenty-First Century*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press.

Porcella, V. (2016), *Feminomics. De la economía personal al emprendimiento propio*, Buenos Aires, Planeta.

Powell, C. y Chang A. M. (2016), “Women in Tech as a Driver for Growth in Emerging Economies”, The Council on Foreign Relations.

Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2016), *Progreso multidimensional: bienestar más allá del ingreso*, Informe Regional sobre Desarrollo Humano para América Latina y el Caribe, Resumen ejecutivo, PNUD.

Rodríguez Enríquez, C. (marzo-abril de 2015), “Economía feminista y economía del cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad”, *Nueva Sociedad*.

————— (2014), 2. *El trabajo de cuidado no remunerado en Argentina: un análisis desde la evidencia del Módulo de Trabajo no Remunerado*, Serie de Documentos de Trabajo: “Políticas públicas y derecho al cuidado”, Buenos Aires, ADC/CIEPP/ELA.

————— (2001), *Todo por dos pesos (o menos): Empleo femenino remunerado y trabajo doméstico en tiempos de precarización laboral*, Documento de trabajo No. 31, CIEPP.

Rosin, H. (julio/agosto de 2010), “The End of Men”, *The Atlantic*.

Rossi, D. (2016), “Women Quotas In Labor unions In Argentina, A Descriptive, Symbolic, And Substantive Analysis” (Work in progress).

Sagarzazu, I. y Silva, T. (2015), “Changing female representation: Reanalyzing the impact of gender quotas through the evolution of legislative initiatives”, 73rd Annual Conference of the Midwest Political Science Association, Chicago.

Sandberg, S. (2013), *Lean In: Women, Work, and the Will to Lead*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

Silverstein, M. J. y Sayre, K. (2009), “The Female Economy”, *Harvard Business Review*, 87(9):46-53.

Slaughter, A. (julio/agosto de 2012), “Why Women Still Can’t Have It All”, *The Atlantic*.

Storni, A. (1976), *Obras completas*, Vol. 1, Buenos Aires, Sociedad Editora Latino Americana.

Sussman, A. L. (14 de marzo de 2016), “Q&A: Heather Boushey on Why Work-Life Policies Aren’t Just ‘Something for the Ladies’”, *The Wall Street Journal*.

Suzuki, E. (7 de octubre de 2014), “Tasa media de fecundidad a nivel mundial se

redujo a la mitad con 2,5 nacimientos por mujer entre 1960 y 2012”, Banco Mundial.

Tajer, D. (2013), “Diversidad y clínica psicoanalítica: apuntes para un debate”, en A. M. Fernández y W. Siqueira Peres, *La diferencia desquiciada: géneros y diversidades sexuales*, Buenos Aires, Biblos, pp. 123-142.

The Onion (7 de septiembre de 2005), “CEO Barbie Criticized For Promoting Unrealistic Career Images”, *The Onion*, 41(36).

Tómasdóttir, H. (diciembre de 2010), “A feminine response to Iceland’s financial crash”, Ted. [http://www.ted.com/talks/halla\\_tomasdottir](http://www.ted.com/talks/halla_tomasdottir).

Valenzuela, M. E. y Mora, C. (eds.) (2009), *Trabajo doméstico: un largo camino hacia el trabajo decente*, OIT.

Waring, M. (1999), *Counting for Nothing: What Men Value and What Women Are Worth*, Toronto, University of Toronto Press.

Weber, L. y Adamy, J. (29 de enero de 2016), “Obama Plan Would Force Pay Disclosures by Gender”, *The Wall Street Journal*.

Wolf, N. (2013), *The Beauty Myth: How Images of Beauty Are Used Against Women*, Nueva York, Random House.

Wolfers, J. (2 de marzo de 2015), “Fewer Women Run Big Companies Than Men Named John”, *The New York Times*.

Women’s Media Center (2014), “The Status of Women in the U. S. Media 2014”, WMC.

Woolf, V. (2014), *Un cuarto propio*, Buenos Aires, Lumen.

World Economic Forum (2016), “The Global Gender Gap Report 2015”.

Yong, E. (16 de febrero de 2016), “XY Bias: How Male Biology Students See Their Female Peers”, *The Atlantic*.

¿Hay una inclinación natural en las mujeres por enseñar y en los varones por construir? ¿Nacen las bebas con una escoba bajo el brazo y los bebés con taladros? ¿Por qué el trabajo doméstico no remunerado es “cosa de mujeres”? ¿Por qué sólo el 4% de las empresas más grandes del mundo tiene una CEO? ¿Cómo es que en 2016 la mayoría de los países nunca ha tenido una presidenta?

Para responder estas preguntas Mercedes D'Alessandro, economista, propone un viaje al lado menos visible de la desigualdad, un recorrido que atraviesa las ideas centrales de la economía y muestra los nuevos desafíos que enfrentan las mujeres hoy: la brecha salarial, su rol como amas de casa desesperadas, la pobreza sexista. Basado en evidencia estadística, *Economía feminista* cuestiona estereotipos y postula una reflexión profunda sobre nuestras relaciones sociales; al mismo tiempo, aporta ideas inspiradoras para la construcción de un futuro más igualitario y por lo tanto más justo. Porque la igualdad es un negocio para todos, y porque las mujeres ganan menos que los varones en todo el planeta, ¡y tu mamá también!



### MERCEDES D'ALESSANDRO

Nació en Posadas, se doctoró en Economía en Buenos Aires y actualmente reside en Nueva York. Dio clases en la UBA durante más de quince años, principalmente en el campo de la Epistemología de la Economía, dentro del cual dirigió varios grupos de investigación y publicaciones. Fue directora de la carrera de Economía Política de la Universidad Nacional de General Sarmiento. Ha desarrollado un amplio trabajo de divulgación económica mediante su participación en prensa, radio y televisión. En 2015 lanzó el sitio Economía Femini(s)ta, donde discute temas de economía con perspectiva de género; con él conquistó rápidamente las redes sociales e instaló este debate en la agenda pública. En sus intervenciones propone una reflexión profunda y crítica de la realidad, sin perder la simpleza y el humor a la hora de expresarse. Es DJ y saca fotos.

Foto: © Sol Santarsiero

D'Alessandro, Mercedes

Economía feminista / Mercedes D'Alessandro. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sudamericana, 2016.

(Ensayo)

Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga y online.

ISBN 978-950-07-5735-5

1. Ensayo Económico. I. Título.

CDD 330

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Rompo

Edición en formato digital: diciembre de 2016

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-07-5735-5

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Economía feminista	
Dedicatoria	
Introducción El lado B de la desigualdad Mi mamá no trabaja, es ama de casa Las mujeres y las mujeres, primero	
I. Las mujeres ganan menos que los varones en todo el planeta (y tu mamá, también) La desigualdad que no miramos La educación paga A través del cristal Hacia la conquista del espacio (de trabajo) Las chicas solo quieren ganar igual	
II. Amas de casa desesperadas Mujeres al borde del tiempo: el reloj económico Ellos dicen que es amor, nosotras decimos que es trabajo no pago Detrás de toda gran mujer, hay otra gran mujer Nosotras podemos hacerlo	
III. Madres al borde de un ataque de nervios Precarización maternal La atípica familia tipo La maternidad adolescente La maternidad no es un destino inexorable de las mujeres Una sociedad equilibrada ayuda a reducir el estrés Alimentando otro modelo de varón	
IV. La pobreza es sexista No todo es dinero La pobreza de tiempo El lado oscuro del capitalismo La desigualdad de la pobreza	
V. La barbie CEO de cristal Más mujeres en la empresa: no es solo lo correcto sino también lo inteligente Por qué las mujeres aún no pueden tenerlo todo El diablo viste a la moda Lo esencial es invisible a los ojos	
VI. Las mujeres al poder Cómo conseguir chicas Detrás de cada gran hombre hay un montón de grandes mujeres a las que no les dieron el cargo Feministas y perspectiva de género. ¡Porque estamos en 2016! Miss Universo Bonus Track - Las sufragistas (un breve comentario)	
VII. Alicia en el país de las maravillas Un sistema no lineal con varias incógnitas Programando la igualdad ¡Tan sexy que distraigo! Los roles de género en la familia científica Creer en lo imposible	
VIII. Economía en bombacha La economía feminista, un camino en construcción El trabajo y las trabajadoras invisibles Economía sin corbata	
IX. La inclusión de las variables LGBT en los modelos económicos Los desafíos de la inclusión	
X. Cómo hacer la revolución sin perder el glamour El precio de ser mujer Del supermercado a la superheroína A librarse del corsé	
XI. ¡Hasta la Victoria's Secret! Volver al futuro: poscapitalismo, posfeminismo y la posrevolución de los hipsters ¿Sueñan los robots con mujeres androides? Feminismo revolucionario o apocalipsis zombie	
Epílogo	
Agradecimientos	
Referencias bibliográficas	
Sobre este libro	
Sobre la autora	
Créditos	

